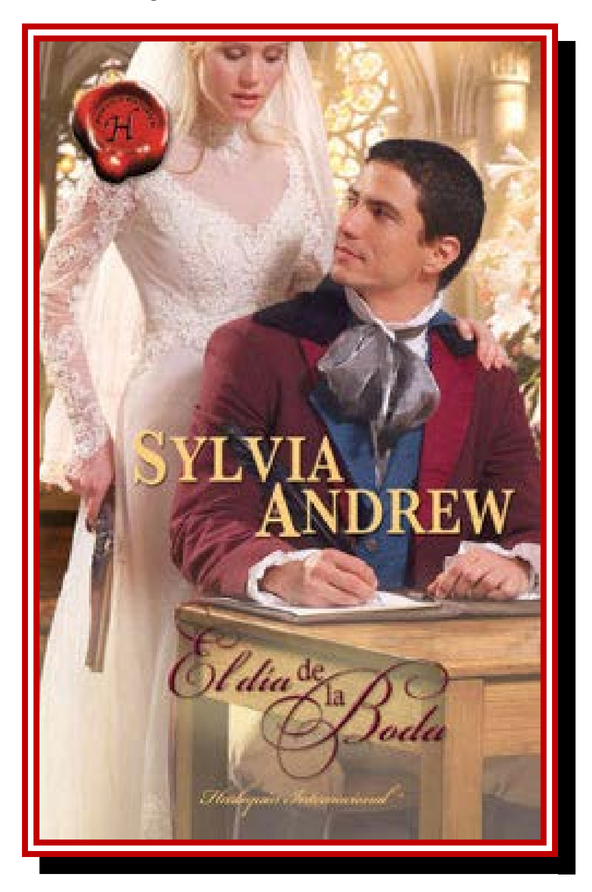
El día de la boda

Sylvia Andrew



Argumento:

«Hasta que la muerte nos separe», un solemne voto que aquella joven esposa estaba deseando hacer realidad...

Sólo unos minutos después de la boda, Alexandra Deverell estaba apuntando a su esposo con una pistola y lo acusaba de haber arruinado a su familia.

Pero lord Deverell le hizo una promesa, le demostraría que era completamente inocente. Y si no lograba convencerla, aceptaría las consecuencias. Así pues, Deverell se dispuso a ganarse la confianza de Alexandra... e iba a utilizar todos los medios a su alcance...

Uno

Octubre de 1815

—Queridos hermanos: Nos hemos reunido aquí delante de Dios y frente a esta congregación…

Un rayo de sol otoñal se filtró a través de la antigua vidriera de la iglesia St. Wulfric y se posó sobre el padre Harmond mientras pronunciaba las palabras de la ceremonia de matrimonio. Le coloreó la túnica y el halo de cabello blanco con ricos azules, verdes, rojos y dorados. Parecía salido de la vidriera de santos que había en la ventana de la parte oeste.

El sol descansó también sobre el novio, que desde luego no tenía aspecto de pertenecer a ningún grupo de santos. Alto, de pie con el habitual aire de fría arrogancia que lo rodeaba, Richard Deverell era un hombre de mundo.

Con su abrigo negro y pantalones ajustados a juego, confeccionados sin duda a medida por un sastre experto, y su corbata almidonada, la camisa inmaculada y fajín de seda blanca, parecía lo que era, un miembro de la sociedad europea más exclusiva y mundana de Europa: la aristocracia inglesa.

Pero la fuerza de sus anchos hombros y su figura atlética y ágil tenían más relación con los cuatro años que había pasado luchando contra los franceses que con bailar el vals en los salones de Londres. Sus rasgos bronceados y las pequeñas arrugas que le rodeaban los ojos grises y fríos eran el resultado de largos días subido a la silla de montar bajo el sol español, y la cicatriz de su mejilla recordaba cómo logró escapar por los pelos en Waterloo. Pero se decía que Richard Deverell tenía la suerte del diablo, y sin duda resultaba legendario su éxito con las cartas y otros juegos de azar.

Gracias a su posición privilegiada en el banco de la familia Deverell, la tía del novio, lady Honoria Standish, observaba a la congregación con ojo crítico. No se veía a un solo miembro de la buena sociedad. Dudaba mucho que alguno hubiera sido invitado. Con el padre de la novia recién enterrado, no podía ser de otra manera. Y sin embargo, era una lástima. La boda de Richard debería ser un acto mucho más impresionante que aquella ceremonia tan pobre.

—Su primera función es la procreación y el cuidado de los hijos…

Eso ya estaba mejor. Sería una alegría que volviera a haber niños de nuevo en Channings. Aquel lugar llevaba demasiado tiempo siendo una tumba. Ya iba siendo hora de que Richard tuviera además algunos herederos. No podía permitirse que las tierras de los Deverell cayeran en manos de algún oscuro primo. Observó a su sobrino y asintió. ¡Aquel matrimonio pondría fin a cualquier preocupación de esa clase! Alexandra Rawdon procedía de una rama saludable y Richard estaba en el mejor momento de su vida. Pocas mujeres serían capaces de resistírsele… no resultaba en absoluto sorprendente que aquella joven estuviera encantada de casarse con él.

Lady Honoria frunció el ceño. Pero, ¿por qué Richard había escogido a Alexandra Rawdon?

Cierto que era bastante atractiva, pero lady Honoria conocía a muchas bellezas auténticas, jóvenes elegantes y ricas que procedían además de buenas familias, que hubieran dado un dedo por convertirse en lady Deverell. Cualquiera de ellas hubiera resultado mejor señora de una finca del tamaño y la importancia de Channings que Alexandra Rawdon. La joven había sido siempre impulsiva y enérgica, más interesada en vagar por el campo acompañando a su hermano Johnny y a Richard en lo que estuvieran haciendo en lugar de estar sentada en su casa aprendiendo a ser una dama.

Cierto que, de niño, Richard había pasado la mayor parte del tiempo con los Rawdon. Johnny Rawdon había sido su mejor amigo, y sir Jeremy y lady Rawdon siempre lo habían tratado como a un hijo, dándole el amor y el afecto que nunca encontró en su propia casa. ¿Habría decidido casarse con su hija porque se sentía obligado con ellos? Ella estaba ahora sola en el mundo. Había perdido a su madre hacía unos años. Johnny Rawdon había fallecido trágicamente a comienzos de aquel año, y ahora sir Jeremy Rawdon estaba también muerto. ¿Era ésa la razón por la que Richard se casaba con ella?

Lady Honoria centró su atención en la novia. Alexandra Rawdon no tenía mala planta: Era alta, esbelta y permanecía recta como una vara con su vestido de seda blanca y su melena cobriza oculta bajo el velo y el tocado. Pero sin duda, Richard podría haber aspirado a una novia más radiante. Estaba claro que los acontecimientos de los últimos meses le habían pasado factura. La joven que se hallaba de pie al lado de su sobrino parecía tan rígida como una tabla, y estaba demasiado delgada. Lady Honoria suspiró. Ella había sugerido posponer la boda, pero Richard fue inflexible. Podía ser una ceremonia todo lo discreta que quisieran, pero se celebraría como estaba previsto. Probablemente tenía razón. Los Rawdon poseían la finca Rawdon desde los tiempos de los Tudor, pero Alexandra y su primo, Mark Rawdon, eran los últimos, y Mark, o sir Mark, como era ahora, seguía siendo un extraño en comparación con ella.

Sir Mark estaría contento de que le hubieran quitado de encima a Alexandra. La antigua casa de la joven había pasado ahora a formar parte de sus posesiones, y aunque los primos parecían llevarse bien, no podrían haber seguido viviendo allí juntos durante mucho tiempo más con la única vigilancia de una anciana doncella. No hubiera podido casarse con ella ni aunque hubiera querido. Aunque resultara difícil de creer, corrían rumores de que el heredero de Rawdon tendría que casarse con una joven rica si quería salvar la finca Rawdon.

Lady Honoria desvió la atención hacia el joven que estaba al otro lado de su prima, preparado para entregarla. Sir Mark Rawdon. Ese sí que era un tipo abierto y de buen carácter. No había nada enigmático en él. Lady Honoria había experimentado ya el encanto de su franca sonrisa y de sus ojos risueños, y tenía la mejor opinión de él. A su manera era tan guapo como Richard, y mucho más

atractivo que su prima Alexandra, para ser sinceros. Ambos tenían el aspecto noble de los Rawdon, aunque el cabello de Mark era algo más oscuro. Iba muy bien vestido, con un abrigo verde oscuro y pantalones beige, y sus mechones castaños, peinados con descuidada elegancia, brillaban bajo aquel rayo del sol.

—Richard Anthony, ¿aceptas a esta mujer por esposa para amarla, confortarla y respetarla en la salud y en la enfermedad…?

Lady Honoria centró entonces su atención en la pareja, que estaba pronunciando sus votos. Aquellas solemnes promesas, pronunciadas con la profunda voz de Richard, le sonaron más hermosas que nunca.

—Para cuidarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Escuchó con una sonrisa cómo Richard terminaba de pronunciar aquellas bellas palabras y entonces le tocó el turno a Alexandra. Habló con voz suficientemente clara, pero sonaba… forzada. ¿Qué le pasaba a aquella joven? Debería estar exultante de felicidad. ¡Después de todo, se estaba casando con el mejor partido de toda Inglaterra!

—En lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, para amarlo… —la voz se quebró un instante y luego continuó—. Para amarlo, cuidarlo y obedecerle hasta que la muerte…

Hubo otra parada brusca, y esta vez la pausa fue más prolongada. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz ronca al repetir:

—Hasta que la muerte nos separe.

Cuando el padre Harmond comenzó la homilía, lady Honoria se recostó sobre los cojines del banco. Los Deverell siempre se habían asegurado de estar cómodos en la iglesia. Y adoptó una postura con la que pareciera que estaba escuchando. Siempre era el mismo discurso, y normalmente duraba poco. En un minuto o dos entrarían en la sacristía para firmar y validar el matrimonio y todo habría terminado. Excepto por el escaso despliegue, había sido una boda completamente convencional. Y Richard sentaría finalmente la cabeza para formar una familia en Channings. La dama cerró los ojos…

Lady Hortensia no era la única persona presente que no le estaba prestando al padre Harmond la atención que se merecía. La novia tenía los nervios tan tirantes como las cuerdas de un violín mientras esperaba a que finalizara la ceremonia. Ya no podía faltar mucho. Pronto habría terminado todo.

Apenas fue consciente de que el Padre Harmond abrió luego el camino delante de ellos, y que Mark y lady Honoria lo seguían. Alexandra sintió la mano de Richard sobre su hombro, guiándola hacia la sacristía. Una vez allí, se dejo llevar hasta una mesa en la que ya estaba el abogado con los papeles preparados. Firmó donde le dijo que lo hiciera y luego dio un paso atrás. Le latían el corazón y la cabeza con tanta fuerza que pensó que iban a estallarle. Se

quitó el tocado y el velo para aliviar algo de presión y los colocó sobre la mesita que había al lado de todos aquellos documentos tan importantes. El regalo de bodas de Richard para ella.

—¿Qué te ocurre, Alexandra? ¿No tienes interés por ver el regalo que te prometí? —Richard le sonreía.

Ella sintió cómo se le subía la bilis a la garganta, pero se la tragó y forzó una sonrisa.

—¡Por supuesto que sí! —dijo—. ¿Está ya listo?

—Creo que sí. ¿Señor Underhill?

El abogado se aclaró la garganta. Su actitud resultaba desaprobatoria, pero dijo con voz clara:

—Aquí tengo un documento a favor de sir Mark Satterly Rawdon, de la finca Rawdon del condado de Somerset. Por decirlo brevemente, devuelve todo lo que antes pertenecía a la finca Rawdon y que fue adquirido durante los últimos tres meses por lord Deverell al padre de lady Deverell, el fallecido sir Jeremy Rawdon. Las tierras y el importe vienen detallados aquí abajo —alzó la vista—. Es una lista muy larga.

Ignorando las exclamaciones de sorpresa de lady Honoria y del padre, el abogado se colocó las gafas en el puente de la nariz.

—Un documento extraordinario. Puedo decir sin temor a equivocarme que nunca había visto nada igual. Lord Deverell ha sido tremendamente generoso. ¿Desea que lea la lista, lady Deverell?

—No —respondió Alexandra con voz apagada—. Lo acepto tal y como estaba planeado.

—¡Ah! Hemos introducido una cláusula que tal vez deba señalarle —dijo el abogado.

Alexandra se puso en alerta al instante.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Dice que en caso de que sir Mark falleciera sin descendencia antes que usted y que lord Deverell, los contenidos reflejados en este documento no formarán parte de su finca, sino que pasarán a su esposo.

Una curiosa sonrisa cruzó el rostro de Alexandra.

—No tengo ninguna objeción respecto a ese punto. ¿Puedo ver la escritura?

Richard recogió el fajo de papeles antes de pasárselo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Alexandra? Es un regalo de bodas muy extraño. No hay nada para ti en él.

—¡Lo tiene todo para mí! Asegura el futuro de Rawdon. Eso es lo que mi padre hubiera querido —aseguró con tirantez—. ¿Puedo verlo?

—¿No crees que merezco antes una recompensa? —Preguntó él con una sonrisa—. ¿Un beso de mi esposa, tal vez?

Alexandra experimentó una convulsión de pánico.

—¡No! —Exclamó.

Miró a su alrededor tras el silencio asombrado que había seguido a su grito.

—To… todavía no —murmuró—. Deja que primero le entregue esto a Mark.

—Muy bien —dijo Richard entornando los ojos—. Pero creo que podemos dispensar ya al señor Underhill. Ha cumplido su parte.

Despidió al abogado con una breve inclinación de cabeza y luego se llevó la mano de Alexandra a los labios antes de ponerle en ella el documento.

Ella estaba esperando con claros signos de impaciencia. Apartó bruscamente la mano y colocó los papeles en las de su primo.

—¡Toma! —Dijo con rabia—. Y cuida de Rawdon. Nuestra familia ha vivido durante siglos en esa finca. Tú eres el último de ellos, y depende de ti velar para que siga adelante. Es legal y completamente tuya, y ahora que la finca ha recuperado las tierras, tienes los medios para sobrevivir.

—Alexandra, no sé qué decir…

—¡No digas nada! Tómalo. ¡Y mantente alejado!

Se giró hacia la estantería que tenía detrás, y cuando volvió a darse la vuelta tenía una pistola en la mano.

—¡Manteneos todos alejados! —La pistola estaba apuntando a Richard. Hubo un momento de asombro general.

Entonces, lady Honoria exclamó:

—¡Alexandra! ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Se trata de una broma? En ese caso, la encuentro de muy mal gusto. ¡Baja inmediatamente esa cosa!

—¡Oh, no! No hasta que haya hecho lo que he jurado hacer.

Su ojo captó un movimiento.

—Os lo advierto. Si alguien se mueve, dispararé a Deverell al instante. Y no fallaré.

Richard habló por primera vez. Estaba algo pálido, pero en completo dominio de sí mismo, y no apartaba los ojos del rostro de su esposa.

—Creo que puedo dar fe de eso —dijo con calma—. Alexandra es una gran tiradora, yo mismo le enseñé. Pero me gustaría saber por qué cree que desea dispararme.

—¿Necesitas preguntarlo? ¡Eres un cobarde! ¡Un maldito cobarde! Mataste a mi hermano y arruinaste a mi padre. ¿No te parece suficiente?

Todos contuvieron un gemido. Lady Honoria murmuró una protesta asombrada, y el padre Harmond, que parecía desconcertado, dijo:

—No lo entiendo. ¿Por qué estás diciendo estas cosas tan horribles, Alexandra? ¡Lord Deverell acaba de convertirte en su esposa! Pobre niña, no sabes lo que haces. Has tenido que soportar demasiado. Dame el arma —dio un paso adelante.

La voz firme de Alexandra lo detuvo.

—¡Quédese donde está! Soy muy consciente de lo que estoy haciendo. ¡Que nadie se mueva! Juro que dispararé a Deverell antes de que me alcancéis.

—¡Richard, este comportamiento resulta intolerable! ¡Nunca he visto nada igual! ¿Por qué no la detienes? —dijo lady Honoria indignada.

Sin apartar los ojos de su esposa, Richard dijo:

—Nada me gustaría más, tía Honoria, aunque no sé muy bien cómo hacerlo —ahora estaba muy pálido, pero seguía tranquilo—. Pero estoy seguro de que no se trata de una broma. Habla en serio —la voz le cambió entonces—. Esas son acusaciones muy graves, Alexandra. ¿De verdad piensas eso? No puedes demostrarlo de ninguna manera y lo sabes.

—¡Oh, por supuesto que puedo! Tengo todas las pruebas que necesito. Y ahora que Rawdon está a salvo, quiero que pagues por lo que has hecho.

Lady Honoria se giró hacia Mark Rawdon.

—¡Sir Mark! —Dijo con violencia—. ¿No tiene usted ninguna influencia sobre ella? ¡Diga algo! ¡Haga algo! No me puedo creer que pretenda de verdad disparar a nadie, pero es peligroso apuntar así con un arma. Dígale que deje de comportarse como una estúpida, que baje la pistola. ¡Hágala entrar en razón!

—¡No lo hagas, Alexandra! —Dijo su primo—. Tienes lo que querías. Rawdon sobrevivirá. No creo que tengas que cometer una locura semejante. Ya no es necesario.

—¡Sí lo es! Más necesario que nunca. ¡Es mi marido, Mark! ¿Crees que podría vivir con semejante canalla? —Alzó la pistola, y la tensión en la pequeña sacristía aumentó.

—¡Espera, Alexandra! ¡Espera! —Richard habló atropelladamente, pero sin mostrar miedo—. Dame sólo un momento. Como hombre condenado, supongo que se me permitirá un momento para exponer mi caso. ¡Soy inocente, maldita sea!

—¿No disparaste contra mi hermano?

—¡No! No lo hice.

—¿No jugaste a las cartas con mi padre? —Continuó Alexandra sin piedad—. ¿No jugaste con él? ¿No le ganaste todo lo que tenía? ¿No lo arruinaste?

Richard vaciló.

—Ya estaba arruinado antes de que jugáramos. Pero sí, jugué con él por… lo que quedaba. Y gané.

Alexandra dejó escapar un sollozo y apretó con más fuerza la pistola. Lady Honoria y el padre hicieron a la vez un movimiento de protesta.

—¡Quedaos los dos quietos! —Richard habló con sequedad—. Os prohíbo a cualquiera de vosotros que intervengáis. Esto es entre Alexandra y yo —mantuvo deliberadamente la mirada a su esposa mientras seguía hablando—. Hice lo que tenía que hacer respecto a tu padre. Quería salvarlo, no arruinarlo. Si no hubiera muerto tan repentinamente, hubiera podido demostrárselo. A él y, si fuera necesario, a ti también.

—¡No resultas muy convincente! Fui yo quien te hizo devolver las tierras de mi padre a Mark. En caso contrario, ahora sería todo tuyo, lo hubiera

engullido Channings. Rawdon habría dejado de existir —su voz se hizo más rabiosa—. Por Dios, Deverell, ¿qué clase de hombre eres tú? ¿Channings no era lo suficientemente grande para ti? ¿Tenías que apoderarte también de Rawdon?

—Tú no me obligaste a devolver nada, Alexandra —aseguró Richard con tono de acero—. Todo te lo entregué libremente como regalo de bodas. Tú escogiste dárselo a tu primo.

—¡No tan libremente! ¡Tuve que casarme contigo para conseguirlo!

—¿Estás diciendo que no te habrías casado conmigo en caso contrario? Me cuesta trabajo creerlo. Parecías muy contenta cuando te lo pedí.

—Eso fue antes de… —se detuvo y tragó saliva—. Antes de que descubriera lo que habías hecho. Después de eso, nada excepto la idea de salvar Rawdon me hubiera llevado a hacerlo.

Aunque parecía imposible, Richard palideció todavía más.

—Ya… ya veo.

Y entonces, tras una pausa, continuó.

—Pero como tú misma has dicho, Rawdon está a salvo. Haya hecho o haya dejado de hacer lo que sea, ya está arreglado.

—¿Arreglado? ¡Llevaste a mi padre a la muerte! ¡Y también tienes que pagar por mi hermano!

—Ya te lo he dicho —dijo Richard con calma—. La muerte de Johnny fue un accidente.

—¡Oh, sí seguro! Fuera un accidente o no, le disparaste, Deverell, aunque le dijiste a todo el mundo que se había disparado él mismo. ¿Qué otro motivo tendrías para intentar encubrirlo después? Eres un mentiroso y un cobarde, Richard Deverell. Y yo lo sé, aunque el resto del mundo lo desconozca.

Alexandra agarró la pistola con gesto aún más amenazante cuando él dio un paso adelante sin darse cuenta.

—¡No, por favor, no! —Chilló lady Honoria. Pero tras un instante, su sobrino volvió a hablar con frialdad.

—Si eso fuera cierto, merecería todo lo que has dicho de mí. Pero no lo es. Ni siquiera estaba allí cuando Johnny murió. De haber estado…

Se detuvo un instante, mostrando por primera vez el atisbo de una emoción fuerte. Apretó las mandíbulas y siguió hablando.

—Si yo hubiera estado allí no habría ocurrido. Lo habría salvado. Pero estaba solo cuando murió.

Su voz estaba cargada de convicción, y, por primera vez, Alexandra vaciló. Pero al instante recuperó la confianza en sí misma y aseguró con rotundidad:

—Tengo una prueba. Una prueba importante.

—¡Entonces enséñamela! Vamos, Alexandra, ¿dónde está tu sentido de la justicia? ¿Acusado, juzgado y condenado en un segundo? ¿Es ése mi destino?

La pistola no se movió, pero Alexandra alzó la voz con desprecio.

—Yo te quería, Richard. Mi padre te quería. Johnny era tu amigo. ¡Y tú nos

has traicionado a todos! Has mentido y has engañado a gente que confiaba completamente en ti. ¡No mereces vivir!

Richard seguía hablando con voz pausada, con calma. Y dijo secamente:

—Querida niña, intenta pensar por una vez en las consecuencias antes de actuar. En este momento estás convencida de mi culpabilidad. Pero, ¿y si te equivocas? Supón, sólo supón, que ahora me disparas y más tarde descubres que después de todo era inocente. ¿Cómo te sentirías?

Lady Honoria rompió su silencio.

—¡Por supuesto que eres inocente, Richard! ¿Cómo puedes tratarla con tanta calma? ¡Mírala! ¡Está hablando en serio! ¡Esta chica se ha vuelto loca!

Su voz anciana tembló al suplicar.

—Alexandra, no puedes hacer esto. No puedes disparar a Richard, es un buen hombre. ¡Y desde luego contigo ha sido más que bueno! No te mentiría, ni a ti ni a nadie. La muerte de tu hermano fue un accidente… todos lo sabemos. Eso dijo el ejército. Y Richard dice que ni siquiera estaba allí cuando ocurrió, así qué, ¿cómo iba a tener él algo que ver? Y en cuanto a tu padre…

Alexandra no estaba escuchando. Permanecía allí de pie con los ojos brillantes clavados en Richard, sujetando la pistola con mano firme. Richard intervino. Sin apartar los ojos de su esposa, dijo:

—¡Gracias, tía Honoria! No creo que consigas convencer a mi mujer de que no soy un canalla. Está tan convencida de ello que no escuchará ningún argumento en mi defensa. Pero tal vez quiera oír esto —con los ojos clavados en Alexandra, continuó—. Reconozco que ha habido alguna villanía en contra de la familia Rawdon. Cuando tu padre murió creí que terminaría. Pero parece que me equivoqué. Dispararme no solucionará el problema, te lo aseguro. Yo no soy el responsable. Pero si me das tiempo, averiguaré de quién se trata.

—¡No hay nadie más, Deverell!

—¡Te juro que sí! —la tranquila resistencia de Richard tuvo algún efecto, y mientras Alexandra vacilaba, él continuó—. Mira, te propongo algo. Muéstrame lo que tienes como prueba. Dime por qué estás tan convencida de que traicioné a mi mejor amigo y a toda su familia, gente que —se detuvo un instante antes de continuar—, gente que significa tanto para mí. Y luego dame seis meses. Seis meses para demostrarte que estás equivocada respecto al accidente de Johnny. Seis meses para averiguar quién o qué arruinó a tu padre.

—¡Ése sí que fuiste tú! ¡Ya lo has confesado!

—No, no es verdad. No me has escuchado bien. Hice todo lo que pude por evitar los daños y fallé. Deja que te demuestre que estoy diciendo la verdad. Haremos un trato. Baja el arma. Si cuando terminen los seis meses no he podido demostrártelo todo a tu entera satisfacción, sea lo que sea, te ahorraré la molestia de dispararme. Lo haré yo mismo por ti. Lo juro.

El padre Harmond y lady Honoria hablaron a la vez.

—¡Lord Deverell, no debe hacer una promesa tan precipitada!

—¡Richard! —Lady Honoria estaba escandalizada—. ¿Te has vuelto loco

tú también?

Pero él no escuchó ninguna de las dos interrupciones.

—Te doy mi palabra —repitió, mirando a Alexandra.

—¿La palabra de un mentiroso y un cobarde? —Dijo ella con sorna—. ¿Cómo voy a aceptarla?

—Con más confianza que yo la tuya, al parecer —replicó Richard—. ¿No acabas de jurar amarme, cuidarme y obedecerme? ¿O había alguien más a mi lado en el altar?

—Juré amarte hasta que la muerte nos separara, Richard.

—Ah, ya veo. ¿Y con eso ya está? —Richard compuso una mueca y luego se estiró y le dedicó una mirada desafiante—. Entonces, ¿qué va a ser, Alexandra? ¿Una bala ahora o dentro de seis meses?

El padre Harmond se aclaró la garganta.

—Lord Deverell, me niego a quedarme de brazos cruzados mientras se hace un trato tan espantoso.

—Harmond, ¿no ve que ella no se conformará con menos? —Dijo Richard impaciente.

El padre Harmond se detuvo. Tras un instante, suspiró, sacudió la cabeza y se giró hacia Alexandra.

—Lady Deverell, no puedo aprobar lo que su esposo acaba de prometer, pero si eso impide lo que sería un asesinato a sangre fría, entonces debo pedirle que lo acepte. Niña, no sólo está usted poniendo en peligro la vida de su marido y la suya propia en peligro, sino que se arriesga a dañar su alma. Déme la pistola, lady Deverell.

Alexandra los miró a todos con los ojos muy abiertos y angustiados.

—No sé qué hacer —dijo—. ¡No lo sé! No quiero matar a nadie. Nunca pensé que tuviera que hacerlo… nunca quise esto… pero cuando supe cómo me había mentido… lo que había hecho… lo único que pensé fue que tenía que vengar a mi familia —miró a Richard con angustia—. ¿Lo jurarás delante de todos los que están aquí por tu honor?

—Lo juro por mi honor.

—Muy bien. Acepto.

Bajó la pistola y se escuchó un murmullo general de alivio cuando la puso sobre la mesa. Cuando el padre Harmond la agarró y se la quedó mirando, ella exhaló un suspiro estremecido. Su cabello destacaba como una llama en comparación con un rostro tan blanco como su vestido. Se llevó las manos al cuello y comenzó a tambalearse. Richard la agarró cuando iba a caerse.

Nadie se movió durante un instante, y entonces lady Honoria inquirió.

—¿Qué vas a hacer, Richard? Por Dios, ¿qué vas hacer con esta niña? Si me preguntas, creo que estaría mejor en el maní comió. ¡Tienes que enviarla de vuelta a Rawdon!

Sujetando a la inconsciente Alexandra entre sus brazos, Richard alzó las cejas.

—¿Cómo se te ocurre decir una cosa así, tía Honoria? Por supuesto, mi esposa vendrá conmigo a Channings. Rawdon, ¿serías tan amable de avisar a mi mozo? Quiero que lleve inmediatamente el coche a la puerta de atrás. Lady Deverell está indispuesta —miró a los demás—. Y eso es todo lo que necesita saber la gente que está fuera.

Les mantuvo la mirada hasta que todos firmaron. Luego le hizo un gesto con la cabeza a sir Mark, que salió a buscar al mozo de lord Deverell.

Dos

Dos días más tarde, Alexandra abrió los ojos y giró lentamente la cabeza. Estaba en la cama, en una habitación que le resultaba extraña, grande, lujosamente amueblada y con dos ventanas a un lado. En la mesilla de noche había una colección de frascos y polvos, junto con un vaso y una jarra de agua. A su lado, un jarrón con rosas. Lady Honoria estaba sentada a un lado de la ventana, cerca de la cama, pero cuando vio señales de movimiento se acercó.

—Así que por fin te has despertado —dijo.

—¿Dónde estoy? —Preguntó Alexandra con un hilo de voz.

—Bebe un poco de agua —lady Honoria le acercó un vaso a los labios—. Estás en Channings, por supuesto.

—¿Channings? —Alexandra frunció el ceño.

Recuperó la memoria y, con un grito de disgusto, apartó el vaso e intentó sentarse.

—¡Ésta es la casa de Richard! No debería estar aquí.

Lady Honoria la empujó suavemente hacia atrás.

—No podría estar más de acuerdo contigo —dijo—. Pero Richard insistió.

—No debería haberme traído aquí. No puedo vivir con él. ¡Es imposible!

—Tienes que mantener la calma. El médico dice que necesitas mucho descanso.

—Pero no puedo… —Alexandra giró nerviosamente la cabeza sobre la almohada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi dos días. Richard te trajo directamente después de la boda. Te desmayaste en la sacristía después de aquel increíble numerito, y llevas más o menos inconsciente desde entonces.

Alexandra volvió a mirar a su alrededor.

—¿Qué habitación es ésta?

—La tuya.

—¿La mía? —Alexandra parecía nerviosa.

—Oh, no creas que vas a compartirla con mi sobrino —dijo lady Honoria con acidez—. No está tan loco. Él tiene una habitación al otro lado de la casa.

Alexandra cerró los ojos y frunció el ceño al recordar vagamente la voz de Richard pidiéndole que le hablara, y su propia negativa antes de buscar refugio otra vez en el sueño… abrió los ojos y miró a lady Honoria. La anciana dama se había sentado cerca de la cama, pero no tenía una expresión halagüeña. Alexandra dijo con un toque desafiante:

—Supongo que me odia por querer disparar a Richard.

—No seas dramática —replicó la tía de Richard—. Sin duda estabas fuera de ti en ese momento. Pero no me resulta fácil perdonar el miedo que nos hiciste pasar. Quiero mucho a Richard, y durante un instante creí que ibas a disparar.

Alexandra guardó silencio un instante.

—¡Debería haberlo hecho! —Dijo finalmente—. Lo planee cuidadosamente. Me prometí a mí misma que lo haría. Pero cuando llegó el momento… ¿Por qué no pude hacerlo?

Lady Honoria se puso de pie.

—¡Ya está bien de tonterías, Alexandra! No eres una asesina. ¡Por supuesto que no podías matar a Richard! Como no dejes de decir bobadas le diré a Murdie que venga a sentarse aquí contigo. No pienso quedarme a escuchar más.

—¡No! No se vaya, por favor —Alexandra agarró la mano de lady Honoria—. Tengo que saber… ¿Estamos… estamos realmente casados?

—Por supuesto que sí. Pero a nadie le sorprendería que Richard te dejara. Imagino que si una esposa amenaza con matar a su marido, es motivo suficiente para divorciarse. Yo, por ejemplo, no culparía a Richard si te enviara a un maní comió —lady Honoria se soltó la mano de la de Alexandra—. Desde luego, me engañaste. Hubiera jurado que lo amabas.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la joven.

—Lo… lo amaba —suspiró con tristeza—. Era lo que siempre había deseado, casarme con Richard. Lo amaba tanto…

Lady Honoria resopló con sorna.

—¡Tienes un modo muy curioso de demostrarlo! —Aseguró—. ¡Y menudo lío has montado! Si tanto odiabas a Richard, ¿por qué no te limitaste a dejarlo solo, niña estúpida? —Miró a Alexandra con odio durante un instante, antes de seguir—. No hay una sola mujer disponible en todo el país que hubiera desperdiciado la oportunidad de convertirse en la esposa de Richard. ¿Por qué demonios ha tenido que escogerte a ti?

Alexandra sacudió la cabeza.

—Ya no sé por qué Richard quiso casarse conmigo. ¡Ya no sé nada!

—Bien, te diré por qué creo yo que lo hizo —dijo lady Honoria, sin conmoverse con la obvia angustia de Alexandra—. Eso explicaría su comportamiento actual. ¡Porque siente lástima por ti, por eso! Cree que tiene que protegerte porque se lo debe a tu familia. Incluso ha recuperado Rawdon para ti, y apuesto a que eso le ha costado una buena fortuna.

Ignoró el grito de protesta de Alexandra y continuó.

—¿Y qué has hecho tú a cambio? ¡Amenazar con matarlo! No sé qué gusano se metió en esa cabecita tuya, Alexandra Rawdon, pero espero que estés satisfecha. Tal vez no hayas conseguido matar a Richard, pero desde luego le has arruinado la vida.

Se detuvo un instante antes de continuar.

—Y pensar que hace sólo dos días estábamos todos en su boda, sintiéndonos tan felices por él… por fin estaba a salvo en casa, lejos del ejército, a punto de instalarse por fin con su esposa en Channings… —hizo un gesto de impaciencia—. Richard me ha pedido que no sea desagradable contigo, pero aunque él sea un santo, yo no lo soy. No puedo quedarme aquí. Si lo hago, diré todavía más cosas que no debería.

Los ojos de Alexandra eran dos lagos profundos y oscuros.

—Lamento que esté usted tan enfadada —dijo—. Pero yo no quería la compasión de Richard. Más le hubiera valido tenerla por mi padre. Usted no lo entiende.

—No, y creo que nunca lo entenderé.

Lady Honoria salió por la puerta y la cerró tras ella. Alexandra cerró los ojos. Estaba temblando. La sensación de pánico y de pérdida que se había apoderado de ella desde que todo su mundo se había vuelto del revés, regresó con más fuerza que nunca. ¿Por qué le había pedido Richard que se casara con él? En su momento pensó que la amaba tan profundamente como ella lo había amado a él.

Recordó el momento con dolorosa claridad. ¡Qué estúpida había sido! Cuando Richard entró en la biblioteca de Rawdon, ella estaba al lado del escritorio en el que había encontrado a su padre el día anterior, desplomado sobre sus papeles. Los papeles seguían allí, desordenados. Ella había hecho un esfuerzo por colocarlos, por poner algo de orden en ellos, pero las lágrimas habían ido abriéndose paso lentamente…

—¡Mi pobre niña! No deberías estar aquí sola.

Al escuchar la voz de Richard, Alexandra se giró hacia él a ciegas, y él la estrechó entre sus brazos, apoyándole la cabeza contra el pecho. Alexandra se sentía a salvo, como si hubiera alcanzado una especie de refugio. Durante la confusión y la angustia del día anterior había sido consciente de la presencia de Richard, ocupándose de todo y dando órdenes. Se había asegurado de que cuidaran de ella, pero no habían tenido ocasión de hablar.

Ahora la estaba abrazando, dándole tiempo para que se recobrara un tanto, y luego la guió hacia la chimenea encendida.

—Estás helada. ¿Cuándo comiste por última vez?

—No lo sé. ¿Qué importa eso?

—¡Por supuesto que importa! Deja que mande traer algo.

Richard esperó a que hubiera comido algo de lo que había encargado él y que bebiera algo de vino.

—¿No está mejor así? —Preguntó.

Alexandra asintió y él sonrió con aquella sonrisa especial que parecía guardar sólo para ella, cálida y cariñosa. Consiguió el efecto mágico de siempre, y durante un instante Alexandra se olvidó de su dolor. Richard le tomó las

manos entre las suyas.

—¿Qué estabas haciendo cuando entré? —Le preguntó tras un instante.

—Estaba… estaba intentando ordenar un poco los papeles de papá.

—Eso es absurdo —dijo él—. Será mejor que los abogados de tu padre se encarguen de eso. Tú tienes que descansar.

—¡No puedo! —Aseguró Alexandra—. Si no hago algo con ellos, Mark pensará que se tiene que ocupar él. Estaba aquí esta mañana cuando yo entré. Y no lo culpo… después de todo, es el siguiente en la línea sucesoria. Pero sigue siendo un desconocido al fin y al cabo. Y estos papeles eran lo último… lo último que papá estaba leyendo cuando… cuando murió. Quiero ser yo la que se ocupe de ellos.

—¿Permitirías que yo lo hiciera por ti?

Ella se lo quedó mirando.

—Sí —dijo despacio—. Tú estabas más cerca de papá que nadie. Pero ya has hecho demasiado. No tengo derecho a pedirte tu tiempo. ¿Cómo vamos a explicárselo a Mark?

—Muy fácil —dijo con una expresión seria en sus ojos grises—. Porque estás equivocada, Alexandra. Tienes todo el derecho sobre mi tiempo y sobre todo lo mío.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sin comprender muy bien qué quería decir.

—Siempre he querido casarme contigo —continuó Richard—. Tu padre lo sabía. Y ahora quiero que nos casemos en cuanto podamos arreglarlo. ¿Querrás? ¿Y confiarás en mí?

Alexandra no vaciló. Una oleada de alegría ahogó el dolor de su corazón y volvió a lanzarse a sus brazos.

—¡Richard! ¡Oh, Richard! ¡Por supuesto que sí! Me casaré contigo en cuanto tú quieras. Pero, ¿no tendríamos que esperar? Los vecinos se quedarán estupefactos… la muerte de papá…

—Lo superarán. Tu padre habría querido que estuvieras protegida. Si las cosas hubieran sido diferentes, serías mi esposa desde hace mucho tiempo… ambos lo sabemos. Y ahora necesitas alguien que cuide de ti, que te cuide y te haga feliz. Nos casaremos dentro unas cuantas semanas, sí estás de acuerdo. Será una boda sencilla, por supuesto. ¿Te importa?

—¿Importarme? ¡Oh, no!

—Entonces dame el sí. Te juro que no te arrepentirás.

—¿Arrepentirme? ¿Cómo iba a arrepentirme de casarme contigo, Richard? ¡Creo que lo he deseado toda mi vida!

Y cuando él se hubo marchado, llevándose los papeles consigo, Alexandra se sintió muy feliz a pesar de la pena. Richard le había pedido que se casara con él. La amaba tanto como ella lo amaba a él…

Y ahora, sólo unas semanas más tarde, Alexandra gemía y ocultaba el rostro bajo las sábanas. ¡Qué estúpida había sido, qué ingenua! Por supuesto que Richard no la amaba como ella a él. Tal vez se hubiera casado con ella por lástima, como pensaba su tía. O quizá lo había hecho movido por la culpa, por un último destello de conciencia. Pero una cosa era cierta. No era posible que la amara.

Le sorprendió la aguda punzada que le provocó aquel pensamiento. Era el fin de los últimos vestigios de ilusión. Qué curioso que le doliera tanto, después de todas las cosas que habían sucedido.

Se revolvió inquieta en la cama. ¿Qué más daba lo que Richard sintiera? Ella estaba viviendo una pesadilla, casada con un extraño. El Richard al que conocía y amaba ya no existía.

Era demasiado. Cerró los ojos de nuevo y escapó de aquel insoportable presente hacia el pasado, hacia un mundo donde conocía al antiguo Richard, aquel que tanto había significado para ella.

Richard Deverell era amigo de Johnny Rawdon antes incluso de que Alexandra naciera, y aunque tenían caracteres muy distintos, Johnny tan extravertido y Richard siempre tan callado, habían mantenido la amistad.

Los primeros recuerdos de Alexandra estaban plagados de días dorados y soleados en los que veía a los dos chicos cazando renacuajos o pescando en el lago de Rawdon, y sus propios gritos de: «¡Esperadme!»

Con el paso de los años, ellos se acostumbraron a que aquella cabeza cobriza se asomara allí donde iban, y poco a poco se fueron responsabilizando de protegerla de las peores caídas y de los arañazos. A cambio, ella les entregaba su incuestionable lealtad y su devoción. Los tres niños eran prácticamente inseparables cuando se liberaban de los tutores y las amas de llaves.

Todo era muy simple durante su infancia. Alexandra tenía la impresión de que aquella existencia idílica duraría para siempre. Pero por supuesto, no pudo ser. Las cosas cambiaban continuamente, y el cambio más grande vino después de que Richard y Johnny pasaran el invierno en Londres en el año 1810. Cuando regresaron a Somerset aquel verano, lo hicieron convertidos en muchachos jóvenes, sin tiempo para sus antiguos juegos ni para la poco sofisticada hermanita de Johnny. Los seis años de diferencia que se llevaban se habían convertido en un abismo que no podía salvarse mediante la persuasión ni las rabietas. Alexandra se vio obligada a observar a distancia cómo Richard y su hermano flirteaban con las jóvenes del lugar, las llevaban de paseo al río y las acompañaban a picnics y bailes organizados por sus esperanzadas madres.

Durante un corto periodo, Alexandra, abandonada y sola, pensó que su mundo había terminado.

Pero luego, transcurrido un tiempo, comenzó a encontrar una especie de

maliciosa diversión observando los esfuerzos que hacían las jóvenes damas para cazar a los dos solteros más preciados del país. No tenían mucho éxito. Johnny se reía y bromeaba, y no trataba a ninguna con seriedad. Y aunque Richard era cortés con todas, bailaba con una, fingía divertirse con otra y escuchaba atentamente a una tercera, siempre se mantenía distante sin prestarle particular atención a ninguna de ellas.

Pero, extrañamente, mientras Alexandra lo observaba, comenzó a cambiar lentamente la percepción que ella tenía de su amigo de la infancia.

Poco a poco comenzó a intrigarle tanto como a las demás la actitud algo solitaria que Richard adoptaba cuando estaba con la gente, comenzó a sentirse igual de fascinada que las otras por el encanto de su lenta sonrisa, por la moderada agilidad de sus movimientos. La imagen familiar del niño callado de su infancia se fue desvaneciendo poco a poco para ser remplazada por la de un hombre muy atractivo. Atractivo y seguro de sí mismo bajo sus maneras templadas.

Los sentimientos que tenía hacia él cambiaron de un modo que le resultaba difícil definir, pero continuaron siendo de posesión. Sorprendida, se dio cuenta de que fuera lo que fuera, niño u hombre, amigo o candidato, Richard Deverell era suyo.

Siempre había sido suyo. Siempre sería suyo. Sentía incluso lástima por las chicas que lo perseguían. ¿Acaso no sabían que Richard Deverell le pertenecía a ella? Alexandra estaba tan convencida de ello que una tarde de agosto se lo hizo saber a él.

Alexandra y Richard habían dejado los caballos atados a una valla mientras descendían hacia el río para observar a las nutrias que vivían en sus orillas. Durante un momento fue como en los viejos tiempos, compartiendo un entretenimiento sin complicaciones con las payasadas de los cachorros de nutria y hablando de sus cosas.

—¿Te vas a quedar ya aquí para siempre, Richard? —Le preguntó Alexandra.

—No lo sé. Tal vez me aliste un tiempo en el ejército.

—¿El ejército?

—Es una manera de ver mundo, y se pueden correr muchas aventuras, sobre todo en España. Johnny también se lo está pensando.

—¿Johnny? ¡Papá nunca le permitiría ir! Lo necesitamos en casa. Y a ti también, Richard.

—Oh, vamos, Alexandra. ¿Necesitarme? Sabes muy bien que a mi padre no le interesa mi compañía, y Channings funciona tan bien que realmente no necesita de mí. No, no creo que nadie me eche de menos.

Richard había hablado con cierta amargura, y Alexandra guardó silencio durante un instante. Luego, haciendo un esfuerzo por mantener la calma, dijo

con voz queda:

—Nosotros sí te echaríamos de menos, Richard.

—Sólo serían dos o tres años… no pretendo convertirme en militar profesional. Pero Johnny parece muy convencido con la idea. Creo que se marchará diga lo que diga tu padre.

—Oh, si Johnny ya ha tomado la decisión, papá se rendirá. Mi hermano siempre se sale con la suya al final.

Alexandra guardó silencio durante un instante, pensando en lo que eso significaría tanto para su padre como para ella. Y luego dijo enfadada:

—¡Mi hermano es un inconsciente! Se le ocurren esas ideas y luego sigue adelante con ellas sin pensar en las consecuencias.

—¿Y tú no eres así? —Preguntó Richard, mirándola con tal cariño que ella se tuvo que reír.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Los Rawdon nos precipitamos sin pensar. ¿Cuántas veces te lo he oído decir? Pero Johnny es mucho peor que yo.

—Hablas como si no te cayera bien tu hermano.

—Oh, tal vez ahora mismo no. Pero siempre lo querré. A pesar de sus defectos.

—O precisamente por ellos —dijo Richard—. Porque así es él, ¿verdad?

Richard sonrió. Aquella sonrisa provocó algo en Alexandra. De pronto se sintió absurdamente feliz, segura de que Richard nunca sonreía a ninguna chica de aquel modo afectuoso y socarrón.

Aquella sonrisa era para ella y para nadie más. Cuando Richard se giró para ayudarla a salvar el escalón que había al final del camino, un impulso súbito le impidió saltarlo como siempre hacía.

Se quedó quieta, le colocó las manos sobre los hombros y lo miró sonriente.

—¿Por cuál de mis defectos me quieres tú a mí, Richard? —Le preguntó ladeando la cabeza con los ojos brillantes y traviesos y el cabello cayéndole por los hombros, casi rozando el rostro de Richard.

Él le había puesto las manos en la cintura, dispuesto a bajarla. Pero de pronto se quedó muy quieto. La sujetó con más fuerza, se le había oscurecido la mirada. Ya no sonreía. Tenía los ojos clavados en su boca… Alexandra se quedó sin respiración.

—¿Richard? —Dijo insegura.

Y de pronto terminó todo. Él dijo algo entre dientes, dejó caer los brazos y sacudió la cabeza. Tras un instante, dijo muy despacio y con cierto distanciamiento:

—No sabría decirte. ¡Tienes tantos!

Su reacción la decepcionó, y Alexandra sintió la necesidad de perturbar de nuevo aquella calma.

—¿Sabes? —Dijo—. Durante un momento creí que ibas a besarme. ¿Querías hacerlo?

—¡Por supuesto que no! —Respondió él enfadado—. ¡Qué idea tan ridícula! Eres una niña, Alexandra.

—Tengo casi dieciséis años —contestó ella herida—. ¡No soy mucho más pequeña tú! ¡Antes no parecías notar la diferencia!

—Entonces no era lo mismo. Todos éramos niños —aseguró Richard secamente.

—Pero… ¿Por qué no querías besarme? ¿No soy lo suficientemente bonita?

—¡No eres lo suficientemente mayor! Si no fueras una niña no preguntarías algo así. ¡A nadie!

—No se lo preguntaría a nadie más. No quiero que nadie más me bese, Richard. Sólo tú.

Él la miró con desesperación, como si no estuviera muy seguro de qué responder. Luego sacudió la cabeza y dijo bruscamente:

—Supongo que crees que me siento halagado. Pero no es así. No sabes nada de esto, Alexandra. Y a menos que quieras que te deje aquí y volverte sola, será mejor que terminemos ahora mismo con esta estúpida conversación.

Parecía que hablaba en serio. Alexandra asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo dedicándole otra mirada traviesa—. Pero sigo pensando que querías besarme. Supongo que tendré que esperar a ser algo mayor.

Richard habló como si lo hiciera contra su voluntad.

—Es muy probable que entonces no quieras besarme —afirmó.

—¡Oh, sí querré! —Respondió Alexandra muy segura—. Y tú también querrás besarme. ¡Eres mío, Richard Deverell! Nos pertenecemos el uno al otro.

Durante el resto del verano, aunque Richard se mostró amable, mantuvo las distancias, sin mostrar ni con sus actos ni con su actitud que pensara en ella de otro modo que no fuera como una amiga, la hermana pequeña de su mejor amigo. Pero Alexandra se pasaba las noches en vela imaginando el beso que le había negado y fantaseando con el futuro. Y aunque no volvieron a hablar de ello, nunca cejó en su convicción de que Richard era suyo.

Lo observaba con las otras jóvenes y se sentía tranquila. No eran rivales para ella, pensaba satisfecha. Y al año siguiente tal vez la considerara lo suficientemente mayor. Pero finalmente un rival más poderoso apartó a Richard de ella. En otoño, Johnny y él anunciaron que finalmente se iban a alistar al ejército.

Nada podría detenerlos, y desde luego menos que nada las protestas de Alexandra. Ni siquiera los enérgicos esfuerzos de sir Jeremy Rawdon impidieron que su único hijo varón se embarcara en una ocupación tan peligrosa. Johnny se mostró obstinado. Richard iba a ir, así que él también. Sería

una gran aventura.

Así que en la primavera de 1811, los tenientes Richard Deverell y Johnny Rawdon se pusieron al servicio de Wellington en España. Los dos años que tenían planeado estar allí en un principio se convirtieron en tres. Los dos amigos no regresarían finalmente a Inglaterra hasta mayo de 1814, después de que Napoleón hubiera sido derrotado y confinado a la isla de Elba.

Tal vez fuera una niña, como Richard le había dicho, pero, curiosamente, Alexandra nunca dudó de que Richard y Johnny regresarían sanos y salvos, y confiaba en que los años venideros no traerían más que felicidad. Y aunque los echaba de menos, estaba decidida a aprovechar el tiempo en su ausencia. Hasta el momento, había considerado los logros que se esperaban de la hija de un terrateniente como una pérdida de tiempo: La habilidad de vestirse bien, de bailar con gracia, de cantar y dibujar bien… pero ahora dedicó su considerable energía y su talento a adquirir todas las virtudes sociales. Cuando Richard regresara, se quedaría atónito, sobrecogido ante el cambio operado en ella. La encontraría irresistible.

Entonces, unos meses antes de que ellos regresaran, lady Wroxford, su madrina, recordó algo tarde que le había prometido a lady Rawdon que Alexandra pasaría una temporada en Londres. Así que Alexandra estuvo los primeros seis meses del año con lady Wroxford en su casa de Curzon Street, y la presentaron ante la buena sociedad. Para sorpresa de todo el mundo, incluida ella misma, tuvo cierto éxito. Su empeño en aprender cómo encandilar a Richard Deverell cuando regresara le sirvió de mucho ante los ojos críticos de la buena sociedad londinense, y pronto tuvo un círculo de admiradores que la seguían allí donde iba.

Su madrina hizo algo más que simplemente cumplir su promesa. Era una mujer de buen gusto y considerable fortuna, así que disfrutó abasteciendo a su protegida con un guardarropa de preciosos vestidos que destacaban su atractivo. Alexandra aprendió a controlar sus modales impulsivos y el carácter fuerte que casaba con su cabello cobrizo. Sustituyó sus descuidadas zancadas del pasado por los pasos gráciles de una joven dama. No era guapa en el sentido convencional de la palabra, pero su hermoso cabello y sus ojos brillantes de color lavanda hacían que no pasara desapercibida. El hecho de que los Rawdon fueran una familia rica y conocida era, por supuesto, un atractivo añadido para su corte de admiradores.

Pero aunque Alexandra se mostraba educada, manifestaba una indiferencia hacia el flirteo y la admiración que la gente encontraba intrigante. No se daban cuenta de que la aparente falta de interés de la señorita Rawdon en su propio éxito era genuina. Aunque la vida londinense le divertía, no era más que un entretenimiento, una distracción mientras esperaba a que un hombre regresara de la guerra.

Richard y Johnny regresaron por fin. Llegaron de España bronceados, en forma. Ya no eran unos muchachos, sino unos hombres, endurecidos por las experiencias vividas en los campos de batalla de España, y seguros de su poder. Pero para ella seguían siendo sus seres queridos, dos de las tres personas más importantes de su vida. Y durante unos pocos meses, el futuro se le presentó brillante.

El encanto de aquellos recuerdos felices se rompió cuando se abrió la puerta y Alexandra regresó del pasado al dormitorio de Channings. Entró alguien. Seguramente se trataría de Murdie, la doncella de lady Honoria, que iba a sustituir a su señora.

—¿Alexandra?

No era Murdie. Era Richard. Reconocería su voz en cualquier parte, profunda, sosegada, tierna en ocasiones. Aunque tenía los suyos cerrados, sintió cómo los ojos grises de Richard la examinaban… el corazón comenzó a latirle con fuerza, pero se quedó muy quieta, fingiendo dormir profundamente.

—Abre los ojos, Alexandra. Tenemos que hablar.

¿Cómo era posible que aquella voz siguiera embrujándola? La tentación de hacer lo que le pedía resultaba casi irresistible, pero no podía, no dejaría que así fuera.

—¿Te ha vuelto a disgustar mi tía? Es una anciana, Alexandra, ella no puede comprender… por otra parte, yo tampoco lo entiendo —añadió con cierto toque de humor ácido—. Pero yo no estoy tan cansado ni tan furioso como ella. Pero no dejes que te afecte. Te sentirás mejor cuando hayamos hablado. Y antes o después volveremos a pegar los pedazos de nuestras vidas.

¿Volver a pegar los pedazos? ¡Para eso haría falta un milagro! Alexandra estaba convencida de que las piezas ya no tenían arreglo. Sin abrir los ojos, giró la cabeza para apartarla de él.

Richard esperó un instante. Alexandra no estaba dormida. Lo sabía. Y aunque cada vez tenía más prisa en hablar con ella, no le parecía bien obligarla si no estaba preparada. Los acontecimientos de los últimos meses habían estado a punto de acabar con ella. Miró a su esposa. Tenía los ojos firmemente cerrados, pero las sombras púrpuras que los rodeaban y las hendiduras de sus pálidas mejillas demostraban lo mucho que necesitaba tiempo para descansar y recuperarse.

Tal vez ayudara hablar de tiempos más felices… se sentó al lado de la cama y pensó en ella tal como la había visto en un salón de baile de Londres cuando Johnny y él regresaron de España en mayo de 1814. La niña de Somerset que se vestía con lo primero que encontraba se había convertido en una joven radiante, preparada y plenamente consciente de su poderío. Richard

se dirigió a la figura inmóvil que había sobre la cama.

—Alexandra… ¿Te acuerdas de cuando bailaste conmigo en Londres? Johnny y yo acabábamos de regresar de Francia, tras pasar cuatro años en la Península. Napoleón había sido desterrado a Elba y Londres lo celebraba. Todo el mundo comentó que era una temporada excepcional. ¿Te acuerdas? La ciudad estaba llena de visitantes: Realeza europea, diplomáticos, viajeros, y toda clase de parásitos. Parecía haber más gente de ese tipo que soldados regresando de la guerra… Johnny y yo éramos dos de esos soldados, y te aseguro que nos sentíamos en minoría al lado de tanto civil.

Se detuvo, pero Alexandra no dio señales de estar escuchando. Richard continuó.

—Te vi por primera vez en el baile de la mansión de Northumberland, me acuerdo. Hacía poco que Johnny y yo habíamos regresado a Londres, y habíamos ido allí con la esperanza de encontrarte.

Richard guardó silencio. Aquella ocasión seguía vivida en su recuerdo. Había visto a Alexandra en cuanto entraron en la sala de baile, aunque Johnny tardó un poco más. La visión de su hermana le había hecho detenerse sobré sus pasos.

—¡Allí está! —Exclamó maravillado—. ¡Por todos los santos, Deverell, está impresionante! ¡Nunca imaginé que se desarrollaría así de bien! Mírala… si es que puedes. ¡Está completamente rodeada!

Richard recordó sus propios sentimientos cuando miró hacia la joven que reía al otro lado de la sala. Alta y graciosa, con el cabello recogido en un moño alto, parecía completamente segura de sí misma, y muy cómoda entre la sofisticada sociedad londinense. Aunque tenía la misma sonrisa encantadora de siempre, ya no le recordaba a la niña de la melena cobriza que se había parado en el escalón y le había tentado para que la besara hacía casi cuatro años. Todavía recordaba el aroma de aquel cabello cuando le rozó la mejilla, recordaba las sensaciones que se despertaron entonces en él…

—Será mejor que nos acerquemos hasta allí antes de que ella nos vea y venga corriendo —dijo Johnny—. Se va a poner como loca, pero no debe hacer eso en un salón de baile.

Richard conocía a la hermana de su amigo mejor que él mismo. Recordó haber dicho:

—Alexandra ya sabe que estamos aquí. Nos ha visto en cuanto entramos.

—¿Qué?

—¡Tu hermana se ha hecho mayor, amigo! No vendrá corriendo hacia aquí. Está esperando que vayamos nosotros.

—Bien, maldita sea. ¡Entonces, vamos!

Ahora, más de un año después, sentado en la cabecera de la cama de Alexandra tras el espantoso episodio de la iglesia, Richard estaba lleno de

remordimientos. Si su padre hubiera sido un hombre más razonable… podría haberle pedido entonces a Alexandra que se casara con él allí mismo, y entonces las cosas hubieran sido muy diferentes para todos. Sacudió la cabeza con impaciencia y se levantó.

«Si al menos… si yo hubiera…» ¿De qué servía lamentarse? Lo que estaba claro en el presente era que Alexandra no iba siquiera a darse por enterada de que Richard estaba allí. Tendría que dejarlo por hoy. Al día siguiente hablaría con lord Loudon y diría lo que tenía que decir. Tenían que seguir adelante de un modo u otro, intentar darle sentido a aquel lío. Alexandra no podía refugiarse para siempre en el sueño.

—Muy bien —dijo Richard con frialdad—. Ya veo que no estás preparada para hablar conmigo. Pero no te daré mucho más tiempo, Alexandra. Hemos hecho un trato, tú y yo, y me aseguraré de que cumplas tu parte. Volveré.

Se acercó hasta la puerta.

—¿Murdie? Ya puede pasar. Lady Deverell sigue dormida.

La doncella entró y, dirigiéndole una última mirada a su esposa, Richard salió y cerró despacio la puerta tras él.

Tres

La puerta se cerró y Alexandra oyó el crujido de unas faldas. Sintió cómo la doncella de lady Honoria le estiraba las sábanas. Estaba a salvo.

Con los ojos cerrados, observó las imágenes que habían despertado las palabras de Richard. Recordaba a los dos hombres entrando en el salón de la mansión de Northumberland. Incluso en un lugar en que era frecuente la asistencia de oficiales, ellos llamaban la atención. Richard y Johnny. Estaban tan pulcros con sus uniformes de gala que nadie hubiera adivinado que habían llegado a Londres aquella misma tarde. Alexandra suspiró y buscó de nuevo refugio en el pasado…

Aunque era plenamente consciente de que los dos hombres estaban dando la vuelta al salón para ir en su busca, hizo un gran esfuerzo por disimular que los había visto. Había aprendido mucho en los dos últimos años.

—¡Johnny! ¡Richard! —Exclamó con expresión sorprendida y sonrisa cálida—. ¿Por qué no avisasteis de que estabais en Londres? Qué alegría veros.

Antes de que ellos pudieran decir nada, Alexandra se giró hacia su madrina.

—Lady Wroxford, ya conoce a mi hermano. Pero éste es su amigo, Richard Deverell.

Palabras convencionales que encubrían un torbellino de sentimientos.

En los días y semanas que siguieron, fue Johnny quien la acompañaba en un principio a los eventos. Pero poco a poco se fue cansando de tener que estar pendiente de su hermana, y comenzó a pedirle a Richard que se ocupara de ella. Un cambio que a lady Wroxford no le hizo ninguna gracia.

—Querida, ya sé por lo que tu hermano y tú me habéis contado que el señor Deverell es como de la familia, pero lo cierto es que se trata de un hombre muy atractivo que no es pariente tuyo. A menos que desees provocar comentarios desagradables, no deben verte en su compañía con tanta frecuencia como Johnny sugiere.

Pero cuando Alexandra se lo comentó a su hermano, éste se echó a reír.

—Eso es absurdo, señora —le dijo a lady Wroxford—. ¿Quiere decir que la gente pensará que Deverell tiene que casarse con ella?

—¡Nunca se tiene demasiado cuidado con estas cosas! —Aseguró la dama.

Johnny frunció el ceño, pero luego se le iluminó la cara.

—¡Pero eso no sería mala idea! Nunca había pensado en ello, pero

Deverell sería un candidato perfecto para Alexandra. Se conocen de toda la vida y siempre se han llevado bien. ¿Tú qué dices, Alexandra? Creo que él estaría dispuesto a casarse si se lo pido.

Alexandra se puso tan roja que le costó trabajo hablar.

—¡No te atreverás! —Dijo cuando pudo hablar—. ¡No necesito que me busques marido!

Johnny se encogió de hombros y dio la impresión de abandonar la idea. Pero Alexandra estaba tan preocupada de que pudiera decir algo sin mala intención, que comenzó a tratar con mucha más frialdad a Richard. Richard era suyo, pero estaba decidida a que llegara a ella por su propia voluntad, no por un absurdo sentido del deber.

Así que aunque bailaban juntos con frecuencia cuando se encontraban en algún baile, aunque incluso fue a pasear con él por el parque en alguna ocasión, Alexandra cuidaba de rechazar más invitaciones por su parte de las que aceptaba. Le resultaba muy duro. Cada día que pasaba se enamoraba más de él.

Una noche que hacía calor, Johnny se los llevó a todos a los jardines de Vauxhall. Lady Wroxford estaba encantada de sentarse en una de las sillas y chismorrear con sus amigas, y no puso ninguna objeción cuando Richard se llevó a Alexandra de la pista de baile y le preguntó si le apetecía dar un paseo por los jardines.

—¿He hecho algo mal, Alexandra? —Le preguntó cuando estuvieron en el sendero.

—¿Por qué me preguntas eso? —Quiso saber ella, deteniéndose para mirarlo asombrada.

—Pareces cambiada. Últimamente te noto… desconfiada, como nunca antes.

Alexandra se mordió el labio inferior.

—Ambos hemos crecido, Richard —dijo muy despacio.

—Pero seguimos siendo amigos. ¿Acaso el pasado ya no cuenta? En España, por las noches, tras un largo día de batalla, solía tumbarme a mirar las estrellas y pensaba en los días en Rawdon, cuando éramos niños. Las imágenes que conjuraba me ayudaban a mantenerme cuerdo en medio de tanta sangre, tanto ruido y tanta muerte. Tú siempre estabas. Solía pensar en tu rostro, recordaba tu risa, el modo en que arrugabas la nariz.

Se detuvo. Aquel tono era tan diferente al que solía utilizar que Alexandra no supo qué decir.

—Lady Wroxford cree que debería cortar con esto —dijo bruscamente.

—¿Por qué? —Preguntó él con auténtica sorpresa.

—¡Esto no es Somerset, y ya no somos niños! —Exclamó Alexandra perdiendo la paciencia—. Por muy sorprendente que te parezca, la gente me ve como una joven casadera que no debería pasar demasiado tiempo con uno de los solteros más codiciados de Londres, si no quiere ser objeto de comentarios maliciosos. Así que creo que debemos regresar con mi madrina. Se estará

preguntando dónde estoy.

Alexandra se dispuso a volver, pero él la agarró de la mano con fuerza. Ella se tambaleó y fue a parar contra él. Richard la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí sin apartar los ojos de ella. Un escalofrío de placer recorrió la espalda de Alexandra, pero se las arregló para decir ferozmente:

—¿Es así como se actúa en España, Richard? ¡Suéltame!

—Todavía no. Y este modo de actuar es muy inglés, mi amor —inclinó la cabeza y la besó.

Desde el episodio de hacía cuatro años en el escalón, Alexandra se había imaginado mucha veces cómo sería que Richard la besara. Pero nada la había preparado para aquello. Se sentía como si estuviera suspendida en el espacio; el corazón le latía con fuerza, la sangre le corría por las venas a todos los rincones del cuerpo.

—¿Rí… Richard? —Susurró en un suspiro.

Él se rió y volvió a besarla, esta vez más apasionadamente, siguieron besándose hasta que ella creyó que iba a morirse de placer. Él la sujetaba con tanta fuerza que Alexandra fue consciente de su virilidad, de la firmeza de su deseo, y por un breve instante respondió con desenfreno a aquellas sensaciones nuevas que despertaba en ella. Le rodeó el cuello con los brazos y atrajo sus labios a los suyos, invitándolo a más caricias.

El sonido de unas risas cercanas la devolvió súbita y cruelmente a la realidad. Horrorizada por la vergüenza, se apartó de los brazos de Richard e intentó escapar, pero sus piernas se negaron a dar más de dos pasos. Se quedó dándole la espalda, luchando por recuperar el control.

—Alexandra…

—¡Estate quieto! No digas una palabra.

—¡Debo hacerlo! No tenía derecho a… —se detuvo y comenzó de nuevo—. Éste no es el momento ni el lugar —se calló otra vez y soltó una risita—. Al menos ahora sabes que ya no te veo como a una niña —dijo con pesar.

Ninguna palabra de amor, nada que demostrara que estuviera tan afectado como ella por lo que acababa de suceder. Seguramente estaría más que acostumbrado a aquel tipo de encuentros. Pero, ¿qué estaría pensando de ella? Alexandra tragó saliva.

—No —dijo con rigidez—. Ya no soy una niña. Y no tenía que haberme comportado como lo he hecho, y contigo menos que nadie. ¿Volvemos con mi madrina?

—¿Estás bien? —Preguntó Richard escudriñándola.

—Por supuesto que sí —aseguró ella con una risa crispada—. Tal vez algo avergonzada, pero nada más.

—Lo siento, Alexandra —Richard se detuvo y sacudió la cabeza—. No volverá a ocurrir —afirmó entonces con firmeza.

Aquello no era lo que le hubiera gustado oír. El dolor de su corazón iba aumentando minuto a minuto, pero el orgullo fue en su ayuda. Disimulando su

amarga desilusión, dijo con la mayor frivolidad que pudo:

—Incluso los viejos amigos pueden dejarse llevar, ¿verdad, Richard? Tal vez la gente tenga razón al desaprobar que pase tiempo a solas contigo. Y ahora, por favor, llévame con lady Wroxford.

Regresaron, y durante el resto de la velada Richard se comportó de manera impecable, sin ignorarla pero sin mostrarle tampoco ninguna atención especial. Nadie hubiera imaginado a juzgar por sus maneras que durante un instante sublime, había llevado a Alexandra al paraíso para después traerla de regreso.

En los días que siguieron, Richard siguió igual de distante. Alexandra se sentía confusa y en cierto modo enfadada. ¿Pensaba que ella estaba acostumbrada a permitir que los hombres la acorralaran en una situación semejante, a que la abrazaran y la besaran? La única excusa para su comportamiento era su amor por Richard Deverell, pero estaba claro que él no contaba con una razón parecida para actuar como lo había hecho. Ni siquiera le había dicho que la amaba. ¿Quizá se había tomado como un reto su anterior frialdad? En cualquier caso, se había comportado de una manera que Alexandra nunca hubiera creído posible.

Alexandra ocultó el dolor de su corazón y su orgullo herido y buscó consuelo en la compañía de otros admiradores menos complicados. Durante las últimas semanas de la temporada londinense, nadie parecía más contento y aparentemente preocupado que la señorita Alexandra Rawdon. Hubo un joven que se negó a escucharla cuando ella le aseguró que no estaba interesada en su proposición de matrimonio. Fue tan persistente y era tan buen partido, que todo Londres comenzó a preguntarse si la señorita Rawdon no acabaría cediendo finalmente. Cuando le aseguró a su madrina que eso estaba fuera de toda discusión, lady Wroxford se enfadó mucho con ella.

—No estoy enamorada de él —se defendió Alexandra.

—Se trata de ese antiguo amigo tuyo, ¿verdad? —Protestó la dama, airada—. Estás enamorada de Richard Deverell.

—¿Tanto se me nota?

—¡En absoluto! Has sido increíblemente discreta. Pero no sé qué siente él por ti… ni por nadie —aseguró lady Wroxford—. Es un hombre que se guarda todo para sí, Alexandra. Nadie hubiera adivinado por su comportamiento de los últimos tiempos que a su padre no le queda mucho tiempo de vida.

—¿Lord Deverell está enfermo? —Preguntó Alexandra con asombro—. No he oído nada al respecto, y estoy segura de que Johnny tampoco lo sabe.

—Me lo contó la señora Shackleton. Ella lo sabe por Honoria Standish, que es pariente de ellos. Es una situación muy extraña. Al parecer lord Deverell se niega a ver a nadie, incluido su propio hijo. ¿Qué clase de padre haría algo así?

—Nunca ha habido mucho afecto entre ellos, madrina. Lord Deverell ha

ignorado sistemáticamente la existencia de su hijo. Por eso Richard ha formado parte siempre de nuestra familia.

—Ya veo. Eso podría explicar el marcado aire de indiferencia del señor Deverell…

Alexandra descubrió después que el silencio de Richard la había herido profundamente. Habían tenido pocos momentos privados después de la escena de Vauxhall, pero si hubiera querido sin duda habría encontrado tiempo para contarle lo de su padre.

Sin embargo, al día siguiente llamó para despedirse de lady Wroxford y de su ahijada. Lord Deverell lo había mandado llamar por fin y Richard iba a dejar Londres. Seguramente no regresaría hasta que terminara la temporada. Lady Wroxford expresó su preocupación y le deseó un buen viaje. Luego miró de reojo a Alexandra y sintió lástima por ella.

—Creo que mi ahijada tiene algunos mensajes que le gustaría que usted pudiera llevar a Somerset por ella —dijo con una sonrisa—. Espero que me disculpe si lo dejo a solas con ella para que se los de. Adiós, señor Deverell.

Cuando hubo salido de la habitación, se creó un silencio difícil. Entonces Alexandra lo rompió con un toque de su antiguo estilo impulsivo.

—¿Sabía algo Johnny de la enfermedad de tu padre, Richard? ¿O a él también se lo ocultaste?

—No se lo conté a nadie.

—¿Por qué no? Creía que Johnny era tu mejor amigo. Y también creí que tú y yo éramos amigos.

Richard escuchó el tono de rabia herida en su voz y se apresuró a decir:

—¡Por supuesto que lo somos! Los Rawdon sois la única familia que he conocido —frunció el ceño—. Lo siento, supongo que tendría que habéroslo contado, pero es un tema doloroso… no me resulta fácil hablar de ello.

—¿Ni siquiera con nosotros?

—Ni siquiera contigo, Alexandra. Deberías haberte dado cuenta hace mucho de que mi padre me rechazó casi desde que nací. Eso no es ningún secreto. Siempre hemos sido unos desconocidos el uno para el otro. Su enfermedad no era grave en un principio, y aunque no esté bien decirlo, no era algo importante para mí. Pero ahora parece que podría morir. ¿Te haces idea de lo que eso significaría?

Su tono amargo desconcertó a Alexandra.

—¿Que heredarías el título? —dijo dudando.

—Es mucho más que eso. A pesar de no tener esperanza, toda mi vida he esperado que mi padre algún día me aceptaría, que me demostraría incluso algo de afecto. Una estupidez por mi parte, lo sé.

Richard alzó los ojos y por una vez no estaban en guardia. Reflejaban tal dolor que Alexandra se quedó sin aliento. Él apartó la mirada al instante.

—Si se muere ahora, cualquier esperanza que pudiera albergar de llegar a conocerlo se perderá para siempre.

—Richard… —olvidando sus propios sentimientos, Alexandra se acercó a él y le puso la mano en el brazo. Richard bajó la vista, pero no hizo amago de apartarse.

—Y luego está la cuestión de mi futuro —continuó—. Las tierras de los Deverell no formar parte de la herencia. Mi padre puede dejarle Channings y todo lo que tiene a quien quiera. Los únicos ingresos fijos que tengo provienen de lo que mi madre me dejó.

—¡Pero tú amas Channings más incluso que él! ¡No puede hacerte eso!

—Le ofende mi misma existencia —aseguró Richard amargamente—. ¿Cómo voy a saber lo que hará o dejará de hacer?

—¡Pero tú no has hecho nada para merecer ese trato tan horrible!

—Excepto nacer. Sobrevivir cuando mi madre no lo hizo.

A Alexandra le dio un vuelco el corazón al escuchar la amargura del tono de Richard. Pero se recuperó y dijo con pasión:

—No creo ni por un momento que lord Deverell te deje fuera de su testamento. Debe ser consciente al menos de lo que le debe a su apellido, aunque no sea a ti personalmente. ¡Channings no sobrevivirá sin ti! No, Richard, no debes pensar siquiera en ello. Y todavía hay tiempo para que se acerque a ti.

—¿Una reconciliación en el lecho de muerte? Lo dudo. Pero lo intentaré. Alexandra, si te he hecho daño, lo siento. ¿Me perdonarás? Siempre seremos amigos. No quiero perderte.

—¿Amigos? —Le dedicó una sonrisa irónica—. Claro, Richard. Siempre.

La temporada terminó, y Alexandra le dio las gracias a su tía y regresó a Somerset. A lady Wroxford le costó trabajo decirle adiós.

—Lamento no haber podido encontrar un marido que te gustara…

—¡No se culpe, madrina! Yo ya había entregado mi corazón. Nunca habrá nadie más para mí.

—Confío en que el señor Deverell se dé cuenta con el tiempo del tesoro que tendría en ti —lady Wroxford asintió con tristeza—. Pero tendrás que ser paciente. En este momento su futuro es tan incierto que ningún hombre de honor le pediría a una joven que lo compartiera con él. Por lo que dice Honoria Standish, la herencia de su madre apenas le alcanza para vivir.

Alexandra se la quedó mirando y entonces su rostro se iluminó.

—¿Cree que ésa es la razón por la que…? ¡Qué tonto es! ¡Qué tontísimo! ¡Como si a mí me importara su maldita herencia! Oh, cuando se lo diga…

Su madrina pareció preocuparse mucho.

—¡No, no, no debes decir nada, Alexandra! Sin duda, el señor Deverell te tiene mucho aprecio, pero, ¿amor? Eso no lo sé. Pero estoy segura de que es un

hombre orgulloso que no está dispuesto a pedirle favores a nadie, ni siquiera a alguien que ame. Has aprendido a controlarte mucho desde que llegaste a Londres, y mi consejo es que ahora te contengas. Esto no es un juego de niños, y no debes verlo así. No te precipites como hacías antes, ¿me oyes? No ganarás nada con ello.

—Ya, ya, pero Richard y yo somos amigos. Puedo decirle cualquier cosa. No se sentirá ofendido. Si pudiera estar segura de que me ama…

Su madrina suspiró.

—Bueno, recuerda, Alexandra… si algo sale mal alguna vez, no tienes ni que preguntar si puedes venir. Estaré encantada de ayudarte en todo lo que pueda.

Lord Deverell murió sin hacer ningún intento de reconciliación, pero al final se lo dejó todo a su hijo. Sin embargo, la situación de Richard y Alexandra tardó todavía un año más en arreglarse. Channings había estado bien cuidado, pero el resto de las tierras de los Deverell, algunas de las cuales estaban en Escocía se habían abandonado durante tanto tiempo que Richard se vio obligado a viajar durante el resto del año para conocer a los arrendatarios y a los terratenientes que no había visto nunca para asegurarse de que sus posesiones estaban en buenas manos. Y así era en general. El fallecido lord Deverell había estado mejor servido de lo que se merecía.

Así que Alexandra vio poco a Richard durante aquella época, y cuando él regresó fue ella quien no tuvo tiempo. Su propio padre había caído enfermo y durante un tiempo pensaron que iba a morir. Necesitó varias semanas de cuidados y Alexandra se pasó largas horas en la habitación con él. Richard acudió con frecuencia a visitar a sir Jeremy, y hablaba con él de asuntos locales y de sus planes para Channings. Alexandra y Richard apenas pasaron más de cinco minutos a solas.

Y entonces, para consternación de todos los que se habían regocijado con su derrota del año anterior, Napoleón escapó de Elba. Johnny y Richard fueron llamados repentinamente por el único hombre que podía persuadirlos para regresar al ejército. Su comandante en la Península, el mismísimo Wellington. Debido a la reciente enfermedad de su padre, a Johnny le dieron un puesto en Londres, pero a Richard lo enviaron por toda Europa con cartas para Viena, Bruselas y los cuarteles generales de las otras potencias aliadas mientras todos se preparaban para el ataque de Napoleón.

Richard regresó a Londres la primavera de 1815 y se reunió con Johnny, que estaba como oficial de enlace de Wellington en Horse Guards. Y en la semana de Pascua fueron a Somerset a pasar toda una semana.

No fue una vista del todo feliz. Richard se mostraba más reservado que

habitualmente, y Johnny estaba irritable y de mal humor. También bebía más de lo conveniente. Alexandra trató de preguntarle en un par de ocasiones qué le ocurría, pero siempre la rechazaba, y ella decidió finalmente que si Johnny tenía algún confidente, ése era Richard. Pero tuvo que esperar al día antes de irse para preguntarle por su hermano.

Los tres habían planeado visitar la orilla del río pero en el último momento, Johnny perdió los nervios por alguna trivialidad y decidió no ir. Alexandra no le insistió. No quería perder la oportunidad de tener una charla privada con Richard.

Hacía calor y la campiña de Somerset estaba preciosa. En el río había mucha actividad, y los animalitos y los pájaros disfrutaban del sol de Pascua y se preparaban para fundar sus familias. Richard habló mucho de los viejos tiempos.

—¡Esto es maravilloso! —Dijo aspirando con fuerza el aire fresco—. No sabes las ganas que tenía de volver a casa… y verte —dijo girándose para mirarla—. ¿Cómo estás, Alexandra?

Aquello fue tan inesperado que Alexandra se sonrojó.

—Bien, yo estoy bien —aseguró—. Pero quería hablarte de Johnny. Le pasa algo, pero no sé qué es.

—¿A que te refieres? —Le preguntó Richard poniéndose a la defensiva.

—No intentes despistarme. Se lo he preguntado yo misma, pero no me lo quiere contar. Estoy preocupada. Salta a la mínima, y no sólo conmigo. También con mi padre y con los sirvientes. Esta mañana sin ir más lejos ha perdido los nervios.

—Seguramente tendría resaca —respondió Richard con naturalidad—. Anoche estuvimos hablando hasta muy tarde y bebimos bastante vino. No te preocupes. Se le pasará.

—¿Tú crees? —Ella no estaba convencida—. Yo… estoy segura de que hay algo más.

—El trabajo que hacemos en Horse Guards es muy aburrido, y Johnny se desespera. Ya sabes cómo es. Le gusta luchar a campo abierto, donde se pueda ver al enemigo. No se alistó al ejército para buscar documentos secretos y archivarlos. Pero esto durará poco.

Richard se había detenido al llegar al escalón del río. Alexandra lo imitó.

—Enseguida volveremos a unirnos al regimiento. No creo que sigamos en Inglaterra el mes que viene. Y esta vez nos enfrentaremos al mismísimo Napoleón, no a sus segundos al mando, como ocurrió en España.

Aquello fue una conmoción. Alexandra tragó saliva y dijo:

—Y supongo que eso os hará felices a los dos. Pero… para nosotros es muy duro. Lo único que podemos hacer es quedarnos en casa y confiar en que no os maten.

Trató de reírse, pero sólo le salió un sollozo.

—Johnny y yo estaremos bien, te lo prometo —la tranquilizó Richard—. Mi querida niña, no debes llorar. ¡No, Alexandra, por favor!

—Es que… papá se está haciendo ya mayor y… necesita a su hijo —sollozó.

Richard sacó un pañuelo inmaculado y, sujetándola suavemente de la barbilla, le secó las mejillas. Cuando terminó, no apartó la mano y se la quedó mirando intensamente.

—¿Y qué me dices de mí, Alexandra? —Le preguntó con dulzura—. ¿Tú me necesitas?

Ella no pudo contenerse. Mirándolo a los ojos con el corazón, se limitó a decir:

—Más que a mi vida.

Richard aspiró con fuerza el aire. Apenas movió los labios cuando volvió a hablar.

—¿Te acuerdas que una vez me preguntaste aquí, en este escalón, si quería besarte?

—Me dijiste que no.

—Te mentí. Lo deseaba muchísimo, pero eras muy pequeña. Tenía que esperar. Y luego te besé en el Vauxhall, y te enfadaste tanto… aquel beso fue todo lo que había soñado, pero la espera posterior fue todavía más dura. Alexandra, si supieras cuánto me ha atormentado aquella primera vez en este escalón, cómo he tratado de olvidarlo… pero no lo conseguí nunca. Y ahora… si volvieras a preguntarme si deseo besarte, esta vez te diría la verdad.

Richard la rodeó con el brazo, alzándole la barbilla.

—Pregúntamelo otra vez, Alexandra —le pidió con dulzura, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Quieres… quieres besarme, Richard?

Él sonrió y comenzó a besarla, suavemente al principio, como si fuera algo infinitamente precioso. Y luego, al sentir su respuesta, le cubrió el rostro con las manos y le besó los ojos, la barbilla, el cuello… luego la estrechó entre sus brazos y los besos se volvieron más exigentes. Daba la impresión de que Richard la estaba envolviendo, abrazándola tan fuerte que podía sentir cada músculo y cada hueso de su cuerpo. Alexandra no se sentía avergonzada. Allí era donde quería estar, aquello era lo que había estado esperando toda su vida. Estaba impaciente por que él la absorbiera, por formar parte de su ser, no era nada sin él…

Tras un instante, Richard tomó aliento y la apartó de sí.

—Creo… creo que esto es suficiente por el momento —dijo algo ininteligible—. Por Dios, Alexandra, qué poder tienes sobre mí. Nadie más consigue que me olvide del mundo.

—Richard… —susurró ella sin ser consciente de la súplica que encerraba su tono de voz.

—No debemos ir más lejos —aseguró él con firmeza. Soltó una carcajada de incredulidad—. Eres… absolutamente deseable. Pero no debemos ir más lejos. Eso lo sabes, ¿verdad?

Ella apartó la mirada y asintió brevemente. Richard le tomó las manos y se las besó.

—Sólo tenemos que esperar un poco más, hermosa mía. Hermosa… y muy querida Alexandra. Espera a que haya terminado este asunto de Francia. Entonces tendremos por fin oportunidad de hablar de nuestro futuro.

Cuatro

En su habitación de Channings, atrapada, al parecer, en el matrimonio por el que tanto había suspirado, Alexandra giró la cabeza y la movió de un lado a otro sobre la almohada. ¿Por qué no podía olvidar las palabras que Richard le había dicho aquel día?

«Hermosa mía. Hermosa y muy querida Alexandra, mi hermosa Alexandra…»

Dejó escapar un gemido y se dio la vuelta. Sollozó profundamente. Murdie estaba allí. Se levantó y le llevó un vaso a los labios. Sabía amargo, y en unos minutos volvió a sentir cómo se deslizaba hacia un estado de inconsciencia…

Al día siguiente, Murdie estaba sentada al lado de la cama cuando Richard volvió.

—Creí que mi tía estaría aquí. ¿Dónde se encuentra?

—La señora se fue a su propia habitación, señor. Lady Deverell dormía y decidió descansar también ella.

—Ya veo. Puedes irte tú también, Murdie. He venido a sentarme con mi esposa.

La doncella hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación.

Richard miró a la figura que dormía en la cama. Luego acercó la mecedora que estaba al lado de la ventana y se sentó a esperar. Estaba más que harto. Todos sus planes se habían ido al diablo, pero si quería salvar algo de la quema era el momento de hablar con Alexandra. Ella todavía no quería, pero Richard no estaba dispuesto a esperar más.

No tenía ni idea de qué se iban a decir el uno al otro.

Al menos no había habido ningún escándalo. Sólo las cinco personas que estaban en la sacristía conocían la increíble secuela de la ceremonia de boda, y Alexandra no había tenido ninguna visita desde entonces. Pero si la situación seguía mucho tiempo así, pronto comenzarían las habladurías.

Tenían que encontrar la manera de vivir juntos, aunque sólo fuera durante los siguientes seis meses…

Richard apoyó la cabeza en las manos. Tras las conmociones de los últimos años, después de tantas barreras que se interponían a su felicidad, la perspectiva de instalarse por fin en Channings con Alexandra le había parecido… muy atractiva.

Sonrió con tristeza. ¿Atractiva? ¿Por qué no admitía por una vez sus verdaderos sentimientos? Lo había deseado apasionadamente. Sabía que corría un riesgo al casarse con ella tan precipitadamente, con su padre recién fallecido, pero le pareció que era lo único que podía hacer. Aquella muerte había convertido una situación difícil en una pesadilla.

Richard se levantó y comenzó a recorrer la habitación. Tenía otras razones para casarse con Alexandra, pero el compromiso y la boda con la heredera de sir Jeremy le había proporcionado acceso a los papeles relacionados con las propiedades de los Rawdon. Había solucionado los principales problemas antes de la boda y confiaba en que, con el tiempo, pudiera lidiar con los demás también, discretamente, antes de que alguien más descubriera lo que el último dueño de Rawdon había hecho…

Miró hacia la cama. Alexandra seguía dormida. Ésa había sido la otra razón, por supuesto, la más importante. Deseaba desesperadamente cuidar de ella. Se había quedado sola en el mundo, sin hogar… volvió a mirarla. ¿Qué había provocado el súbito cambio de actitud de Alexandra? ¿Por qué se había vuelto contra él? No encontró señales del cambio cuando le pidió que se casara con él apenas cinco semanas atrás.

Ella había cambiado muy poco antes de la boda. Richard intentó preguntarle qué le pasaba, pero Alexandra contestaba con evasivas. Tía Honoria mencionó los nervios de la boda, y él acepto esa explicación como probable. Ni en sus peores pesadillas podría haberse imaginado que estuviera planeando una escena como la de la sacristía.

¿Le habría disparado si él no hubiera intervenido? Eso pensó en el momento, o no hubiera considerado necesario ganar tiempo con aquella lunática promesa. Seis meses para probar que sus acusaciones eran falsas. ¿Cómo diablos iba a hacerlo? No podía decirle la verdad, pero tenía que encontrar la manera de que se quedara satisfecha.

Una cosa estaba clara. En alguna parte había alguien que quería aprovecharse de la familia Rawdon, y cuanto antes lo averiguara, mejor para todos.

Maldito fuera aquel villano, quienquiera que fuese. ¿Quién le había hablado a Alexandra de la partida de cartas entre Richard y su padre? Ella no era ninguna estúpida. No dejaría las cosas así. En cuanto volviera a ser ella misma sin duda preguntaría por qué su padre se lo había jugado todo a una carta. ¿Y qué demonios le iba a decir él? Jeremy y Johnny Rawdon estaban ahora muertos, pero, ¿qué bien le haría a Alexandra saber por qué su padre había estado tan dispuesto a la catástrofe?

Richard sacudió la cabeza. Tal vez sus planes le hubieran salido fatal, pero al menos había conseguido proteger la reputación del padre de Alexandra. Nadie necesitaba saber ahora que sir Jeremy Rawdon, antiguo juez y uno de los pilares de la sociedad, había incumplido la ley. Richard había necesitado de toda su habilidad entre la muerte de sir Jeremy y su boda con Alexandra para

arreglarlo todo, pero había tenido éxito. Irónicamente, ahora ella estaba en su contra.

Y era todavía más irónico que lo hubiera acusado de alterar las pruebas de la muerte de Johnny. En ese caso tenía toda la razón… por supuesto que lo había hecho.

La figura de la cama se estiró. Richard se acercó a la cabecera de la cama a sentarse.

—¿Podría beber un poco de agua? —Preguntó con voz rota.

Richard se levantó y le sirvió un vaso. Le pasó el brazo por los hombros para sujetarla.

—Toma —dijo acercándoselo a los labios—. Bebe.

Alexandra abrió los ojos de par en par y en sus ojos se reflejó el horror.

—¡Tú! —Dijo con espanto. Y apartó el vaso con tanta fuerza que el agua se le derramó por el vestido y por la ropa de cama.

—¡Eres una niña estúpida, Alexandra! —Respondió Richard irritado, colocando el vaso en la mesilla—. ¿Qué estás haciendo? ¡No soy un ogro!

—¡No quiero tener nada que ver contigo! ¡Ve a buscar a la doncella!

—No pienso. Quiero hablar contigo.

Alexandra hizo amago de levantarse, pero él volvió a recostarla contra la cama.

—Será mejor que me escuches, querida —le dijo con el rostro a escasos centímetros del de ella—. He esperado demasiado tiempo. No saldrás de esta habitación hasta que hayamos hablado, aunque tenga que utilizar la fuerza.

—¡No puedes hacer eso!

—Oh, sí que puedo. Somos marido y mujer, Alexandra. ¿Te has olvidado? Puedo hacer lo que quiera contigo. Lo que quiera. ¿Lo entiendes? A nadie se le ocurriría intervenir en nada que tenga que ver con lo que yo haga aquí en tu dormitorio.

Ella tragó saliva y se subió la sábana.

—Entonces… ¿Qué vas a hacer?

Richard se apartó y se quedó mirándola un instante. Luego dijo con amargura:

—No creo que pienses que voy a meterme contigo en la cama y hacerte el amor, ¿verdad?

—Dijiste… dijiste que éramos marido y mujer —respondió ella nerviosamente.

—Mi querida niña, no me considero especialmente aprensivo, pero haría falta un estómago más fuerte que el mío para hacerle el amor a una esposa que acaba de amenazarme con la muerte. ¿De qué crees que estoy hecho?

—No lo sé —dijo tras observarlo un instante—. Creí que lo sabía, pero estaba equivocada. Durante un tiempo deseé que me hicieras el amor, nada me

hubiera gustado más. Pero ahora creo que me suicidaría si lo intentaras siquiera.

Richard se retiró bruscamente y se acercó a la ventana. Se puso a mirar por ella.

—Si no es eso —dijo Alexandra tras un momento de silencio—. ¿Qué es lo que quieres?

—Tenemos un acuerdo —respondió él girándose—. ¿Estás preparada para hablar conmigo?

—Parece que no tengo elección.

Él asintió y luego se giró hacia la cómoda de cajones que tenía al lado. Tras rebuscar unos instantes regresó con un camisón de lino limpio en las manos y lo dejó en la cama.

—Ponte esto antes de que empecemos —le dijo—. Debes estar incómoda con ese camisón mojado.

—¡No! ¡No pienso desvestirme delante de ti!

—¿Necesito recordártelo? Soy tu marido. Tengo todo el derecho a estar aquí. ¿Quieres que sea yo quien te desnude? —Le preguntó con voz absolutamente calmada.

—¡No!

—Entonces haz lo que te he dicho. Oh, si eso te facilita las cosas, miraré por la ventana. Pero no voy a salir del dormitorio, Alexandra.

Ella se incorporó y se cambió rápidamente de camisón. Luego volvió a tumbarse y se cubrió con las sábanas casi hasta la cabeza. Richard se giró y asintió brevemente con la cabeza al verla.

—Creo que ya estás lo suficientemente fuerte como para sentarte. De hecho, mañana te levantarás y comenzarás tu nueva vida.

—¿Y en qué consiste esa nueva vida? —Alexandra se puso tensa.

—De eso es de lo que quiero que hablemos, querida. Siéntate como una niña buena —le pidió Richard ocupando de nuevo la mecedora—. Tenemos que decidir cómo nos las vamos a arreglar los próximos seis meses, pero antes quisiera dejar zanjadas un par de cosas.

Se detuvo un instante y la observó con curiosidad.

—Dime cuándo decidiste que querías matarme. No creo que lo tuvieras en mente cuando aceptaste mi proposición de matrimonio.

—No —respondió ella en voz baja.

Ambos guardaron silencio durante un instante, mientras recordaban el alivio y la alegría de Alexandra cuando le pidió que se casara con él. Entonces no hubo dudas. Cuando Richard insistió en que la boda debía celebrarse enseguida, no puso ninguna objeción.

—Entonces… ¿Cuándo cambiaste de opinión… respecto a mí?

—Muy poco después. Oí a dos sirvientes cuchichear, y aunque sé que no debería, los escuché —Alexandra se detuvo—. Ojala no lo hubiera hecho… os habían visto a papá y a ti jugando a las cartas la víspera de su muerte. Papá

estaba muy enfadado, dijeron. Te acusó de arruinarle a él y a su familia.

Se giró y lo miró directamente a los ojos.

—Y tú no has intentado siquiera negarlo, ¿verdad? —Dijo amargamente—. Mataste a Johnny, y supongo que se puede decir que mataste también a mi padre. Le arrebataste Rawdon y murió al día siguiente.

—¡Si supieras cuánto he lamentado todo este asunto! —Richard hablaba con voz contenida—. No suelo cometer errores tan graves. Quería ayudar, te lo aseguro.

—¿Ayudar? ¿Ayudar cómo? ¿Llevándote todo por lo que mi padre vivía? ¿Dejándolo sin nada? Tú sabías cuánto amaba Rawdon, lo orgulloso que estaba de su apellido, de su herencia. ¡Sabías lo mucho que sufrió cuando murió Johnny! Incluso le ayudaste a encontrar a Mark Rawdon para que pudiera invitar a su heredero a vivir con nosotros, para que conociera Rawdon y lo amara tanto como él. ¿Y qué ha quedado de Rawdon después de tu actuación? ¿Qué le queda a Mark? ¡La casa y una pequeña granja, eso es todo! ¿Cómo va a vivir Rawdon de eso? ¡Mi padre murió de pena, y tú tienes la culpa!

Para entonces las lágrimas ya resbalaban por las mejillas de Alexandra. Richard se levantó de la mecedora y alzó la mano.

—¡No, por favor! Volverás a caer enferma… —vaciló un instante—. No me gusta verte en este estado. Seguiremos esta conversación en otro momento.

—¡No! ¡Acabemos con ella ahora! Acepté tu proposición de buena fe, Deverell. Quería casarme contigo porque creí que te amaba. Pero cuando oí lo de la partida no quise volver a verte jamás.

—¿Por qué no me preguntaste a mí al respecto? ¡Creí que confiabas en mí!

—Quise hacerlo. Lo intenté. Pero después de aquel día nunca estabas aquí. Siempre tenías reuniones con los abogados, los asesores y todos los demás. ¡No podía acercarme a ti!

—Eso no es una razón, Alexandra. Tenía muchos asuntos que resolver antes de nuestra boda, pero hubiera tenido tiempo para ti. ¿Por qué no insististe?

—Porque se me ocurrió algo mejor.

—Adivino de qué se trata. Decidiste no romper nuestro compromiso, sino pedirme Rawdon como regalo de boda, ¿verdad?

—Sí. Era la única manera de salvarlo. Podía conseguir que le entregaras las tierras a Mark y… y el alma de mi padre estaría feliz.

—¿Y qué pintas tú en esto? ¿Te ves como una mártir de la causa? —Preguntó con amargura—. ¿Estabas preparada para vivir toda una vida con mi contaminante presencia?

—Yo… sí… sí, lo estaba.

—¿Y en qué momento te diste cuenta de que no podías, después de todo, y que matarme era mejor solución?

—¡No, no, te equivocas! No tenía planeado en absoluto matarte en un principio. Hubiera vivido contigo y hubiera tratado de ser la mejor esposa

posible.

—¡Qué noble por tu parte! —Richard volvió a levantarse—. ¿No se te ocurrió pensar que tal vez yo no deseara una esposa así? ¿No se te pasó en ningún momento por la cabeza que tal vez, sólo tal vez, yo podría haberte devuelto lo que gané, en nombre de nuestra amistad? ¿Nunca te has preguntado por qué le hice algo tan terrible a tu padre, un hombre al que he admirado toda mi vida? ¿A un amigo mío?

—¿Qué quieres decir? —Inquirió Alexandra.

Richard se dio la vuelta y regresó al lado de la ventana. Alexandra esperó y luego salió de la cama, se cubrió con la toquilla y fue a reunirse con él.

—¿Qué has querido decir, Deverell? ¡No me creo que me lo hubieras devuelto así como así! ¿Por qué ibas a hacerlo? ¡Explícate!

Richard se dio la vuelta con expresión dura.

—Por supuesto que nunca pretendí quedarme con lo que había ganado. Si tu padre no hubiera muerto, se lo habría devuelto todo cuando hubiera recuperado el sentido común. Pero él… él no parecía él. Había hecho algo… estúpido, algo que hubiera podido dañar su reputación. Así que decidí, en un impulso, lo admito, hacer lo que pudiera para arreglar las cosas, o al menos encubrirlas. Pero él murió antes de que pudiera decirle cuáles eran mis intenciones.

—¿Qué había hecho?

—No tienes de qué preocuparte. Todo está arreglado. Por eso estaba tan ocupado antes de la boda.

—¡Dime qué hizo! ¡Exijo saberlo!

—Lo siento. No puedo decírtelo.

Alexandra entornó los ojos.

—Debe tener algo que ver con el dinero —dijo reflexivamente—. Sé que había pedido mucho prestado, y yo no entendía la razón… Rawdon siempre ha dado beneficios. Pero pedir prestado no daña una reputación.

Alexandra se acercó de nuevo a la cama y se sentó en el borde. Alzó la vista.

—No se trata de las tierras que no son de libre disposición, ¿verdad? —Al ver que Richard no respondía, exclamó—. ¡No, no puede ser! ¡Mi padre nunca pediría un préstamo sobre una tierra que no es de libre disposición! ¡No sólo sería deshonroso, sino que además va contra la ley!

Richard no contestó y se dirigió hacia la puerta.

—Tía Honoria pasará aquí la noche, así que pospondremos esta charla hasta mañana. Esta noche practicaremos un poco de vida social cenando juntos con ella.

—¿Por qué quieres estar en mi compañía? —Le espetó ella—. Creí que preferirías dejarme sola.

Richard se detuvo. Transcurrido un instante, dijo:

—No queremos provocar habladurías, sobre todo cuando hay tantas

preguntas sin respuesta entre nosotros. Pongamos buena cara a nuestro matrimonio en público, finjamos que nos hemos casado por las razones adecuadas. Puede que sólo sea durante seis meses. ¿Podrás hacerlo?

Ella lo miró con infinita tristeza.

—Lo intentaré —dijo—. Pero no intentes decirme que va a ser fácil. Y si lo que me has dicho es cierto, entonces pienso averiguar qué es lo que hizo mi padre, Deverell.

A la mañana siguiente, Richard llegó a su dormitorio justo cuando ella se había terminado de vestir.

—Veo que he calculado bien —comentó él con una sonrisa—. Si te parece bien, podemos seguir con nuestra charla después de que hayamos desayunado.

Después de tomar el desayuno en el comedor, se dirigieron a la biblioteca. Era una estancia muy agradable, con un escritorio forrado en cuero y sillas cómodas. El fuego ardía en la chimenea. La ventana daba a un lago atravesado por un puente ornamental.

—Nunca había estado en esta habitación —comentó Alexandra—. La vista es preciosa.

—Durante años planeé convertir Channings es un hogar —dijo él—. Siempre ha sido bonito, pero parecía que no tenía alma comparado con Rawdon. Cuando mi madre murió, mi padre se desocupó de todo.

—Murió justo después del parto, ¿verdad?

—Sí. No tengo recuerdos de ella. En cambio sí me acuerdo de tu madre.

—También murió joven, pero al menos la recuerdo. Yo tenía diez años cuando falleció.

—Era muy cariñosa conmigo. Como toda tu familia.

Ella lo miró de reojo. Estaban pisando un terreno peligroso El recuerdo de Johnny planeó de pronto sobre ellos como un fantasma.

—¿Nos sentamos? —Sugirió Richard—. Les he pedido a los sirvientes que no nos molesten.

Tomaron asiento al lado del fuego, y tras unos instantes, Richard comenzó a hablar.

—Me has acusado de dos crímenes, Alexandra —dijo muy serio —. Y cuando me amenazaste, lo hiciste convencida de que era culpable de ambos. ¿Por qué estabas tan segura? Dijiste que escuchaste a los criados hablar de la partida de cartas. ¿Alguien más los oyó?

—Mark estaba aquí.

—¿Mark Rawdon? ¿Y qué dijo? —Preguntó Richard poniéndose tenso.

Se levantó y se acercó a la ventana.

—A mí no me dijo nada. No sabía que yo estaba allí. Él estaba en el vestíbulo con los criados y yo arriba, en el rellano de la escalera.

—¿Mark Rawdon estaba cotilleando con los sirvientes sobre tu padre?

—¡No, no! Mark apareció en medio de su conversación y les preguntó de qué estaban hablando. Cuando escuchó lo que estaban diciendo no se lo podía creer y les hizo repetírselo, particularmente lo que papá había dicho y cómo estaba. Luego… les pidió que no dijeran nada a nadie para que no llegara a mis oídos y no me llevara un disgusto. Pero, por supuesto, ya era demasiado tarde. Yo lo había oído todo.

—Ya veo —Richard estaba sumido en sus pensamientos—. Entonces fuiste en mi busca y no me encontraste. ¿Lo intentaste de veras?

—¡Por supuesto! Yo confiaba en ti. Pero al ver que me evitabas…

—Concluiste que había algo, después de todo.

—Me parecía que estaba claro. La noche antes de que muriera, papá y tú habíais discutido y él estaba muy nervioso. No te olvides de que murió al día siguiente.

—Y entonces decidiste seguir adelante con el plan de casarte conmigo para salvar Rawdon. ¿Lo hablaste con alguien? ¿Con Mark, por ejemplo?

—Un poco. No fue fácil. Me dijo que no podía darme una opinión imparcial, porque él tenía mucho que ganar. Lo veía desde una perspectiva masculina, por supuesto. Mi padre había jugado contigo consciente de los riesgos y había perdido. Le parecía perfectamente correcto que te llevaras lo que era tuyo… una deuda de honor. Pero a la larga comprendió cuánto deseaba yo que los Rawdon siguieran viviendo en Rawdon y estuvo de acuerdo.

—Ya veo —murmuró Richard pensativo—. Todo muy comprensible.

Alexandra guardó silencio un instante.

—Si estaba equivocada con lo de la partida, ¿por qué no me dices qué pasaba de verdad con papá?

—No… no puedo.

—¿Estás intentando protegerme? —Su voz se endureció—. ¿De qué? Ayer dijiste que papá había cometido una estupidez. Incumplió la ley pidiendo prestado sobre la casa y la granja, ¿verdad? Propiedades que no eran de libre disposición. ¡No me mires así! Sé que tengo razón. Es la única explicación.

—Sí. Y ya es suficiente —aseguró él estirando los hombros—. Ya está todo aclarado. Se acabó.

—¡No, no se acabó!

Ella se puso de pie y se reunió con él al lado de la ventana.

—Tienes que decirme por qué estaba endeudado, qué había hecho —se detuvo un instante, esperando a que le respondiera. Al ver que guardaba silencio, insistió—. No debes temer que cambien mis sentimientos por papá. Hiciera lo que hiciera, no lo querré menos por ello. Querer a la gente no significa no ver sus defectos. Se la quiere a pesar de ellos. Recuerdo haberte dicho eso una vez, ¿te acuerdas tú?

—Sí. Por supuesto que me acuerdo. Lo recuerdo muy bien. Pero lo que dijiste entonces, al parecer no se me puede aplicar a mí.

En su afán por convencerlo, Alexandra le había puesto la mano en el

brazo. Se lo quedó mirando, sintiendo la tensión de los músculos de su antebrazo, abriendo los ojos de par en par al caer en la cuenta de lo cierto que era lo que acababa de decir. Tal vez odiara a Richard Deverell, tal vez creyera firmemente que era un tramposo y un embustero, responsable de la muerte de su hermano. Pero a pesar de todo, en el fondo de su alma, todavía lo amaba. Él le miró la mano y Alexandra la retiró al instante. No debía ser débil…

—Tu caso es distinto —dijo con desdén—. Tus defectos son más graves. Pero no me distraigas. ¿Papá… se jugó el dinero?

—No, tu padre no era jugador.

Alexandra se detuvo un instante a pensar. ¿Qué razón podía haber entonces para que hubiera puesto Rawdon, lo que más quería, en peligro? Sólo podía tratarse de…

—¡Un chantaje! —Exclamó Alexandra—. ¡Por eso estaba tan desesperado! No sacudas así la cabeza, Deverell. No soy una niña. ¡Cuéntame la verdad! Si mi padre se estaba arruinando pagándole a un chantajista todo lo que tenía, tengo derecho a saberlo.

La expresión de Richard era una mezcla de duda y admiración. Transcurrido un instante, se encogió de hombros y dijo:

—Sí, lo estaban chantajeando. Ya no sabía de dónde sacar dinero.

Alexandra estaba estupefacta.

—No creí que pudiera ser cierto —dijo mareada—. Pero, ¿con qué podían hacer chantaje a mi padre?

—No te lo diré, por mucho que me amenaces. Tu padre sufrió durante meses por guardar su secreto, y yo no voy a traicionarlo ahora.

Alexandra asintió. Era la respuesta que esperaba, pero su intención era averiguarlo tarde o temprano.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —Le preguntó a Richard.

—Al ganarle todo lo que le quedaba, le resultó imposible seguir pagando. Rawdon ya estaba bastante seco. De haber continuado, lo hubiera llevado a la ruina. Yo al menos salvé algo. Pero mi plan no terminaba allí. Mi intención era averiguar quién era aquel villano y poner fin a este juego —apretó la mandíbula—. De una manera u otra.

Alexandra asintió. Entendía lo que Richard quería decir. Ella haría lo mismo si alguna vez encontraba al chantajista.

—Nunca pensé que fuera tan difícil —continuó él—. Sólo un número reducido de personas podían saber algo respecto… a este asunto. Confiaba en que el chantaje terminaría con su muerte, y creo que así ha sido, querida Alexandra. Quería ahorrarte el dolor de saber todo esto. Lo siento.

Ella lo miró con amargura.

—¿Por qué no me lo has contado antes? ¿Por qué no confiaste en mí? —Preguntó—. No me has ahorrado ningún dolor, Deverell, ¡Me has provocado mucho más!

Se giró hacia la chimenea. Durante un instante, la habitación se quedó en

silencio.

—Lo siento —murmuró Richard acercándose a ella—. Tendría que haber pensado que…

Alexandra se dio bruscamente la vuelta y lo miró con los ojos azules brillantes.

—¡No quiero tu compasión! —Le espetó—. Y si quieres disculparte, hazlo por el motivo adecuado… porque todavía falta el asunto de Johnny. Y eso no lo tienes tan fácil.

Richard la observó en silencio.

—Confío en que sí —dijo—. Después de todo, te he convencido de lo de tu padre, ¿verdad?

—¡Sí, maldita sea! Te juzgué mal —reconoció ella—. ¡Pero la culpa fue tuya!

Richard se fijó en sus mejillas sonrojadas y en los ojos demasiado brillantes.

—Tal vez deberíamos dejar el asunto de Johnny para otro momento. Creo que has tenido suficiente por ahora, Alexandra. Y no estoy evitando la cuestión. Ya te dije que no tengo nada que ver con la muerte de Johnny. Pero creo que necesitamos un descanso.

Se detuvo un instante y luego añadió:

—Tengo intención de acercarme a Rawdon como dentro de media hora. Todavía tengo un par de cosas que hacer por allí. ¿Quieres quedarte a descansar o me acompañas?

Alexandra presintió que su respuesta era importante para él. Aunque no estaba cansada, deseaba desesperadamente quedarse a solas un rato para pensar en lo que acababa de descubrir. Pero llevaba tres días encerrada, y un paseo hasta Rawdon le vendría sin duda bien. No había visto a Mark desde la boda.

Miró de reojo a Richard y se dio cuenta de que se había tomado su vacilación como una negativa.

—Gracias —se encontró diciendo de pronto Alexandra—. Eso me gustaría. ¿A las dos?

Cinco

Aquella tarde, Richard observó a Alexandra descender por las escaleras de la entrada de Channings. Estaba muy guapa con un vestido de montar azul oscuro con el cuello blanco. Llevaba su hermoso cabello recogido en un moño bajo el elegante sombrero, y se había puesto guantes y botas. Richard se fijó en que las ojeras que sombreaban sus ojos habían disminuido y sus mejillas habían recuperado algo de color.

Se dirigieron hacia Rawdon. Los caballos, descansados, danzaban bajo la agradable brisa de la tarde. Cuando llegaron al final del camino. Richard miró de reojo a Alexandra y vio que estaba recordando, igual que él, las veces que habían recorrido la distancia entre Channings y Rawdon en el pasado. Momentos relices. Por supuesto, Johnny era siempre el tercero… Johnny. Un fantasma constante… y problemático. Incluso ahora, Richard siempre tenía en un rincón de la mente el impacto de lo que Johnny había hecho, la sensación de que realmente no conocía al hombre que había sido su mejor amigo.

Mientras se acercaban a la casa atravesando la campiña, Richard pensó que le iba a resultar muy difícil convencer a Alexandra de que era inocente de la muerte de Johnny.

¿Cómo demonios iba hacerlo?

El recibimiento que les dispensó Mark hizo que ambos se sintieran mejor. Se alegraba sinceramente de verlos a los dos, piropeó a Alexandra por su aspecto y felicitó a Richard por el modo en que había manejado la situación en la iglesia.

—No he escuchado ni un solo rumor al respecto —aseguró cuando se sentaron en el salón. Miró a uno y a otro y sonrió—. No sabéis lo contento que estoy al ver que las cosas entre vosotros se han resuelto felizmente. ¿Admitirás ahora, Alexandra, lo equivocada que estabas al juzgar tan mal a Richard, y me permitirás desearos la mayor felicidad?

—Sí —dijo ella—. Gracias. Dime, Mark, ¿qué tal le está yendo a Rawdon?

—Muy bien. Aunque todavía es pronto, por supuesto. La finca ha sufrido algo durante el año pasado, pero nada irreparable. No, creo que pronto estarás satisfecha con lo que haré de Rawdon, Alexandra. Y todo te lo debo a ti —le dedicó un cabeceo elegante a Richard—. Y por supuesto, a Deverell.

—Mark, ¿qué sabes tú de las deudas de papá?

Él pareció sorprenderse ante aquella pregunta inesperada. Miró de reojo a

Richard y luego dijo con gravedad:

—No mucho. Tu padre ya andaba corto de dinero cuando yo aparecí en escena después de… después de la muerte de tu hermano. Para entonces ya estaba pidiendo prestado con el aval de la finca. Nunca supe muy bien por qué. Pensé que había hecho algunas inversiones poco afortunadas, algo de ese tipo. ¿Por qué?

—No, por nada. Estoy intentando comprender qué ocurrió. Papá amaba tanto Rawdon…

—Voy a trabajar duro, Alexandra. No os decepcionaré, ni a tu padre ni a ti.

—¡Estoy segura de ello! Cuando… cuando supimos que Johnny había muerto, el único consuelo de papá fue saber que todavía quedaba un Rawdon que pudiera hacerse cargo de la finca. Por eso envió a Richard a buscarte.

—¡Yo no estaba escondido! —Mark sonrió—. Ya le había escrito a tu padre para decirle cuánto lamentaba la muerte de tu hermano. Él sabía dónde vivía.

Richard abrió la boca por primera vez.

—¡A sir Jeremy le sorprendió enterarse incluso de tu existencia! Hacía muchos años que no sabía de sus primos.

—Sí, bueno. Mi abuelo, Harcourt Rawdon, era un poco la oveja negra. Mi padre no estaba muy orgulloso de él. Después de casarse con mi abuela, Harcourt se gastó todo el dinero de ella y luego la abandonó, dejándola sola con su bebé. Creo que él murió poco después, tras una gran borrachera.

—No sabía nada —murmuró Alexandra con simpatía—. Nunca nos lo habías contado. ¿Y qué fue de tu abuela y de su bebé?

—Vivieron de la caridad de sus parientes hasta que mi padre tuvo edad suficiente para ganarse la vida, y entonces él mismo cuidó de ella hasta que murió. Después tuvo la suerte de conocer a una dama muy respetable y adinerada de Northampton con la que se casó, e hizo todo lo posible por olvidar su conexión con los Rawdon de Somerset. Fue pura casualidad que yo leyera en el periódico la noticia de la muerte de Johnny y escribiera una nota de pésame. Mi padre había muerto el año pasado y creí que ya era hora de acabar con las rencillas.

—Entonces, ¿no tenías ni idea de que tú eras el siguiente heredero en la lista, por decirlo de alguna manera? —Preguntó Richard como quien no quería la cosa.

—¡En absoluto! Ni se me pasó por la cabeza. Pero me alegro mucho de haberme puesto en contacto, no sólo por mí, sino también por tu padre —se inclinó hacia delante y cubrió la mano de Alexandra con la suya—. Y también por ti. Me alegro de haber estado aquí.

Richard había estado sumido en sus pensamientos, pero en aquel momento se levantó.

—Todos estamos contentos —dijo con brusquedad—. Rawdon, todavía hay un par de papeles en el escritorio de sir Jeremy que no he tenido tiempo de

mirar. Cuando haya terminado con ellos te daré la llave y el escritorio y todo su contenido serán tuyos. ¿Te importa que les eche un vistazo ahora?

—¡Claro que no! Si a Alexandra le parece bien, la llevaré a dar una vuelta mientras por los alrededores de la casa. ¿Puedo?

Richard vaciló un instante, y luego dijo con voz pausada:

—Por supuesto. No tardaré mucho.

En un principio, Alexandra estaba feliz por visitar el que había sido su hogar hasta hacía muy poco, pero media hora después lo encontró demasiado doloroso y dejó a Mark en los establos hablando con uno de los mozos. Regresó a la casa en busca de Richard, y lo encontró, como esperaba, en la biblioteca. Se detuvo en la puerta. Richard no la había oído llegar.

Estaba demasiado absorto leyendo lo que parecía la página arrancada de un cuaderno, y tenía una expresión de furia tal en el rostro que Alexandra contuvo el aliento. Aquél era un hombre que podía matar a alguien sin pensárselo dos veces. Pero cuando alzó los ojos y la vio allí delante, su semblante cambió como por arte de magia.

Arrugó el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Pensé que tardarías más —murmuró—. ¿Te has aburrido? ¿O resulta demasiado doloroso?

—Un… un poco —respondió ella, todavía confusa por lo que acababa de ver. ¿Qué contenía aquel papel para que Richard pareciera un hombre que no conocía?—. Pero pensé que ya habrías terminado y podríamos irnos. Se hará de noche antes de que lleguemos a casa.

—¿A casa?

—A tu casa —Alexandra se sonrojó—. Y supongo que la mía también. Ya no tengo otra.

—Mi pobre niña —Richard de acercó a ella y la estrechó con tal fuerza que Alexandra sintió el latido de su corazón—. No, no me rechaces —le pidió con voz insegura—. Te estoy ofreciendo consuelo, no pasión. Estás a salvo —apoyó la cabeza sobre su cabello.

Alexandra se quedó un instante en sus brazos, sintiendo una punzada de remordimiento. Todo podría haber sido diferente, Richard y ella podrían regresar a Channings enamorados y seguros, podrían volver a un hogar que podrían hacer suyo juntos… una voz interior le decía que podía confiar en Richard, pero se negó a escucharla. Tal vez le hubiera dicho la verdad respecto a su padre, pero quedaban cosas que no le había dicho. La sombra de la muerte de Johnny caía como un muro de piedra delante de ellos, y aunque le había jurado que era inocente, su reticencia a hablar de ello resultaba obvia.

—Gracias —dijo suavemente separándose.

Unos minutos más tarde, tras quedar con Mark en que iría a visitarlos, se marcharon.

Regresaron a Channings casi en silencio. Richard parecía preocupado y ella tenía la cabeza ocupada con lo que había visto desde la puerta de la biblioteca. ¿Por qué no había visto aquel trozo de papel cuando revisó las cosas de su padre? Incluso desde la puerta reconoció lo que era: Otra página arrancada de su diario. Había encontrado una igual justo dos días antes de casarse con Richard.

El recuerdo de lo que aquello le había hecho ver, unido a la expresión sorprendida de Richard un instante antes, trajo consigo de nuevo la pesadilla… Alexandra se estremeció al recordar el momento en que descubrió la prueba de que Richard había matado a Johnny. Fue dos días antes de la boda, y estaba ordenando los papeles de su padre y recogiendo las cosas que quería llevarse a Channings, entre ellas el diario. Al agarrarlo, cayó una de las páginas. Pertenecía a principios de junio, una semanas después de la muerte de Johnny. Alexandra había releído una y otra vez el manuscrito, incapaz de creer lo que veía. Las palabras se habían grabado en su memoria…

Hasta el día de hoy, habría dicho que Richard Deverell era la encarnación del honor. No puedo creer que un hombre al que he querido como a un hijo nos haya mentido. Pero ahora parece que no sólo estaba allí cuando Johnny murió, algo que siempre ha negado, sino que además manipuló las pruebas después para que pareciera que Johnny se había suicidado. ¿Por qué haría una cosa así? Me niego a creer que mi hijo se quitara la vida. ¿Qué razones podría tener para cometer un acto tan terrible? ¿Mató tal vez Richard Deverell a Johnny por accidente? ¿Encubrió la verdad para salvar su propio pellejo? ¿Fue eso lo que ocurrió? Si es así, ¿cómo puede Richard Deverell seguir viviendo como si tal cosa? Tal vez confía en no seguir haciéndolo durante mucho tiempo. Mañana se marcha a unirse a su regimiento en Bélgica. La batalla puede comenzar en cualquier momento.

He enviado a buscarle. Debo averiguar la verdad antes de que parta mañana. ¿Nos ha mentido o no?

Al final de la página estaba el golpe definitivo. Su padre estaba claramente conmocionado, la escritura resultaba indecisa y las frases, inconexas. Pero el mensaje seguía siendo devastador.

Esta noche me pesa el corazón. He hablado con Deverell. Lo admite, pero se niega a decir por qué. ¿Qué puedo pensar? ¡Mi pobre niño! ¡Mi pobre, pobre niño!

Antes de aquello, Alexandra llevaba ya varias semanas sin dormir. Tenía

los nervios a flor de piel, conmocionada como estaba por la traición de Richard a su padre y por la necesidad de casarse con él para salvar Rawdon. El descubrimiento de aquel papel había inclinado la balanza y había provocado que se volviera loca. Fuera un accidente o no, ¡Richard había matado a su hermano! Y dado que no había muerto en Waterloo, le correspondía a ella acabar con su vida en respuesta. Llena de ira y de rabia, había seguido adelante con sus planes con la obsesión de una loca, escondiendo con anterioridad la pistola de su padre en la sacristía, firmando los papeles, hasta llegar al momento culminante en el que Richard pagaría por lo que había hecho. Pero al final no había sido capaz. Ahora dudaba que lo fuera alguna vez.

Miró de reojo al hombre que iba montado a su lado. Si se había equivocado al juzgarlo respecto a su padre, ¿se habría apresurado también a condenarlo por la muerte de Johnny? Pero eso era ser demasiado optimista, pensó con tristeza. La página del diario resultaba bastante explícita. Tendría que esperar a que Richard se decidiera a explicarse, si es que podía. Pero primero tenían que encontrar al criminal que había chantajeado a su padre. Entonces examinaría la historia que había detrás de la muerte de Johnny.

¿De dónde había sacado Richard la página que se había guardado en el bolsillo? Estaba segura de que antes no estaba cerca del escritorio. Sentía una gran curiosidad. Alexandra tomó la decisión de averiguarlo de un modo u otro, y pronto.

Aquella noche cenaron juntos, y también la siguiente. Richard se pasaba la mayor parte del día fuera, en la finca, y Alexandra pasaba el tiempo examinando las cajas y los baúles que habían llevado de Rawdon antes de la boda. Antes apenas había mostrado interés por ellos, pero ahora necesitaría su ropa y sus cosas durante un tiempo. No quería pensar en lo que ocurriría después. Richard quería evitar a toda costa que surgieran habladurías respecto a su matrimonio, y ella haría todo lo posible por mantener la farsa de que eran un matrimonio feliz. Con ayuda de Cissie, su doncella personal, ordenó los vestidos y los chales en el armario.

Cissie había vaciado las cajas y se las había llevado al ático para guardarlas. Entre las pertenencias que habían sacado estaba el diario de sir Jeremy, que Alexandra había rescatado de su escritorio el día después de su muerte. Alexandra lo agarró y lo abrió por el principio de junio. Faltaba una de las páginas. Ella sabía dónde estaba: Escondida en la tapa de su joyero. Siguió ojeando el diario y justo un mes después, a comienzos de julio, encontró lo que estaba buscando. Otra página arrancada. ¿Sería la que Richard encontró? Fue pasando pacientemente las demás hojas, pero no faltaba ninguna más. ¿Qué había ocurrido en julio que fuera tan importante?

Seis

Si hubiera podido elegir, Alexandra habría preferido no bajar, pero era imposible no presentarse aquella noche a la cena. No podía seguir diciendo que estaba enferma, y era la última noche de lady Honoria en Channings. Así que cuando llegó la doncella, Alexandra se obligó a sí misma a concentrarse en cómo iba a vestirse para la cena. Escogió el color negro, que iba en consonancia con su estado de ánimo, y le pidió a Cissie que le recogiera el cabello con sencillez. Pero si su intención era tener peor aspecto, no lo consiguió. Aquel peinado tan austero le daba prominencia a los finos huesos de sus mejillas y, lejos de atenuar su belleza, el vestido negro de crepé ensalzaba los tonos de Alexandra, el azul profundo de sus increíbles ojos y el cobre de su cabello.

Richard estaba esperándola fuera de su habitación cuando salió, y bajaron juntos la gran escalinata. Cualquier observador hubiera pensado que se trataba de dos huéspedes desconocidos que se alojaban por casualidad en la misma casa.

—Tengo entendido que tu tía se marcha mañana —dijo ella por hablar de algo.

—Sí, cree que ya estás recuperada y que puedes manejarte sin ayuda.

Más tarde, cuando hubieron terminado de cenar los tres y los criados recogieron la mesa, lady Honoria dijo:

—Me alegra ver que te has recuperado de tu… enfermedad, Alexandra. Hay mucho que hacer en Channings. Hace años que nadie se toma interés por la casa. La madre de Richard tenía muchos proyectos, pero la pobre murió antes de poder llevarlos a cabo.

—¿Los puso por escrito, o hizo algún dibujo? —Quiso saber Alexandra.

—Sí, deben estar en la biblioteca —respondió la dama—. Richard te los enseñará. Tendrás que pedirle también a la señora Chowen, el ama de llaves, que te lleve a dar una vuelta por la casa para que te hagas una idea de lo que se necesita.

—Se lo pediré mañana, cuando usted se haya marchado. ¿Está decidida a irse?

—Sí, las parejas recién casadas deben estar solas —aseguró lady Honoria mirándolos a ambos con severidad—. Aunque por lo que veo, vosotros apenas os miráis. Pero estoy segura de que todo se arreglará. No puede ser de otra manera. Richard debe tener descendencia cuanto antes. Channings necesita un

heredero —lady Honoria observó sus caras de palo y sonrió—. Supongo que para eso no es necesario que os caigáis bien, pero ayudaría.

Alexandra se contuvo para no soltar una carcajada histérica. En aquel momento no se le ocurría nada menos improbable. Richard y ella estaban más alejados que nunca. Pero cualquier deseo de reírse murió al escuchar las siguientes palabras de Richard.

—Tienes razón, tía Honoria —dijo acariciando su vaso de vino—. Y estoy de acuerdo contigo. Es algo que siempre he querido hacer. Tener niños en Channings —sonrió sin asomo de humor al ver la cara de susto de su esposa—. ¿Qué te ocurre, Alexandra? Sean cuales sean nuestros sentimientos, no creerías que iba a dejar que Channings cayera en manos de un desconocido, ¿verdad?

—No… no había pensado en ello —murmuró ella con voz entrecortada.

—Alexandra conoce perfectamente su deber —intervino lady Honoria—. Ella sabe lo que es ver un título antiguo en peligro. O que una finca pase a otras manos que no son las de la familia. ¡No hay más que ver a los extremos que llegó para asegurarse de que Rawdon pasara a sir Mark!

Se hizo un pequeño silencio mientras todos lo recordaban. Alexandra bajó la cabeza. Estaba avergonzada. Mientras lo planeaba todo, en medio de la confusión, sólo había pensado en Rawdon. Nunca se había parado a pensar qué sería de Channings y de las demás propiedades de los Deverell si Richard moría sin un heredero.

Lo miró. Allí, sentado a la cabecera de la mesa, acariciando lentamente el vaso de vino vacío que tenía en la mano, con la luz de la vela marcándole los contornos de la cara, era la imagen misma de un aristócrata, el último miembro de una familia ilustre. Le miró las manos. Delgadas, con dedos largos y muñecas estrechas. ¿Qué se sentiría al notar aquellas manos en su cuerpo, reconocer su derecho a crear una nueva vida en su interior, tener un hijo de Richard…?

Alexandra dio un respingo al escuchar su nombre.

—Perdón, ¿qué me decía?

—Decía que debería retirarme ya a mi habitación, porque mañana me levanto temprano —dijo lady Honoria—. Buenas noches a los dos. Recordad lo que os he dicho. Y ahora que Richard se ha trasladado a su antigua habitación, que está pegada a la tuya, todo debería ser más fácil.

Tras un corto silencio, Richard dijo:

—Eso debe haber sido embarazoso. Lo siento. Alexandra.

—¿Por qué? Es una dama mayor. Dice lo que le parece. Y está orgullosa de su familia, igual que yo lo estaba de la mía. Y además, tiene razón. Yo hice todo lo que pude por conservar Rawdon para la familia —se detuvo y alzó un poco la voz cuando continuó—. Lo que no se es qué hacer ahora.

—Por el momento yo tampoco —Richard levantó la vista y dijo pausadamente—, pero antes hablaba en serio. No permitiré que Channings caiga en manos de extraños.

—¿Por eso te has mudado a tu antigua habitación, como acaba de decir tu tía? No recuerdo haberle dado órdenes al ama de llaves para que te la preparara.

Richard suspiró.

—No. De haberlo sabido, por supuesto que te lo hubiera dicho. Pero cuando te traje aquí le dije a la señora Chowen que deseaba dormir en la otra ala de la casa para que pudieras descansar y recuperarte. Me temo que ella dio por hecho que volvería a mi antiguo dormitorio en cuanto te levantaras. Supongo que esto es lo último que deseabas, ¿verdad? Pero no te preocupes. No supondrá ninguna diferencia de cara a nuestra… situación.

Se detuvo un instante.

—Hasta que estés preparada.

A la mañana siguiente, tras despedirse de lady Honoria, Richard llevó a Alexandra a la biblioteca para enseñarle los planes de su madre. Pero luego recordó que los guardaba en su habitación, no en la biblioteca.

Alexandra lo siguió escaleras arriba hasta su dormitorio. Era gemelo del suyo, con dos ventanas que daban al lago. Vaciló al llegar a la puerta, reconociendo el tenue aroma masculino que había aprendido a asociar con Richard. Frente a la cama, entre la chimenea y la ventana, había un exquisito armario de marquetería de la época de la reina Ana.

Richard no la esperó. Se dirigió hacia la mesa que había al lado de la ventana, agarró un pequeño objeto plateado que estaba abierto, lo cerró cuidadosamente y volvió a dejarlo en su sitio. Después se hizo con una llave que había sobre una bandejita y se acercó al armario. Cuando lo abrió, Alexandra distinguió unos cajones de aspecto interesante que rodeaban un espacio central, en el que había una colección de papeles y carpetas cuidadosamente almacenados. Richard sacó una de las carpetas, y cuando se giró vio que Alexandra seguía en la puerta.

—Ah —dijo con una sonrisa maliciosa—. ¿Crees que te he traído a la guarida del león?

—Por supuesto que no —aseguró ella recuperándose y entrando.

Resultaba ridículo que le afectaran tanto las palabras de lady Honoria. Aquélla era una oportunidad excelente para averiguar dónde podía haber guardado Richard la página del diario que estaba leyendo en la biblioteca de Rawdon, y no debía perderla. El armario de marquetería parecía un lugar obvio… y en aquel momento estaba abierto.

—Es precioso —murmuró acercándose a tocarlo—. Siempre me han gustado los muebles así donde se pueden ocultar tesoros, cartas de amor y todo eso.

—Me temo que aquí no hay nada tan romántico —dijo Richard acercándose a cerrar las puertas del armario—. La mayoría son cartas de mis

tiempos en el ejército.

—¿Cómo? ¿Nada de cajones secretos? ¿Ninguna carta apasionada de alguna condesa española?

—Nada —aseguró Richard con firmeza—. Hay un compartimiento secreto, pero me temo que no guarda nada comprometedor.

—¡Enséñamelo!

—No seas tonta, Alexandra. Entonces dejaría de ser secreto. ¿Bajamos?

Se acercó a paso firme a la puerta y Alexandra se vio forzada a seguirlo.

Aunque los planes de la antigua lady Deverell para redecorar la casa tenían más de treinta años de antigüedad, resultaban comprensibles y muy atractivos. Alexandra llevaba más de una hora hojeándolos con entusiasmo en la biblioteca.

—¡Cuánto talento tenía tu madre! —Exclamó—. Estoy deseando ver el nuevo aspecto que tendrá la casa.

—¿Quieres que le pida a la señora Chowen que te lleve a dar esta tarde una vuelta por aquí?—Preguntó Richard levantándose de la butaca en la que estaba sentado—. Todavía hay algunas habitaciones que no conoces.

—Gracias, pero antes de irte, ¿puedes explicarme qué son estas hojas?

Richard se colocó a su lado.

—Mi madre tenía pensado añadir un salón de baile a un costado de la casa. Le encantaba estar con la gente, y quería convertir Channings en un gran lugar de reunión, famoso por sus fiestas. Pero entonces murió.

—Pobre señora —murmuró Alexandra con compasión.

Richard asintió, pero se limitó a decir:

—Había prometido ir a ver esta mañana a uno de los guardabosques. Y ya es más de mediodía. Te enviaré a la señora Chowen antes de irme.

Ya estaba en la puerta.

—Gracias —le dijo Alexandra.

Channings era mucho más grande de lo que Alexandra había imaginado, y la visita duró casi toda la tarde. La señora Chowen insistió en llevarla a recorrer cada esquina, incluidas las despensas. Era una casa muy bien llevada, y la señora Chowen se mostraba orgullosa de ello.

—¿Qué habitación es ésta? —Le preguntó Alexandra.

—Es el gabinete azul, señora. Era la estancia preferida de la anterior lady Deverell. Cuando murió, lord Deverell no permitió que entrara nadie. Pero el señor Richard ordenó antes de que usted llegara que lo limpiáramos y lo aireáramos. Pensó que tal vez le gustaría utilizarlo.

—El señor es… muy amable.

Cuando la señora Chowen regresó a sus quehaceres, Alexandra se tumbó

en el sofá del gabinete azul a descansar un rato. Miró por la ventana. En el jardín habían comenzado a caer las primeras hojas de los árboles, dejando una brillante alfombra de rojo, cobre y oro sobre la hierba.

Alexandra suspiró. Channings podría ser todo lo que ella siempre había deseado: la belleza del lugar, la casa con todo su potencial, la atmósfera ordenada que se respiraba… y la vida con Richard. La tentación de olvidar el pasado resultaba demasiado poderosa. Durante un instante, se permitió el lujo de soñar. Por su cabeza pasaban visiones de Richard y ella viviendo juntos, amándose más y más a cada año que pasaba. Habría picnics en el prado, risas y música en la noches de verano, la luz de la velas proyectando sombras sobre los rostros sentados alrededor de la mesa de comedor en invierno… y habría niños. Bebés que cuidar, que luego andarían torpemente, esperando a que su padre los recogiera cuando cayeran… Alexandra se durmió con una sonrisa en los labios.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba muy oscuro fuera, aunque la luz del fuego iluminaba la habitación. Alguien debía haberlo encendido. Delante de la chimenea se veían un par de piernas fuertes.

—Richard —dijo Alexandra suavemente todavía adormilada.

—Por fin te has despertado —contestó él acercándose para sentarse al borde de la cama—. Me estaba preguntando si debería avisarte… es casi la hora de cenar.

La luz parpadeante del fuego, el recuerdo de su sueño y el silencio que se hizo entre ellos consiguieron un extraño efecto. Alexandra se preguntó si tal vez, después de todo, existiría un modo de que pudieran vivir juntos. Aspirando con fuerza el aire, dijo:

—Richard, me pregunto si… ¿Y si… y si trazamos una línea por debajo de lo que ha pasado? ¿Y si intentamos olvidar el pasado y convertimos nuestro matrimonio en algo normal? ¿Crees que podríamos?

Esperó ansiosamente su respuesta, deseando poder ver su rostro. Pero estaba en penumbra. El silencio se hizo más largo de lo que a ella le hubiera gustado.

—Dime por qué has cambiado de opinión —dijo Richard finalmente.

—Fue algo que dijo tu tía. La gente… la gente puede vivir junta sin albergar sentimientos románticos. Lady Honoria tenía razón cuando habló del deber y de lo demás, cuando me recordó lo que yo había hecho por Rawdon. Y… y Channings tiene la misma antigüedad para tu familia. Eso me hizo pensar. Y luego esta tarde, cuando la señora Chowen me llevó a dar una vuelta por la casa… no había considerado lo que ocurriría con Channings si tú murieras sin herederos.

—Pero, ¿y tu aversión hacia el hombre que arruinó a tu padre y mató a tu hermano?

—Tú no arruinaste a mi padre. Creo que decías la verdad respecto a la

partida de cartas. Estabas intentando salvarlo.

—¿Y qué me dices de tu hermano? —Continuó él—. ¿Sigues creyendo que yo lo maté a pesar de que te lo haya negado?

—Eso… eso es distinto —Alexandra se puso tensa—. Estoy segura de que fue un accidente —dijo desesperada—. Estoy segura de que no fue tu intención hacerlo. Y creo que podré olvidarlo. O al menos dejarlo a un lado. Con el tiempo.

Richard se puso de pie.

—Aunque la perspectiva me resulte tentadora —dijo con un tono brusco poco habitual en él—, me temo que ésa no es la clase de matrimonio que yo deseo. No quiero una esposa que «cumpla con su deber» por el bien de la propiedad. Y desde luego no quiero una esposa que se estremezca y mire hacia otro lado cada vez que mencionemos el nombre de su hermano. Johnny y yo nos salvamos más de una vez la vida mutuamente en los tres años que combatimos juntos. Estaba más unido a él que un hermano. Cuando murió, hice lo mejor por él y por tu familia, Alexandra. Yo no lo maté, y maldito sea si tengo hijos, porque de eso estás hablando, ¿no?, cuya madre siempre pensará en el fondo de su corazón que soy un asesino y un mentiroso.

Alexandra se puso de pie de un salto y lo miró.

—¿Pero qué otra cosa puedo pensar? —Exclamó—. ¡Te niegas a decirme nada! ¡Tengo la palabra de mi padre de que tú mataste a Johnny y lo admitiste! ¿Me estás diciendo que mi padre miente? ¿Es eso?

—No me creo que tu padre haya dicho algo así. No puede ser.

—¡Tengo la prueba!

—Eso ya lo has dicho en otra ocasión. ¿Dónde está? ¡Enséñamela!

—¡Lo haré!

Alexandra salió a toda prisa del gabinete azul y subió las escaleras sin comprobar siquiera si la estaba siguiendo. Cissie estaba en su dormitorio, preparando un vestido para la noche, pero Alexandra le dijo que se fuera, y la doncella obedeció al instante.

—Y bien, ¿dónde está?—Preguntó Richard entrando en cuanto Cissie salió.

Alexandra se acercó al joyero y sacó la página del diario. Estaba algo arrugada de tanto doblarla, pero las palabras de su padre, aquellas terribles palabras, todavía resultaban legibles. Richard la tomó de sus manos y ella se lo quedó mirando mientras lo leía.

Apretó los labios y aspiró con fuerza el aire antes de decir:

—¿Y ésta es tu «prueba»? ¿La razón por la que montaste aquella escena en nuestra boda?

—¿No te parece suficiente?

—¡No, maldita sea, no me lo parece! —Dijo Richard furioso, con la voz temblando de rabia—. Y pensar que me has llamado mentiroso y cobarde, que estabas dispuesta a matarme, a destruirnos a ambos, por este pedazo de

papel… una página arrancada del diario de un hombre destrozado, fuera de sí por la muerte de su único hijo… ¡podría matarte yo mismo por esto, Alexandra!

En el silencio que siguió a su explosión, Alexandra dijo con voz muy pausada:

—¿Cómo lo sabías?

—¿A qué te refieres? —Preguntó Richard secamente. Seguía muy enfadado.

—¿Cómo sabías que la hoja era del diario de mi padre? —Se acercó a la pila de libros que había encima de la mesa y lo agarró—. Tienes razón, por supuesto —aseguró pasando las páginas—. Aquí está el hueco. Pero, ¿cómo lo sabías, Deverell?

Richard se detuvo un instante.

—Es fácil reconocer la hoja de un diario. Y la letra de tu padre.

Alexandra estaba pasando las páginas del mes de julio.

—Falta otra hoja, ¿lo ves? —Lo miró fijamente mientras se lo mostraba—. Pero no la he encontrado. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Richard había vuelto a tranquilizarse. Para decepción de Alexandra, no respondió a su deliberada provocación, y se limitó a preguntarle:

—¿Dónde encontraste esa página, y cuándo?

—Dos días antes de la boda. Estaba dentro del diario, pero cayó cuando estaba recogiendo los libros y los papeles de su escritorio.

—Yo estuve trabajando allí el día antes —Richard frunció el ceño—. Pero no recuerdo haber visto ni el diario ni esa página.

La negativa de Richard a confesar lo de la segunda página enfureció a Alexandra.

—¿Qué importa que lo vieras o que no? —Gritó—. Estás intentando distraerme, ¿verdad? ¡Pero no te lo permitiré! ¡Para mí este papel es prueba suficiente de que mataste a Johnny! ¿Cómo puedes negarlo? ¿De qué otro modo explicas lo que mi padre escribió?

—En esa página no dice que yo admití haber matado a Johnny —explicó Richard con cautela—. Ni que estuviera allí cuando murió. Le confesé a sir Jeremy que había manipulado las pruebas. Y eso es todo lo que diré al respecto.

Alexandra se tomó unos instantes para procesar aquello.

—¿Estás diciendo que cambiaste las cosas después de la muerte de Johnny? —Richard la miraba en silencio—. Pero, ¿por qué ibas a hacer eso? A menos…

Alexandra se quedó sin voz. Miraba a Richard con espanto.

—¿Me estás diciendo que Johnny se quitó la vida deliberadamente?

—No tengo intención de decirte nada.

—¡No, no me lo creo! ¡Es absurdo! ¡Irracional! ¿Por qué iba a hacer Johnny algo así?

—No… no lo sé.

—¡Estás mintiendo! De un modo o de otro, mientes, Richard Deverell. O

mataste a mi hermano o sabes por qué se suicidó. Todo lo demás es imposible. ¡Exijo la verdad!

—Créeme, Alexandra —dijo Richard con gravedad—, estás mucho mejor sin saberla.

Llamaron a la puerta. Cuando Alexandra contestó, Cissie se asomó nerviosamente a la puerta.

—Disculpe, señora. Se está haciendo tarde. ¿Va a cambiarse para la cena?

Richard se acercó a la puerta:

—Seguiremos con esta conversación en otro momento —dijo—. Esta noche tengo que volver a salir.

—¡Pero no puedes dejarlo así! —Alexandra corrió a la puerta y lo agarró de la manga.

—Lo siento, tengo que hacerlo. Le prometí al padre Harmond que esta noche iría a la rectoría. Se trata de un asunto urgente que no puede esperar. Lo siento —dijo soltándole la mano—. ¿Estarás lista para bajar a cenar en media hora?

Richard estaba decidido a marcharse, y la presencia de la criada impedía que ella siguiera protestando. Alexandra se mordió el labio y se forzó a mantener la calma.

—Por supuesto.

Alexandra trató de volver a sacar el tema varias veces durante la cena. Pero Richard evitó la cuestión todo el tiempo, utilizando una vez más como pretexto la presencia de los criados. Y en cuanto el servicio salió del comedor, él también se excusó y se marchó. Alexandra agarró su vaso de vino y subió a su habitación. Había bebido más de lo habitual sin sentirse más alegre, pero confiaba en que aquel último vaso la ayudaría a dormir.

Cissie la ayudó a desvestirse, y luego Alexandra se sentó en el tocador mientras le cepillaba el cabello y se lo sujetaba con un lazo blanco. Cuando la doncella se hubo marchado, Alexandra se puso la bata y caminó con impaciencia por la habitación. El vino no le había ayudado, después de todo. La siesta de la tarde había sido un error, ahora no tenía ganas de dormir. Entonces tomó una decisión repentina: Abrió la puerta que había en una esquina de la pared de su cuarto y entró en el vestidor de Richard. Esperó un instante y no oyó nada. Su esposo estaría fuera una hora o más. Era el momento de buscar en el armario la página que faltaba. Abrió la puerta y entró. Se tomó unos instantes para calmar los nervios y luego se acercó decidida al armario. Estaba cerrado. Una molestia, pero aquello no la detendría. Richard había tomado aquella mañana la llave de encima de la cómoda. Se acercó y vio la llave en una bandejita. Tenía que ser aquélla. Cuando estaba a punto de volver al armario, se detuvo. ¿Qué era aquello que Richard se había tomado tantas molestias en cerrar antes de que ella viera lo que había dentro? Le echó un vistazo a la mesa.

Allí había un estuche de plata para reloj.

Alexandra lo abrió. Era un reloj muy bonito, pero normal y corriente. ¿Por qué se había tomado Richard tantas molestias para ocultárselo? Le dio la vuelta en la mano y apretó un pequeño pestillo que tenía a un lado. La tapa del reloj se abrió y reveló un compartimiento secreto. A un lado había un dibujo de ella, y al otro lado, protegido por un fino cristal, guardaba un rizo de color cobrizo. Alexandra se lo quedó mirando. ¿Durante cuánto tiempo había llevado Richard aquello con él? Nunca hubiera imaginado que fuera tan sentimental. Pero no podía detenerse, el tiempo corría y todavía tenía que mirar en el armario. Alexandra cerró el estuche del reloj y volvió a colocarlo cuidadosamente en su sitio. Luego se hizo con la llave y regresó a abrir las puertas del armario. Estaba muy nerviosa. Estiró el brazo, agarró una de las carpetas que había en el medio y comenzó a hojear los papeles que había dentro…

—¿Buscando cartas de amor? Ya te dije que no encontrarías ninguna.

Alexandra se quedó paralizada. Era la voz de Richard.

Richard había llegado de la rectoría hacía unos minutos. El padre Harmond le había pedido ayuda para su nieto, que estaba en el ejército y tenía problemas con sus superiores. Richard le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarle.

Regresó a casa antes de lo previsto, y fue directamente al vestidor para quitarse las botas con el máximo cuidado para no despertar a Alexandra, que dormía al lado. Cuando se estaba desabrochando la camisa oyó un sonido en su dormitorio. No podía ser su ayuda de cámara, le había dicho que no lo esperara. Richard se acercó y entró en silencio. Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró a Alexandra delante del armario, tan concentrada en lo que estaba haciendo que no se dio cuenta de su llegada. Observó durante un instante cómo pasaba las hojas de la carpeta que tenía en la mano y sintió como le nacía el deseo por ella. Era tan hermosa… su cabello tenía un brillo de bronce bajo la luz de las velas. La bata que se había puesto resultaba casi transparente frente al fuego, sus delicados pliegues revelaban bastante de las curvas y las largas piernas que se ocultaban debajo.

Richard contuvo la respiración. ¿Qué estaba haciendo aquella esposa suya en su habitación a aquellas horas? Sin duda buscando algo, pero, ¿qué? Daba lo mismo. Lo que importaba era que estaba en su dormitorio, y vestida adecuadamente para lo que en aquel momento llenó su mente, excluyendo todo lo demás. ¡Al diablo con la paciencia, la contención y todo lo demás! Aquella noche reclamaría lo que había sido su deseo durante muchos años. Alexandra y él estaban casados. Había llegado el momento de hacerla suya en todos los sentidos de la palabra. Pero tendría que proceder con cautela. Hacía falta un poco de estrategia…

—¿Buscando cartas de amor? Ya te dije que no encontrarías ninguna.

Siete

Alexandra se dio la vuelta. Richard estaba apoyado contra la puerta de su vestidor, con los brazos cruzados, mirándola. Debía llevar allí un rato. Se había quitado el abrigo y las botas antes de entrar, y tenía la camisa abierta hasta el cuello. Ella sintió la garganta seca.

—Pensé… pensé que… —tragó saliva y volvió a intentarlo—. Pensé que ibas a salir esta noche.

Richard dirigió la mirada al armario abierto y luego a la carpeta que tenía en la mano.

—Es evidente.

—Vi… vi las carpetas y… cosas esta mañana cuando abriste el armario. Me pregunté si habría algunos papeles de mi padre entre ellas.

—Y no podías dormir sin asegurarte de ello —aseguró con simpatía.

Pero Alexandra no se lo tragó. Sus ojos mostraban tanta simpatía como los de una pantera, y tenían el mismo brillo depredador.

De pronto se dio cuenta de que estaba en bata y camisón. El camisón era de lino fino, la bata una delicada prenda de seda y encaje, pensada para marcar más que para esconder.

—¿Quieres que lo revisemos juntos? —Preguntó acercándose más y quitándole la carpeta de las manos.

—¡No! —dijo Alexandra desesperada, consciente de su cercanía. Volvió a tragar saliva—. Puedo… puedo pasar sin ellos por el momento… gracias.

Intentó apartarse, pero la mano de Richard estaba de pronto en su cintura, sujetándola, con su calor atravesándole la delicada ropa. Richard volvió a colocar la carpeta en su sitio sin soltarla, y luego le dio la vuelta para obligarla a mirarlo.

—Me decepcionas —dijo con voz suave—. Me estaba preguntado si no habría sido un poco brusco esta tarde cuando me hablaste de tu plan de futuro, los niños y todo eso.

—Oh, no creo que éste sea el momento —aseguró Alexandra tratando de moverse otra vez, pero él la atrajo de nuevo hacia sí sin ningún esfuerzo aparente.

—Cuando te vi aquí pensé por un instante que habías decidido seducirme —le deslizó el brazo por el cuerpo—. La idea me gustó —aseguró acercándole la boca al lóbulo de la oreja.

—Richard —dijo Alexandra finalmente. Le resultaba difícil parecer tan firme como le hubiera gustado, porque el corazón le latía con fuerza y le

temblaban las rodillas—. No creo que pensaras algo así. ¡Y no estoy intentando seducirte!

Trató de apartarse de aquella boca insidiosa, pero aquel movimiento sólo consiguió que la parte inferior de sus cuerpos entrara en contacto.

Se dio cuenta sorprendida de que, tanto si ello creía como si no, Richard estaba más que dispuesto a que lo sedujeran.

—Sss —dijo colocándole un dedo en los labios—. Por supuesto que sí. ¿Qué otra razón tendrías para entrar en mi habitación?

Resistiendo la loca tentación de introducirse su dedo en la boca, Alexandra dijo en un susurro estrangulado:

—Quería… quería mirar los papeles.

Su respuesta a aquello fue tirar suavemente de los lazos de su bata. Alexandra trató de detenerlo, pero no puso mucha intención. Él le agarró las manos fácilmente y se las sujetó mientras la besaba, suave y tiernamente, obligándola a un asentimiento sin palabras. Alexandra exhaló un suspiro de placer y dejó de respirar cuando sus dedos dieron con su seno y acariciaron su sensible centro en instintiva respuesta. Se le cayó la bata al suelo, pero a Alexandra no le importó.

Puntuando sus palabras con besos, Richard la levantó del suelo sólo lo suficiente para apartarla del armario mientras le decía:

—Tienes que hablarme de esos papeles… pero antes —la bajó suavemente y se reunió con ella en la cama.

—Richard, yo…

—¡No, no! Es sólo una conversación, Alexandra —dijo quitándose la camisa—. Estaremos más cómodos aquí, eso es todo. ¿Tienes frío? La atrajo hacia sí, atrapándole las piernas bajo una de las suyas.

—No… no —dijo Alexandra, que sentía como si pudiera derretirse en el calor que habían generado los dos cuerpos, que ahora estaba juntos, muy juntos…—. Pe… pero…

—Bien —le deslizó los dedos por el bajo del camisón y lo fue levantando muy despacio—. ¿Qué decías?

Ella no pudo decir nada. Los labios de Richard estaban sobre los suyos, sus manos se deslizaban por sus piernas desnudas, provocándole una extraña y casi dolorosa excitación. Richard le levantó las caderas, subiendo más el camisón, y entonces le puso la boca en el cuerpo. Alexandra estaba perdida en una oleada de placer, incapaz de escapar aunque lo hubiera querido.

—No deberías hacer esto —consiguió susurrar mientras los labios de Richard se abrían paso por sus senos.

—¿Por qué no? —Gimió él contra su cuello—. Estamos casados. Eres mi esposa, Alexandra. Ya te lo dije una vez, ¿recuerdas? Puedo hacer contigo lo que quiera. Pero si no estás disfrutando, me detendré —alzó la cabeza y la miró con sonrisa maliciosa—. ¿Quieres que pare?

—¡No! —exclamó ella—. Es que… ¡Sí! Oh, no lo sé. No debería. Richard,

por favor…

—¿Te complazco? No temas admitirlo. No tiene nada de malo disfrutar de las caricias de tu marido. Vamos, deja que te quite esto. Hay mucha ropa por medio, ¿no crees?

Le alzó los hombros y le quitó del todo el camisón. Alexandra se hubiera cubierto con las manos, pero él se las sostuvo mientras la miraba.

—Mi esposa —dijo suavemente.

Entonces le dio un beso fugaz y salió de la cama. Durante un instante, Alexandra se sintió abandonada, pero entonces vio que Richard sólo se estaba quitando el resto de su propia ropa antes de unirse de nuevo a ella. La visión de su cuerpo desnudo la dejó sin respiración. El niño con el que había crecido se había convertido en un hombre espléndido, delgado, poderoso y fuerte. Se quedó allí tendida, tensa e insegura, sin saber qué hacer. Sólo sabía que quería que regresara a ella de nuevo, que la llevara más lejos. Ya no había vuelta atrás, ni ella lo deseaba. Sentía que llevaba toda la vida esperando aquel momento… no existía nada más que aquella habitación y aquel hombre, y un misterioso anhelo en su interior que presentía que sólo podría saciar el cuerpo de Richard.

Cuando él volvió a tumbarse, había desaparecido su expresión juguetona. Por un instante le pareció un desconocido, no Richard, sino un hombre al límite de su control. Alexandra susurró su nombre y lo tocó en busca de seguridad, y el brillo de fiera pasión de sus ojos quedó velado al instante. Se inclinó sobre ella, abrazándola con ternura, murmurando su nombre, hasta que se relajó entre sus brazos. Luego empezó a besarla, primero con suavidad y luego más íntimamente, hasta que se apretó contra ella y sus cuerpos chocaron el uno contra el otro. Pronto estuvo debajo de él, retorciéndose entre sus brazos con frenético deseo, buscando que la invadiera, sintiéndose incompleta, y al mismo tiempo temerosa de dar el paso final.

En el último momento, Richard sintió su miedo y se contuvo. Le sujetó la cabeza con las manos. Mirándola fijamente a los ojos, dijo con fuerza.

—Te amo, Alexandra. Te amaba cuando eras una niña y te amo ahora. Confía en mí. Entrégate a mí cariño.

Hubo un breve instante de pánico, de dolor, y luego él fue suyo, suyo completamente, triunfalmente suyo. Igual que ella era suya. Por completo. Ya no eran Richard y Alexandra, sino uno solo, como siempre debió ser…

Los días que siguieron parecían salidos de un cuento de hadas. Estaban a finales de otoño, Richard y Alexandra salían cada día después de desayunar a dar un paseo por el parque que rodeaba a Channings, maravillados por la belleza del mundo. Su sensación de compañerismo era más fuerte que cuando eran niños, ahora había adquirido una nueva y excitante dimensión.

Eran plenamente conscientes de la cercanía física del otro, constantemente se tocaban y se tomaban de las manos. Richard solía pasarle el brazo por la

cintura o por el hombro con frecuencia. Alexandra no lo había visto nunca tan contento, tan abierto y tan feliz.

Por las noches hacían el amor apasionadamente, con ternura, con risas y palabras o, cuando las palabras no eran suficientes, en silencio. No veían a nadie. Cuando salían a montar lo hacían por caminos desiertos, y cuando se cruzaban con alguien, la gente les sonreía y los saludaba con la cabeza, contentos al ser testigos de semejante felicidad.

—No necesito preguntarte cómo estás, Alexandra —aseguró Mark, que había ido a visitarlos al final de aquella semana—. A pesar del… extraño comienzo de este matrimonio, está claro que la vida de casada te sienta muy bien. Os felicito a los dos.

Mark y ella estaban sentados en el gabinete azul esperando a que Richard se reuniera con ellos. El padre Harmond había vuelto a llamar y estaba con Richard en la biblioteca.

—No ha sido tan difícil. Richard decía la verdad respecto a la partida de cartas, Mark intentó ayudar a mi padre. Los criados de Rawdon no conocían toda la historia.

—Ya veo. ¡Es maravilloso! —Mark la miró encantado—. ¿Y te ha explicado lo de Johnny también? ¡Por supuesto que sí! No tendrías ese brillo tan especial en caso contrario.

Alexandra se puso de pie.

—No me ha dicho nada aún —aseguró—. Pero estoy convencida de que lo hará pronto.

—Bueno, no sabes lo contento que estoy de que Richard haya conseguido arreglar las cosas entre vosotros. Aunque por supuesto, yo siempre supe que te protegería.

—¿Protegerme? Es una extraña manera de decirlo.

—¿No te lo ha contado? Tu padre le hizo prometer que lo haría.

—¿Te refieres a cuando le pidió a papá permiso para casarse conmigo? ¿Cuándo fue eso?

—Bueno… no fue exactamente así. Richard no le estaba pidiendo tu mano… aunque estoy seguro de que si tu padre hubiera vivido, se la hubiera acabado pidiendo, Alexandra. Cualquier hombre estaría orgulloso de ser tu esposo.

—¿Y cuál fue esa promesa?

—Ocurrió como una semana antes de que sir Jeremy muriera. Los tres estábamos hablando de la finca. Richard me contó lo buenos que habíais sido todos con él y cuánto le debía a la familia Rawdon. Tu padre le quitó importancia y dijo que para él Richard siempre había sido como un hijo. Y luego dijo: «Pero si algo me ocurriera, confío en que tú protegerás a Alexandra, Richard. Ya sabes a qué me refiero. ¿Me prometes que cuidarás de ella?»

—Y Richard lo prometió.

—Naturalmente. No podía haber hecho otra cosa, ¿verdad?

—¿No… no insinuó en ningún momento que quería casarse conmigo?

—Entonces no. Sólo prometió cuidar de ti. Entonces ninguno podíamos imaginar lo pronto que se vería obligado a cumplir esa promesa. Tu padre murió una semana más tarde, al parecer arruinado por el propio Richard, el hombre que debió haberlo salvado.

Alexandra esbozó una protesta, y Mark se apresuró a aclarar:

—Pero como tú dices, no fue así. Ahora lo entiendo.

Alexandra miró hacia la puerta. ¿Dónde se había metido Richard? Dudaba que el asunto que tenía que tratar con el padre Harmond fuera tan complicado. Necesitaba su presencia. Mark tenía buena intención, pero de algún modo, sus palabras habían formado una nube que cubría el día. Durante la última semana, ella se las había arreglado para olvidarse de la pregunta sin respuesta respecto a Johnny. Había construido un muro alrededor de su mente para proteger su idilio con Richard, pero comenzaban a aparecer grietas. Necesitaba tenerlo allí para que las reparara con su amor.

—Disculpa, Mark —dijo acercándose a la puerta—. Voy a ver si puedo rescatar a Richard, aunque sea invitando al padre Harmond a tomar el té.

Cerró la puerta tras ella y aspiró con fuerza el aire. Por muy bien que le cayera su primo, ¿por qué había tenido que ir justo aquel día? Había traído consigo demasiado pasado. Richard y ella habían estado disfrutando de un mundo propio durante muy poco tiempo. Alexandra quería más, quería más de aquella felicidad perfecta que sólo él podía darle.

Se le escapó un sollozo. ¿Por qué tenía que llegar Mark con aquellas preguntas, dando por hecho que todo estaba arreglado? Antes de su llegada había conseguido mantener sus demonios a raya. Pero ahora el fantasma de Johnny había vuelto a hacer su aparición. Y había más… ¡Richard la amaba tanto como ella a él! ¡Así debía ser! Se lo había dicho una docena de veces durante la semana que habían pasado juntos. Era imposible que estuviera fingiendo, cumpliendo con su deber, manteniendo la promesa que le había hecho a su padre.

La rabia y la desilusión de Alexandra crecieron cuando supo que Richard había ido con el padre Harmond a la rectoría. Al parecer quería enseñarle el deterioro de la torre de la iglesia. La torre llevaba siglos de pie… ¡Sin duda no se caería aunque tuviera que esperar un día o dos! ¿Cómo podía marcharse y dejar que ella se ocupara sola de la visita?

Regresó al lado de Mark.

—Lo siento. Al parecer Richard se ha marchado sin decírmelo. El asunto del padre Harmond debe ser más urgente de lo que me imaginé.

—Lo comprendo, Alexandra. Tenía un par de preguntas para Richard, pero pueden esperar —la miró fijamente—. Pareces triste… ¿Qué pasa?

—¡No, no! Es que siento que no hayas podido hablar con Richard. Eso es

todo.

—¿Para qué? ¿Para darle cuentas de mi gestión? —A Alexandra le sorprendió la nota acida de su tono de voz.

—¿Por qué dices eso, Mark? ¡Tú eres el señor de Rawdon, te pertenece por completo! No eres el administrador de Richard.

Mark sacudió la cabeza y se rió.

—Lo siento, a veces es difícil. Siempre siento que Richard es muy crítico conmigo. Supongo que es porque soy muy consciente de ser un novato en estos asuntos. Perdóname, Alexandra, no debería ser tan susceptible. Y estoy seguro de que Richard tiene una buena razón para estar con el padre Harmond en lugar de conmigo —y entonces, para alivio de Alexandra, añadió—, pero no creo que lo espere más. Cuando se pone el sol, estos caminos son demasiado oscuros y estrechos.

—Hablaré con Richard en cuanto lo vea —le aseguró ella—, y concertaremos otra visita pronto.

Mientras Mark se despedía, la agarró de la mano y le dijo con gesto de preocupación:

—¿Estás segura de que todo esta bien, Alexandra?

—Por supuesto —respondió ella, quizá con demasiado entusiasmo—. Richard y yo somos muy felices juntos.

Mark no parecía en absoluto convencido.

—Si ocurriera cualquier cosa… me gustaría que no me vieras sólo como un primo, sino también como a un amigo.

—Lo haré —Alexandra apartó la mano—. Buenas noches, Mark.

Cuando Mark se hubo marchado, Alexandra se quedó a solas con sus pensamientos. Recorrió arriba y abajo el coqueto gabinete que había pertenecido a la madre de Richard. Estaba deseando que él llegara para olvidar sus dudas entre sus besos. Cuando llegó uno de los criados diciendo que Richard se iba a retrasar bastante, Alexandra estuvo a punto de perder la paciencia con el pobre hombre, pero se contuvo.

Volvió a recorrer el gabinete, y finalmente tomó una decisión. Era inútil, necesitaba saberlo. Deliberadamente o no, Richard se las había arreglado para que se olvidara de su curiosidad por la página del diario. ¡Tenía que verla! Subiría a cambiarse de ropa y luego volvería a mirar en el interior de aquel armario. Cissie la ayudó a cambiarse para la cena. Escogió un sencillo vestido de seda lila, y cuando la doncella terminó de arreglarle el cabello de forma sencilla, entró en el cuarto de Richard. Tuvo suerte: En el vestidor se encontró con su ayuda de cámara, que estaba escogiendo para su señor la ropa que se iba a poner aquella noche.

—Lord Deverell va a llegar tarde —dijo Alexandra—. Será mejor que regrese en una hora.

Phillips se inclinó y se marchó. Segura de que ya nadie la molestaría, Alexandra siguió adelante. Esta vez no vaciló. Agarró la llave, abrió el armario y comenzó a buscar desesperadamente entre las carpetas. La página que faltaba debía estar en alguna de ellas. Estaba empezando a perder la esperanza, cuando de pronto dio con lo que buscaba.

Casi al mismo tiempo, escuchó la voz de Richard, aunque, gracias a Dios, esta vez no en la puerta, sino en las escaleras, llamándola.

—¡Alexandra! ¿Dónde estás?

¡Había vuelto! Alexandra se metió la página en el escote, empujó las carpetas hacia el interior y cerró las puertas del armario con la llave. Luego fue corriendo al tocador y la dejó allí. Podía escuchar a Richard en su habitación. Estaría allí en un instante. Agarró el estuche del reloj, que estaba en su lugar habitual, y le estaba dando vueltas en la mano cuando él entró.

—Esto es muy bonito —dijo ella mostrándoselo mientras Richard se acercaba.

—¡Oh, Dios, creí que nunca volvería a ti! —Ignorando sus palabras, la estrechó entre sus brazos y la besó largamente—. Se suponía que debía aconsejar al padre Harmond, pero sólo podía pensar en que tú estabas aquí, esperándome. ¿Se ha quedado Mark mucho tiempo?

—Casi hasta que se hizo de noche. Esperó todo lo que pudo.

—Supongo que me alegro de que tuvieras compañía. Pero ya se ha ido y volvemos a estar solos. Veo que te has vestido para la cena. Pensé que podrían subírnosla. ¿Qué te parece?

—Pero los criados…

—¡Olvídate de los criados! Quiero estar a solas con mi esposa, estar cerca de ella.

Alexandra se sentía dividida. La idea de una cena íntima para dos en el dormitorio le resultaba extremadamente atractiva, pero en aquel momento sus sentimientos estaban tan confusos que no sabía si podría soportarlo. También pensó que tendría que deshacerse de la página que se había guardado en el escote antes de que Richard la viera.

—Creo… creo que será mejor que cenemos abajo, Richard.

Alexandra notó su desilusión y estuvo a punto de rendirse, pero entonces recordó el papel que tenía escondido en el vestido. Ya tendría tiempo de leerlo, tal vez después de la cena.

Richard no parecía dispuesto a dejarla marchar, pero tuvo que hacerlo cuando llegó Phillips a ayudarlo a cambiarse. Alexandra se escabulló a su propia habitación y puso la página del diario de su padre en la tapa del joyero, al lado de la otra.

A Alexandra le resultó casi imposible comportarse con normalidad durante la cena.

—Estás muy callada, mi amor —le comentó Richard.

—Lo siento. Creo que es el cansancio.

—Has hecho muchas cosas hoy. Nos aseguraremos de que te acuestes pronto —Alexandra se sonrojó al sentir sobre ella el brillo de sus ojos.

—Creo… creo que subiré ya —murmuró.

—Entonces, vayamos juntos —aseguró Richard levantándose.

—Oh, no es necesario que dejes tú también la mesa. ¡No te has acabado el vino!

—No pasa nada. Iré contigo. Hay algo que quiero darte —dijo—. Se trata de un anillo muy especial. Pertenecía a mi abuela. Deberías haberlo llevado antes, pero estaba esperando a que fuera nuestro aniversario.

—¿Aniversario? —Preguntó Alexandra con asombro.

—Hace una semana que nos convertimos en amantes. Una semana de felicidad perfecta. Quería pasar el día entero contigo, pero la visita de Mark y el asunto de Harmond lo han hecho imposible. Pero quiero darte el anillo. Está arriba. ¡Vamos!

Estiró el brazo, y Alexandra no pudo hacer otra cosa que aceptarlo.

Subieron juntos a la habitación de Richard, donde dejó a Alexandra sentada en la butaca y la besó.

—Siéntate aquí mientras voy a buscarlo, mi amor. Y luego puedes irte a tu cama a dormir, si ése es tu deseo. Estás muy guapa, pero algo pálida.

Mientras agarraba la llave y se acercaba al armario, preguntó:

—¿Y qué se contaba Mark? No parece que su visita te haya hecho mucho bien.

Alexandra lo miró nerviosa mientras metía la llave en la cerradura.

—Habló… habló de mi padre. Y de Rawdon.

Richard dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia ella.

—No te ha hecho entristecer, ¿verdad? ¡Tendré que vérmelas con él si es así!

—No, no, su intención era buena.

Cuando Richard volvió a girarse, a Alexandra le pareció escuchar un murmullo que decía: «Sí, seguro». Pero tal vez habían sido imaginaciones suyas.

Richard giró la llave. Las puertas del armario se abrieron de golpe y cayó un torrente de carpetas. El suelo se cubrió de papeles y documentos de todo tipo.

—¿Qué diablos…? —Richard clavó la vista en el suelo. El silencio resultaba aterrador. Fue creciendo y creciendo hasta que ocupó toda la habitación. Finalmente miró a Alexandra.

—Al parecer sigues buscando cartas de amor —dijo.

Ocho

Richard tenía una expresión neutral, y hablaba con voz inexpresiva. Pero aquello era demasiado para los nervios de Alexandra.

—No juegues conmigo, Richard. Sabes muy bien que no es eso —le espetó.

—Entonces, ¿qué estabas buscando?

—Ya te lo dije la otra vez. Los papeles de mi padre —vaciló un instante, pero luego tomó aliento y se lanzó—. Para ser exactos, un papel en particular.

—¿Lo has encontrado? —Preguntó él entornando los ojos.

—Sí.

—Creo que sé de cuál se trata, pero dímelo de todas formas. ¿Cuál es, Alexandra? —Inquirió con brusquedad.

Ella alzó la barbilla y dijo con intención:

—Estaba buscando la otra página del diario de mi padre. La que falta —se detuvo un instante y luego añadió—, ésa de la que decías no saber nada.

Richard le dio la espalda y murmuró una palabrota entre dientes.

Cuando volvió a girarse parecía… peligroso, tanto como le había parecido en la biblioteca de Rawdon.

—¿Cómo sabías que la tenía yo? —Le preguntó secamente.

—Te la vi en la mano cuando fuimos a visitar a Mark. Mientras la leías tenías… tenías la misma expresión que ahora. La doblaste y te la guardaste en el bolsillo. Entonces tomé la decisión de que averiguaría qué era.

—¿Por qué no me preguntaste por ella?

—No seas absurdo. Ni siquiera admitiste que la tenías. Nunca me la hubieras enseñado.

—¡Tienes toda la razón, no lo habría hecho! —Dijo enfadado. Se quedó pensativo un instante y luego añadió con más calma—: fue antes de la cena, cuando te encontré en esta habitación. Debiste llevártela entonces, pero no creo que tuvieras tiempo de leerla. Estás pálida y nerviosa, pero no angustiada. Seguramente yo llegué antes de tiempo. ¿Dónde está ahora?

Alexandra se lo quedó mirando con gesto desafiante.

—¿Dónde está, Alexandra? —Se acercó y la agarró de los brazos—. ¡Dime dónde la has puesto!

—No lo haré, Deverell —aseguró ella—. Tienes razón, no la he leído todavía, pero pienso hacerlo.

Richard la sacudió.

—¡Por el amor de Dios, no te eches más pena encima de la que ya tienes, niña! ¡Dame esa hoja!

Alexandra se zafó de él.

—¡He dicho que no! —Respondió levantando la voz—. Ya me imagino de qué trata. Es lo que el chantajista amenazó con contarle a todo el mundo sobre mi padre, ¿verdad?

Richard volvió a agarrarla y la estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que Alexandra apenas podía respirar. La besó salvajemente, hundiéndole la boca en la suya.

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas furiosas.

—Ah, eres muy inteligente, Richard —dijo con ira—. Cualquier mujer se olvidaría del mundo entre tus brazos. Johnny, el diario… ¡Todo! Fui tan estúpida como para creer que me amabas de verdad. Pero estaba equivocada, ¿verdad? No me ocultarías las cosas ni me mirarías como acabas de hacerlo si me amaras. Te casaste conmigo porque sentías lástima por mí, ¿verdad? Porque le hiciste una promesa a mi padre. ¿Por qué no fuiste sincero conmigo? Hubiera bastado un acuerdo, ése fue el tipo de matrimonio que yo te ofrecí. No tenías por qué fingir que se trataba de algo distinto.

Richard se quedó muy quieto.

—No te entiendo, ¿qué promesa?

—¡No finjas que no lo sabes! Mark me lo ha contado esta tarde. Él estaba allí cuando mi padre te hizo prometerle que me protegerías. Y aunque ha intentado disimularlo, está claro que él pensó que ésa era la única razón por la que te casaste conmigo. ¿Es así?

—Ya veo… Mark te dijo… Mark pensó… y ahora tú… ¿Tú piensas que mentía cuando te dije que te amaba? Esta última semana, cuando hemos hecho el amor de forma tan maravillosa… ¿Estaba fingiendo?

Richard se apartó de ella y sacudió la cabeza como si quisiera aclararse. Luego habló como para sí mismo.

—No… no me había dado cuenta. Esta semana hubiera dicho que habíamos dejado atrás todos los malentendidos. Que ahora por fin teníamos fe el uno en el otro —la miró confuso—. Creí que había encontrado lo que había estado esperando toda mi vida. Pero visto lo que acabas de decir, no es así después de todo. No hay ninguna fe. Sigues sin confiar en mí.

El dolor que reflejaba la voz de Richard le partía el corazón. Arrepentida, se acercó y le puso la mano en el brazo.

—No, no, Alexandra —dijo apartándola de sí—. Tengo que pensar… no me di cuenta de que pudieras seguir sintiéndote así.

Entonces, haciendo un visible esfuerzo por recuperar la compostura, dijo en un tono diferente:

—Pero todo eso debe esperar. Sí hice una promesa, aunque no fue la que dijo Mark. Y ahora debo mantenerla. Dame ahora la hoja que sacaste de mi armario, antes de que la leas y podremos… podremos volver a empezar. Intentaremos recomponer las piezas. Pero primero debes darme esa hoja.

El rechazo de Richard a su intento de consuelo y su insistencia en que le

obedeciera, habían endurecido a Alexandra. Alzó la barbilla y repitió obstinadamente:

—No me harás cambiar de opinión, Deverell.

Tengo derecho a saber qué fue lo que escribió mi padre en su diario. No te lo daré hasta que no lo haya leído.

—¡No, maldita sea, no tienes ningún derecho! Era el diario personal de tu padre, escrito por él, no estaba pensado para que nadie lo viera —Richard la sujetó de los hombros y la miró intensamente a los ojos—. Escúchame: Mark estaba equivocado. Hacía años que tu padre sabía que quería casarme contigo. No fue necesario que me hiciera jurarlo. La promesa que le hice fue que te protegería… de conocer lo que el chantajista amenazaba con contar. Eso fue lo que le dije. Deseaba desesperadamente que no lo supieras nunca. Creo que él mismo arrancó esas dos páginas para que no correr el riesgo de que alguna vez las vieras. ¡Sólo Dios sabe cómo regresaron a su escritorio después de su muerte!

Aspiró con fuerza el aire y luego dijo con firmeza:

—Insisto en que me devuelvas ese trozo de papel. Alexandra. Debes obedecerme en esto. Te lo ordeno!

—¿Me lo ordenas? ¡No! ¡No lo haré! —Gritó Alexandra mirándolo salvajemente—. ¡Leeré esa hoja!

Entonces se giró y se marchó a toda prisa a su dormitorio, dando un portazo y cerrando con el seguro. Sacó la hoja del joyero, e, ignorando los golpes en la puerta, comenzó a leer ávidamente sujetando la página cerca de la luz. Tras las primeras líneas, las palabras de su padre saltaron de la hoja y amenazaron con dejarla sin respiración. Nunca hubiera esperado algo semejante, ni en sus más desesperados sueños…

Hoy Richard me ha confirmado que lo de Johnny es verdad. Mis peores temores se han hecho realidad y al final tendré que pagar a mi torturador. Oh, Dios, estaba tan seguro de que Richard se reiría de mí, que me diría que me tomara lo que había en esa carta como las palabras de un loco… pero me ha confirmado cada detalle. ¿Cómo puedo lidiar con esto? Pensar que Johnny, mi orgulloso soldado, mi hijo, mi alegría, ha sido descubierto vendiendo secretos de estado al enemigo…

Nunca había visto a Richard tan enfadado. Había intentado con todas sus fuerzas evitarle a la familia de Johnny la verdad, y estaba furioso porque al final, yo lo sé. Después me contó todo lo que había sucedido aquella noche, con la esperanza, supongo, de consolarme. La seguridad de nuestro país nunca se vio amenazada. Los documentos pudieron rescatarse antes de que salieran del país. Y Johnny consiguió evitar que lo detuvieran en la taberna. Sospecho que Richard tuvo algo que ver con eso. Cuando él llegó a las habitaciones que compartían, Johnny estaba muerto, se había quitado la vida con sus propias manos. Al parecer, Richard se echó la culpa por no haber podido evitarlo, pero yo me alegro. ¡Me

alegro! ¿Tan extraño es? La muerte de mi hijo ahorró a los Rawdon la desgracia de un consejo de guerra y una ejecución segura. Y, gracias a los esfuerzos de Richard para que pareciera un accidente, Johnny pudo ser enterrado decentemente en las tierras de la familia.

Le agradezco a Richard todo lo que ha hecho, pero cuando me pidió que le dijera quién me lo había contado, me negué. ¿Cómo iba a confesar que estaba a punto de someterme a las amenazas de un chantajista, que alguien más lo sabe todo y quiere comprar mi silencio? Y así lo haré. Debo hacerlo. Si la verdad se hace pública, los Rawdon caerán para siempre en desgracia. Y entonces, ¿qué será de Alexandra? Richard me ha jurado que nunca se enterará por él de lo ocurrido.

Pero, ¿qué voy a hacer si este canalla demuestra ser ambicioso y me pide más en el futuro? Rawdon es rico, pero la mayoría de nuestro dinero está vinculado a la tierra. Será muy difícil recopilar más sumas de dinero. Ya me enfrentaré a eso llegado el momento. Mientras tanto, debo pagar. ¡Oh, Johnny, Johnny!

Alexandra dio un salto cuando se rompió la cerradura de la puerta y apareció Richard.

—¡Dame eso!

Alexandra se lo tendió sin decir una palabra. Él la miró con el rostro lívido.

—Lo has leído —la agarró cuando ella se tambaleó—. ¡Eres una estúpida, Alexandra! ¡Una maldita estúpida! ¿Qué bien te hace conocer la verdad?

Pero al oír aquello, ella se apartó y lo miró echando chispas por los ojos.

—¿La verdad? ¿En serio te crees esta… esta tontería?

—Estás afligida. Sabía que lo estarías. Te sentirás mejor si descansas.

—¡Déjame en paz! No quiero descansar. ¡No estoy afligida, estoy furiosa! Y asombrada. ¿Cómo pudo creer mi padre que Johnny era un traidor? ¡Eso es imposible!

—Las pruebas eran irrefutables, créeme, Alexandra. Si hubiera cabido lugar para la duda, yo no hubiera descansado hasta demostrar que era inocente —le espetó—. Maldita sea. ¿Crees que yo quería que Johnny fuera culpable? Era mi amigo, le debía la vida…

Richard se calló y se dio la vuelta.

—¿Qué pruebas eran esas? Seguramente no te fijaste bien. ¡Dímelo! —Gritó al ver que él no contestaba—. Pero te lo advierto, Deverell, digas lo que digas nunca creeré que Johnny es un traidor. ¡Él no era así! Tenía sus defectos, pero eso… ¡Nunca!

Richard se movió inquieto por la habitación. Estaba muy pálido y tenía una expresión de profunda preocupación.

—Hice lo que pude por mantener la promesa que le hice a tu padre —dijo finalmente—. Pero he fallado. Y ahora creo que es mejor que conozcas el resto. Entonces verás que no puedes negar que Johnny… que Johnny era

indiscutiblemente culpable.

Alexandra se acercó y lo miró fijamente a ¡os ojos.

—Puedes darme todas las pruebas que quieras —dijo desafiante—. Pero no lo aceptaré.

Richard la miró con compasión.

—¿Nos sentamos? Y creo que me tomaré un vaso de vino. Tú también deberías.

Mandó llevar vino y vasos y luego tomaron asiento en las butacas de la habitación de Alexandra. Ella esperó pacientemente mientras él se tomaba el vino y aclaraba sus pensamientos. Alexandra quería todos los detalles. Por fin, él comenzó a hablar.

—Johnny llevaba unos meses trabajando en Horse Guards antes de que yo me uniera a él. Cuando llegué en abril, lo encontré inquieto, amargado, con ganas de entrar en acción en lugar de, como él decía, traer y llevar papeles como si fuera un mensajero. Tú misma me preguntaste entonces si bebía. Pues sí. Bebía mucho. Seguramente más de lo que puedes imaginar. Y también jugaba.

Richard sonrió con tristeza.

—Y sabes tan bien como yo que Johnny no tenía cabeza para ninguna de las dos cosas.

Alexandra asintió con la cabeza. Seguía mirándolo fijamente.

—Te cuento esto sólo para ponerte en antecedentes. A mí no me preocupaba. Estaba convencido de que una vez que entráramos de nuevo en acción, Johnny volvería a ser el mismo. Era un gran soldado —afirmó—. Uno de los mejores.

—¡Por eso mismo sé que no era un traidor! Johnny era muy recto. Podía ser egoísta, pero era valiente y sincero. ¿Cómo puedes no verlo? Cómo es posible que tú, precisamente tú, lo condenaras?

Richard parecía apesadumbrado.

—Me temo que no tuve elección —dijo antes de continuar—. En cuanto llegué, me enteré de que había problemas en Horse Guards. Había ana manzana podrida entre nosotros, alguien que estaba vendiendo información a los espías de Bonaparte. Algunas de las cartas y de las listas que Johnny y yo manejábamos eran muy delicadas. El duque de Wellington necesitaba desesperadamente hombres y armas y enviaba una riada de demandas, algunas de ellas con información vital sobre sus planes para la disposición de las fuerzas aliadas. Las enviaba a través de nosotros porque conocíamos sus estrategias y podíamos explicárselas a las personas adecuadas.

—En otras palabras, el duque sabía que podía confiar en vosotros, en los dos…

—Creía que podía, sí.

—¡Confiaba, y tenía razón! Sigue. Hasta el momento lo único que me has dicho es que Johnny estaba aburrido y buscaba diversión donde no debía. Eso no es grave, ¿verdad?

—Alexandra, esto no me divierte. Tienes que ser paciente —Richard dio otro sorbo a su vaso de vino antes de seguir—. Me habían pedido en secreto que vigilara a una persona en concreto. No era alguien que perteneciera al ejército, sino un civil. Pensaban que podía ser un agente francés. Un día nos enteramos de que estaba esperando que le entregaran algo de gran importancia aquella misma noche. Me llevé a mis dos sargentos de más confianza y lo seguí hasta una posada que había en una barriada de la ciudad.

Al llegar a aquel punto, Richard pareció olvidarse de ella, olvidarse de dónde estaba. Estaba reviviendo una escena que había tenido lugar meses atrás, y su voz dejaba ver lo vivida que la tenía en la memoria, lo reciente que estaba aún el dolor.

—Dentro estaba oscuro, lleno de gente y de humo. Olía fatal. Nosotros no íbamos de uniforme, así que pudimos movernos sin que nadie nos reconociera. El hombre al que seguíamos estaba en un rincón cerca de las puertas.

Richard se detuvo.

—¡Sigue! —Le pidió Alexandra con impaciencia.

—Estuvimos esperando. Entonces alguien se acercó a nuestro hombre. Llevaba puesta una capa y un sombrero calado hasta los ojos. Se podía decir que resultaba un personaje sospechoso. Los vimos regatear durante un instante a cuenta de un paquete que el hombre de la capa tenía en la mano. Luego lo entregó y recibió a cambio un monedero.

Richard guardó silencio un instante.

—La imagen de ese monedero ha estado desde entonces en mi cabeza, persiguiéndome. Todavía puedo verlo. El francés se lo entregó.

—¿Y qué hicisteis?

—Fuimos tras ellos. Primero rescatamos los papeles, recuperarlos era de vital importancia, y uno de mis sargentos arrestó al agente francés. Pero uno de los hombres que estaba en la taberna pensó que se trataba de una pelea colectiva, intervino y aprovechando el follón que se montó, el hombre de la capa escapó.

—Mi padre pensó que te habías asegurado de que así fuera.

—Y tal vez tuviera razón —Richard adoptó una expresión desolada.

—¿Porqué?

—Porque, que Dios me ayude, había reconocido al hombre de la capa. Era Johnny.

—¡No puede ser! ¿Cómo puedes estar tan seguro? Una taberna oscura, la capa, el sombrero. ¿Cómo puedes saberlo?

—Alcancé a verle la cara un instante.

—¡Un instante! ¡Y bajo el sombrero!

—Era el sombrero de Johnny. Lo conocía muy bien. Lo tenía desde hacía años, aquel viejo sombrero de fieltro. Siempre lo llevaba cuando estábamos en España para protegerse del sol. Nos reíamos siempre de él, pero no se lo quitaba.

—¡Puede haber cientos de sombreros como ése! No, Deverell, no me has convencido.

—¡Espera! Todavía hay más. Tu padre tenía razón. Estaba tan convencido de que era Johnny que, cuando me aseguré de que los documentos estaban a salvo, permití que se escapara durante la pelea. Pero lo seguí con la mirada. Al llegar a la puerta, uno de los tipos de la taberna le quitó en sombrero de un manotazo. El pelo de Johnny no era tan llamativo como el tuyo, pero también era inconfundible.

Alexandra no estaba dispuesta a ceder.

—No somos la única familia pelirroja de Inglaterra. ¡Ese hombre podría haber sido un irlandés! Hay cientos de pelirrojos irlandeses.

Richard continuó hablando como si no la hubiera oído.

—Recogí los documentos y lo arreglé todo para que se llevaran al francés. Cuando llegué a nuestras habitaciones, Johnny estaba desplomado sobre la mesa, completamente muerto. Se había suicidado.

Alexandra se puso de pie y se apartó. Dándole la espalda, dijo con gran dolor:

—Eso es lo único sobre lo que no puedo discutir. No hay duda de que Johnny murió aquella noche. Y creo… ahora pienso que tú hiciste que pareciera un accidente para protegernos.

—Gracias —respondió él con un toque de ironía.

—¡Pero sigo sin aceptar tu historia! —Aseguró Alexandra girándose.

—Por todos los diablos, ¿qué más necesitas? ¿Qué otra razón habría tenido para dispararse? Él no esperaba verme en la taberna. Debió darse cuenta de que lo había reconocido, de que no tenía escape —Richard hundió la cabeza entre las manos—. Por Dios, Alexandra, ¿cómo crees que me sentí cuando lo vi?

—Johnny no era un traidor —repitió ella con obstinación.

Richard levantó la vista y dijo lenta y deliberadamente:

—Los documentos que se iban a vender aquella noche eran los que habían estado todo el día en manos de Johnny. Yo mismo los había visto aquella tarde en su mesa. Incluso me enfadé con él por ser tan descuidado y dejarlos allí, a la vista que cualquiera.

Alexandra sintió que le fallaban las rodillas y se dejó caer bruscamente en la silla. Richard le sirvió otro vaso de vino. A ella le temblaba la mano cuando lo agarró para beber. Él exhaló un suspiro antes de seguir.

—Si has leído la hoja del diario por las dos caras, habrás visto que no le dije nada a tu padre. Él ya sabía la historia. Alguien más la conocía y amenazaba con contársela al mundo a menos que le pagara. Cuando yo me enteré de eso, tu padre ya estaba prácticamente arruinado por satisfacer las demandas del chantajista.

Alexandra guardó silencio unos instantes. Richard llegó a creer que por fin la había convencido, pero entonces dijo:

—Quiero ir a Londres. Quiero ver dónde murió Johnny. Quiero conocer a

sus otros amigos, a la gente que trabajaba con él. Y sobre todo, quiero hablar con los hombres que estaban contigo aquella noche.

Richard la miró con los ojos abiertos de par en par, asombrado.

—Ni hablar —aseguró cuando reaccionó—. No te permitiría acercarte a ellos.

—¿Por qué no? —Inquirió Alexandra.

—¿No te das cuenta de que tuve que persuadirlos para que guardaran silencio respecto a Johnny? Ellos también lo reconocieron, ¿sabes? Y accedieron porque saben que conocía a Johnny desde hacía muchos años y era mi amigo. Uno de ellos incluso…

Richard se detuvo bruscamente.

—¿Uno de ellos qué?

—El francés murió aquella noche en la pelea. Nunca tuve claro quién lo mató, pero sospecho que el sargento Chalmers debió pensar que estaba mejor fuera de circulación. Los muertos no hablan. Siempre ha sido absolutamente leal a los hombres bajo cuyo mando había luchado, y Johnny había sido uno de sus favoritos.

Guardó silencio un instante.

—Por eso me resulta difícil creer que alguno de los sargentos estuviera chantajeando a tu padre. Pero no se me ocurre pensar quién más podría ser. Tenía la intención de interrogarlos, pero entonces murió sir Jeremy y pensé que era mejor dejar las cosas como estaban.

—¡Si eso es así, entonces quiero hablar con ellos más que nunca!

—¡He dicho que no! No son hombres a los que debas siquiera conocer.

—No digas tonterías. Haré lo que tenga que hacer. Peor no creo que pueda hacerlo sola. ¡Tienes que ayudarme!

—¿Ayudarte a qué? ¿A que te des con la cabeza contra el muro de la culpabilidad de Johnny? Desde luego que no te ayudaré a eso, Alexandra. Y si empiezas a hacer preguntas sobre la muerte de Johnny, podrías echar abajo todo lo que he intentado hacer por él y por tu familia.

Alexandra guardó silencio de nuevo.

—Muy bien —dijo tras una breve pausa—. Si me disculpas, creo que me gustaría acostarme. Sola.

Aquella última palabra quedó suspendida en el aire como una espada invisible. Se hizo un silencio corto. Entonces Richard asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo con frialdad—. Era de esperar.

Volvía a ser de nuevo el hombre reservado y formal de antes. Parecía como si el idilio de la última semana no hubiera existido nunca.

—Buenas noches, Alexandra.

Se inclinó y se marchó a su propia habitación. Cerró la puerta de Alexandra muy despacio, pero con tanta firmeza que aquel ruido retumbó en sus oídos como el toque de una campana de difuntos.

Alexandra sentía el corazón pesado, pero se pasó la mitad de la noche haciendo planes. Habría sido más fácil si Richard se hubiera mostrado de acuerdo en ayudarla, pero su negativa ni le sorprendió ni la disuadió. Sabía que su hermano era inocente y estaba decidida a demostrarlo. Su madrina tenía muchos amigos, tal vez conociera a alguien que pudiera ayudarla. Pero Richard tenía razón en una cosa. Al hacer sus pesquisas, debía tener cuidado en no levantar la menor sospecha respecto a la muerte de Johnny. Todo el mundo creía que había sido un accidente, y así debía seguir hasta que ella tuviera la prueba de su inocencia. Comenzó a pensar…

Se durmió por fin a primera hora de la mañana, pero se despertó dos horas más tarde con el rostro cubierto de lágrimas. Su cuerpo estaba vivo por el deseo, y anhelaba el recuerdo de las noches anteriores, añoraba el calor del cuerpo de Richard junto al suyo, el confort de sus brazos, la fuerza de su pasión, su amor…

Pero transcurridos unos instantes, volvió a recuperar el control. ¿Qué clase de amor había sido aquél? Qué rápido había cambiado Richard cuando lo había desafiado, con qué firmeza la había apartado de sí, qué frío se había vuelto y cómo le había ordenado sin ninguna suavidad que debía obedecerle. ¿Se comportaría así si de verdad la amara? Y, lo más significativo de todo, ¿habría aceptado tan tranquilamente su decisión de dormir sola? No, sin duda Richard se había casado con ella por compasión, tal y como pensaban su tía Honoria y Mark.

Y ahora el abismo entre ellos era tan profundo que Alexandra se preguntó si alguna vez podrían salvarlo. ¿Cómo era posible que, conociendo tan bien a Johnny, Richard lo considerara culpable? Los cimientos de su relación se habían quebrado con aquello.

Alexandra se estremeció. Una semana de una felicidad como nunca antes había conocido. Y ahora se había abierto un abismo entre ellos, un abismo que se volvería todavía más profundo cuando ella llevara a cabo los planes que tenía pensados.

Richard agarró una botella de brandy y la colocó al lado de la cama. Luego se sirvió un vaso, lo bebió de un trago y se echó en la cama. Se quedó mirando al techo, malhumorado. Tras tantos años esperando, y tras el inesperado drama de la boda y su secuela, había conseguido por fin su largamente acariciado objetivo: La posibilidad de vivir felizmente en Channings con el amor de su vida. El calor de Alexandra, el amor que sentían el uno por el otro, sus hijos, insuflarían vida a las habitaciones vacías y romperían las barreras que él había construido para impedir que nadie pudiera hacerle daño, como se lo había hecho su padre.

Había sido un sueño, una fantasía que sólo había durado una semana.

Alexandra y él estaban ahora más separados que nunca. ¿Cómo podía pensar ella aunque sólo fuera por un instante que se había casado por sentido del deber? ¿Por qué no podía ver que la amaba más que a su vida? Siempre la había amado. ¿Cómo era posible que tuviera tan poca fe en él como para dejarse influir por el comentario malicioso de un primo al que hacía dos meses ni siquiera conocía? Aquello le había dolido como había jurado que nada volvería a herirlo nunca.

Y ahora Alexandra había despertado al fantasma de Johnny, lo había obligado a revivir los peores momentos de su vida.

Richard gimió y hundió la cabeza en la almohada. ¿Por qué no habría muerto Johnny en el campo de batalla? Le hubiera dolido, lo echaría de menos, pero a la larga habría aprendido a vivir con ello, a estar orgulloso de haber conocido a Johnny Rawdon.

Richard siguió despierto un tiempo, sirviéndose brandy y bebiendo sin cesar. Era una manera de buscar el olvido. Pero no lo consiguió. Finalmente se levantó de la cama y se sentó con el brandy al lado de la ventana hasta el amanecer. ¿Qué podía hacer? ¿Qué diablos podía hacer?

A la mañana siguiente, Richard anunció que estaría fuera hasta por la tarde. No dijo qué iba a hacer, y Alexandra tampoco le preguntó. Su ausencia era una ventaja inesperada, y no tenía ningún deseo de detenerlo. Escribió dos notas a primera hora de la mañana y las envió deprisa a la oficina de correos de Dorchester para que salieran aquel mismo día. Luego se dirigió a los establos y le pidió al mozo que tuviera su yegua preparada en media hora para acercarse a Dorchester. Él la acompañaría. También escogió un par de prendas del guardarropa y las metió en una bolsa de viaje. Finalmente escribió otra nota dirigida a Richard y la cerró cuidadosamente antes de guardarla en la tapa de su joyero.

Richard pasó la mañana montando por caminos solitarios y abandonados, y transcurrido un rato, el aire fresco y el silencio comenzaron a sanarle su dolorida cabeza y fue capaz de pensar con más claridad. Su matrimonio había comenzado de manera desastrosa, y tras un corto periodo de felicidad increíble, el desastre había vuelto. Alexandra y él habían recorrido un largo camino desde el episodio de la sacristía, pero ahora sospechaba que había sido un idiota al creer en el milagro, al pensar que era posible encontrar la felicidad en el amor. El secreto de la felicidad, tal y como él había descubierto de muy niño, era mantener a raya las emociones y no esperar nada de nadie. Había olvidado aquella regla durante la última semana, pero debía tener cuidado de recordarla en el futuro.

Con su habitual disciplina, dejó a un lado su profunda infelicidad y se

dispuso a pensar en Johnny. ¿Por qué no tenía Alexandra en su marido la fe ciega que había mostrado por su hermano? Creer en la inocencia de Johnny iba contra toda lógica, contra toda razón. Pero ella estaba absolutamente convencida de ella. Richard recordó la pasión con la que lo había defendido y no puedo evitar plantearse su propio veredicto contra Johnny. ¡Aquello era absurdo! Los hechos gritaban su culpabilidad. Excepto por un pequeño detalle, todo encajaba perfectamente.

Excepto por un pequeño detalle… Richard continuó paseando a caballo mientras lo pensaba. El monedero. No había encontrado nada parecido al monedero que el francés le había dado a Johnny en la taberna. Johnny estaba constantemente sin blanca, eso siempre había sido motivo de broma entre ellos. Pero más tarde, cuando estuvo buscando en su habitación entre sus pertenencias para asegurase de que no había nada que contradijera la teoría del accidente, no había encontrado grandes sumas de dinero. ¿Dónde estaba el monedero? No creía que alguno de los criados se lo hubiera llevado sin dar la voz alarma. La visión del cuerpo de Johnny cubierto de sangre habría sido suficiente para que cualquiera se pusiera a gritar por la habitación. Además, los criados habían estado todo el día fuera.

Richard frunció el ceño. ¿Dónde estaba el dinero?

Transcurrido un rato, dio la vuelta y regresó a Channings. Había tomado una decisión. Haría lo que Alexandra quería, la llevaría a Londres. Su absoluta certeza de que todos estaban equivocados respecto a Johnny no podría cambiar mientras una pregunta, por muy trivial que fuera, quedara sin respuesta.

Cuando regresó se quedó desconcertado al ver que su esposa se había ido a Dorchester. Se preguntó qué iría a hacer allí. Era día de mercado, tal vez hubiera ido a distraerse. Le molestaba que no estuviera allí para poder contarle su cambio de opinión, pero podía esperar. Por suerte no estaba sola. Su mozo de cuadra, el viejo Will Osborne, que había trabajado toda su vida para su padre, la había acompañado.

Richard se metió en la biblioteca y se sentó a trabajar. Escribió una nota para el ama de llaves de su casa de Brook Street, en Londres, y otra a la rectoría ofreciendo sus excusas porque no podría asistir a la reunión. También avisó al servicio de Channings de su partida. Los criados estaban sorprendidos. El señor iba a llevar a su esposa a Londres.

Nueve

Una hora más tarde, Richard comenzó a preguntarse dónde estaría Alexandra. Llamaron a la puerta de la biblioteca y entró el ama de llaves. Tenía una expresión preocupada.

—¿Qué ocurre, señora Chowen?

—Discúlpeme, señor. La doncella de lady Deverell está fuera, y tiene algo que decirle.

Cissie entró tímidamente, saludó con una educada reverencia, miró a la señora Chowen y esperó.

—¿Y bien? —Preguntó Richard con impaciencia—. ¿De qué se trata?

—La señora Chowen creyó que debía contárselo, señor —comenzó a decir la doncella—. Cuando me pidió que hiciera las maletas de la señora para el viaje a Londres, vi que faltaban algunas cosas de la cómoda, entre ellas un camisón. Y algunos de los libros que había en la mesa de la esquina.

—¿Estás segura? —Richard se puso en pie.

—Completamente. Conozco todas las pertenencias de la señora.

Richard ahogó una exclamación y corrió escaleras arriba. Cuando entró en la habitación de Alexandra vio que Cissie tenía razón. Los artículos de aseo de su esposa no estaban, ni tampoco el diario. Cuando abrió el joyero y miró dentro de la tapa, vio que habían desaparecido las hojas del diario. En su lugar había una nota dirigida a él.

> *Richard, como no quieres escucharme, tendré que hacer esto yo sola. Me quedaré en casa de mi madrina en Londres. Por favor, no vengas a buscarme. Sería una pérdida de tiempo. Alexandra.*

Richard se quedó mirando la nota con ira creciente. Alexandra se había ido a Londres sin una palabra de advertencia, se había marchado sin darle opción a hablar del asunto ni contarle la decisión que había tomado de llevarla.

Richard se acercó a la ventana mientras trataba de poner sus sentimientos bajo control.

¿Qué hacía Alexandra camino de Londres con la única compañía de un viejo mozo de cuadra? Richard cerró los ojos. Tenía que ir tras ella, por supuesto, y eso significaba un precipitado cambio de planes. Se dirigió a la puerta y se topó de bruces con la señora Chowen, que había subido a toda prisa las escaleras y estaba resoplando.

—Will Osborne ha regresado, mi señor —le informó—. Pero ha venido

solo.

Richard pasó como un huracán delante de ella y bajó las escaleras. El mozo estaba en el vestíbulo, retorciendo el sombrero entre las manos con expresión angustiada.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Osborne? ¿Dónde está la señora?

—La señora va camino de Londres, mi señor. Tomó la diligencia en Dorchester hace más o menos una hora. No me dijo nada antes. Se subió antes de que me diera cuenta. No sabía qué hacer, así que regresé directamente aquí para decírselo lo antes posible.

—Pero, ¿por qué no te subiste con ella? —Demandó.

—¡No pude! Estaba llena y no me dejaron subir —Will Osborne parecía avergonzado.

Richard se detuvo.

—¿La diligencia, dices…?

—En dirección a Salisbury, señor. La señora no llegará más lejos esta noche. Cuando pregunté en el despacho de billetes me dijeron que era ana diligencia lenta… no llegará a Salisbury hasta las siete.

—Los Rawdon solían quedarse en el White Hart cuando iban a Salisbury, ¿verdad?

—Sí, mi señor. Son muy conocidos allí.

—Entonces allí estará ella. Gracias, Osborne. Dile a Coles que ensille dos de los mejores caballos. Tú ve a descansar un rato.

Los preparativos del viaje a Londres estaban ya muy avanzados. Lo único que Richard tuvo que hacer fue adelantar su propia partida.

Mandó a su ayuda de cámara a prepararle una bolsa de viaje, le pidió a la señora Chowen que se asegurara de que el equipaje de lady Deverell estuviera en el coche antes de la madrugada del día siguiente, y le recordó a su cochero y al jefe de cuadras que su coche de viaje tenía que estar en la posada White Hart de Salisbury antes del mediodía del día siguiente.

En menos de media hora, Richard estaba en el camino de Londres vía Salisbury. Sonrió con tristeza. Lady Deverell se iba a llevar una buena sorpresa.

Cuando la diligencia llegó a Salisbury, Alexandra tenía un espantoso dolor de cabeza. Sentía las piernas rígidas y llevaba el vestido arrugado hasta límites insospechados. También sentía la necesidad acuciante de lavarse. Salió tambaleándose del coche y fue a ver dónde estaba su bolsa.

—Deja que te ayude —dijo una voz familiar.

Con una sensación de fatalidad, se giró y se encontró a Richard sonriendo socarronamente ante sus esfuerzos de ponerse recta.

—¡Tú! —Dijo Alexandra—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—Al parecer más cómodamente que tú. ¿Qué te ha pasado?

—Ha sido un viaje espantoso —Alexandra se estremeció.

Richard la agarró del brazo y le dio su bolsa a un maletero.

—Me he tomado la libertad de cambiar tu habitación en el White Hart —dijo—. Estarás más cómoda en los aposentos que he reservado para nosotros.

Alexandra lo acompañó sin protestar al hotel, subió a las habitaciones del primer piso. Se quedó horrorizada al verse en el espejo y comprobar el aspecto que tenía.

—Por desgracia salí demasiado rápido como para traerte ropa de cambio —dijo Richard—. Pero el coche estará aquí mañana con Cissie. Entonces tendrás ropa limpia.

—¿El coche? —Alexandra torció el gesto—. Te lo decía en mi nota. ¡No voy a regresar contigo! Me voy a Londres.

Richard también había tenido un día duro, rematado por la cabalgada desde Channings hasta Salisbury.

—Si decido llevarte conmigo, regresarás a Channings tanto si quieres como si no, niña —le dijo con ira—. Si te comportas como una niña mimada, tendré que tratarte como tal.

—¿Es una niñería intentar limpiar el nombre de mi hermano? —Gritó ella enfadada.

—En este momento, a ojos del mundo, el nombre de tu hermano está perfectamente limpio. Trabajé condenadamente duro para que así fuera. Pero tú no confías en mí —aseguró con tristura—. Prefieres escuchar a ese maldito primo tuyo, alguien a quien apenas conoces. Igual que ayer permitiste que creara más problemas.

—¡No seas tan injusto, Deverell! Mark no tiene la culpa de nada de esto. ¿Por qué lo condenas sólo por decirme la verdad? Sí que jugaste aquella partida de cartas con mi padre, y sí que discutiste con él después. Mark sólo me lo contó porque yo se lo pedí cuando escuché a los criados hablar.

—¿Qué diablos sabe Mark de nada, maldito sea? Lo único que hace es meterse donde no lo llaman.

—Lo único que Mark ha hecho es apoyarme e intentar ayudarme. ¿Por qué eres tan crítico con él? ¿No será que estás celoso?

Richard estaba asombrado.

—¿Celoso yo? ¿De Mark Rawdon? ¡Dios Todopoderoso, no!

Con una exclamación de disgusto, recorrió la habitación. Luego se detuvo frente a ella.

—¿O debería estarlo? —Observó el rostro asombrado de Alexandra y alzó las manos en gesto de rendición—. No, olvídalo. No sé por qué he dicho eso. Dios Santo, ¿cómo hemos llegado a este punto? ¡Siempre estás dispuesta a creer lo peor de mí!

Richard se detuvo entonces y cuando volvió a hablar trató de hacerlo con más calma.

—No funcionará, Alexandra. Ésta no es la clase de matrimonio que quiero. Tienes que tener fe en mí o no podré…

Alexandra perdió la paciencia y gritó:

—¿No puedes qué, Richard? ¿Tratarme como una mujer adulta? Eso tampoco lo haces ahora. ¡Siempre me has tratado como a una niña!

Richard se pasó la mano por el cabello. Ya no podía más.

—Creo que necesito un poco de aire fresco.

Alexandra no se amainó. Dijo con extrema frialdad:

—Y yo quiero darme un baño después de tan horrible viaje.

—Mandaré a una criada para que te ayude —dijo él.

Se despidió con un asentimiento de cabeza y salió.

Los criados llevaron agua y llenaron el baño de la habitación de al lado, que resultó ser una especie de vestidor. Richard estuvo fuera el tiempo suficiente para que Alexandra se diera un baño y comiera algo también. Tenía los huesos destrozados, pero decidió esperar despierta. Todavía había cosas sin aclarar entre Richard y ella, y estaba decidida a resolverlas aquella noche. Cuando él entró, estaba sentada al lado del fuego.

—Pensé que estarías dormida —dijo Richard con frialdad.

—Te estaba esperando. Tenía que hacerte entender que no voy a regresar a Channings.

—¿Nunca? —Preguntó él sin asomo de emoción alguna.

Alexandra dio un respingo.

—¿Por qué dices eso? No es eso lo que quiero decir en absoluto. ¡Channings es mi casa! Me refiero a que le he escrito a mi madrina para decirle que voy a pasar unos días en Londres y preguntarle si puedo quedarme en Curzon Street con ella. Me estará esperando.

—Entonces se llevará una desilusión.

—Richard, te he dicho que… —comenzó a decir ella acaloradamente.

—Antes de que sigas —la interrumpió Richard—, deja que te diga lo que yo tengo en mente. Tenía pensado contártelo hoy a primera hora cuando regresé a Channings, pero por supuesto no esperaste. El coche llegará aquí mañana, y viajarás conmigo a Londres con más comodidad que la que has encontrado en la diligencia. Ya he mandado recado al ama de llaves de Brook Street para que nos prepare la casa. Estoy seguro de que tu madrina lo entenderá cuando le explique que al final he podido acompañarte.

A Alexandra se le iluminó la cara.

—¡Richard! —Exclamó—. ¡Has cambiado de opinión!

Pero él no alteró su expresión, y tras un instante la alegría de Alexandra se desvaneció.

—No creo que hayas cambiado de opinión sobre Johnny —dijo apartando la vista—. ¿Por qué has decidido venir conmigo a Londres?

—Porque sabía que dijera lo que dijera, encontrarías la manera de ir tarde o temprano. Alguien tenía que evitar que anduvieras por allí despertando

nuevas sospechas sobre la muerte de Johnny, así que decidí que era mejor que estuviéramos juntos para poder tirarte de las riendas.

—¿De veras? —Preguntó ella con frialdad—. Tú me consideras una niña, ¿verdad?

—Es un mundo que tú no comprendes. Un mundo que yo conozco muy bien.

—¿Y eso qué cambia? Tú crees que Johnny es culpable, y yo no.

—Lamento tener que decir que eso es verdad, pero…

Richard se apartó de ella y le dio la espalda.

—Tu fe ciega en él es muy persuasiva. Me haces recordar al Johnny que pensé que conocía. Las cosas que hizo aquella noche eran completamente opuestas a él. De hecho, si no hubiera estado bebiendo tanto, no les hubiera encontrado ninguna explicación —se giró de nuevo—. Pero sigo sin poder pensar que es inocente, Alexandra. Aunque no creo que pueda ignorar lo que dijiste tan completamente como pensé que podría.

Alexandra se sintió conmovida, pero intentó no demostrarlo. Por muy pequeña que fuera, aquélla era la primera prueba de que tal vez tuviera alguna influencia sobre él. Una llama de esperanza se encendió en su corazón.

Hubo un silencio. Luego Richard añadió:

—Además, existe una pequeña discrepancia respecto a los hechos de aquella noche. No creo que pueda probar nada, pero existe.

—¿De qué se trata? —Preguntó ella intrigada.

—Del monedero que el francés le dio a Johnny. Te dije que lo vi cuando se lo entregó. Pero luego no estaba en su habitación. Ni tampoco había ninguna cantidad importante de dinero. ¿Qué pudo haber hecho con él?

—Nada —respondió Alexandra con impaciencia—. Porque ni siquiera estuvo en la taberna.

—¡Eso no sirve! Si no estuvo allí, ¿cómo es posible que la capa y el sombrero estuvieran en su habitación menos de una hora después de que yo hubiera visto a alguien idéntico a Johnny con ellos puestos en la taberna?

Alexandra suspiró y se llevó una mano a la cabeza. Le seguía doliendo.

—No puedo explicarlo. Y no creo que pueda seguir pensando nada más esta noche. Tengo que irme a la cama. Pero me alegro de que hayas decidido, sea cual sea la razón, que debemos ir a Londres después de todo. La respuesta debe estar allí… ¿Qué estás haciendo? —Preguntó entonces con voz trémula.

—Desvestirme. ¿No lo ves?

—Pero, ¿no puedes hacerlo en tu propia habitación?

—Ésta es mi habitación, Alexandra. El White Hart tiene un límite de habitaciones, y sin duda esta cama es lo suficientemente grande para los dos. Hace poco hemos compartido una sin ningún problema.

—Eso… eso era distinto.

—Sí, lo era. Desde luego que sí —murmuró—. Pero seguimos estando casados. No es ningún delito compartir cama. Pero no, no te preocupes —

aseguró con impaciencia. Tal y como tú has dicho, ahora es distinto. Estás a salvo de mis atenciones. En este momento no tengo ganas de cumplir con un «acuerdo matrimonial», y te aseguro que tras el agotamiento de hoy tampoco tengo la fuerza ni las ganas de fingir que te amo.

Alexandra se metió en silencio en la cama y se quedó tumbada muy rígida en el extremo de la cama. Richard se metió en el vestidor, desde donde ella escuchó cómo se lavaba con el agua. Luego regresó, apagó la vela y se tendió a su lado. La única luz de la habitación era la que prevenía del fuego de la chimenea. Enseguida, lo único que se escuchó fue la respiración acompasada de Richard. Estaba dormido al otro lado de la cama. Alexandra contuvo una lágrima y trató de prepararse para el sueño.

Se despertó por la noche y se encontró entre los brazos de Richard. Medio dormida, cálida y confortable, se estiró para tocarle la cara. Él se le subió encima y pronto estuvieron besándose apasionadamente, enlazados mientras sus cuerpos se unían. Pero no hubo palabras de amor, nada de la deliciosa ternura de sus recientes noches juntos. Y cuando hubieron acabado, Richard se apartó y regresó al otro lado de la cama. El abismo había quedado más marcado que nunca. Transcurrió mucho tiempo antes de que Alexandra pudiera volver a dormirse.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Richard ya se había levantado y estaba sentado al lado del fuego frente una mesa con el desayuno preparado. Estaba leyendo el periódico. Alexandra se levantó y se dirigió al vestidor sin hablar. Su ropa del día anterior estaba doblada sobre una silla, y tras lavarse la cara con el agua de una palangana, se la puso.

—Nos quedaremos aquí hasta que llegue el coche. Puedes cambiarte aquí —dijo Richard cuando ella entró y se sentó en la mesa. Dobló el periódico.

—Por favor, sigue leyendo si lo deseas —dijo Alexandra—. Después de todo, a estas alturas somos un viejo matrimonio, ¿verdad?

Su voz resultó más acida de lo que esperaba, y Richard compuso una mueca y volvió a abrir el periódico. Transcurridos unos instantes, Alexandra dijo con voz tensa:

—Lo siento. Por favor, habla conmigo, Richard.

—¿De qué quieres que hablemos? Si estás esperando que me disculpe por haber incumplido anoche mi palabra, entonces lo haré. No puedo explicar por qué ocurrió. Tal vez se debió a la cercanía.

—Eso es posiblemente lo más insultante que podrías haberme dicho.

—Lo siento si te he ofendido. Pero me encargaré de que no vuelva a ocurrir. En el futuro me aseguraré de que tengamos habitaciones separadas.

Alexandra tragó saliva y cambió de tema.

—¿Tienes algún plan para nuestra estancia en Londres?

—No es temporada alta, por supuesto, pero hay suficientes diversiones.

—No quiero divertirme —respondió ella con voz pausada—. Quiero hacer averiguaciones sobre Johnny.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Hablando con sus amigos. Averiguando qué hacía los días anteriores a su muerte.

—¡Una idea excelente! ¿Y dónde encontrarás a esos amigos suyos… suponiendo que estén en la ciudad? ¿Llamarás quizá a la puerta de sus habitaciones?

—No… no lo he pensado.

—Tal vez les resulte algo extraño.

—Estoy segura de que podrías ayudarme si quisieras. Pero tal vez no quieras.

—Sí quiero. Te voy a llevar al teatro, a conciertos, a fiestas de amigos… ¿Sigo?

—Gracias —respondió ella mordiéndose el labio—. Ya has dejado clara tu postura.

Richard suavizó un tanto su expresión al ver las señales de su angustia.

—Perdóname. Creo que no te das cuenta de lo difícil que es esto… te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Eso servirá?

Alexandra asintió. Tendría que servir. Richard estaba todavía más enfadado con ella de lo que pensaba que estaría. Para ser justos, si ya tenía planeado llevarla a Londres tenía sin duda razones para estar furioso por el modo en que había salido corriendo sin avisar. Alexandra comenzó a caer en la cuenta del daño que le había hecho.

El coche llegó puntual, y en menos de una hora estaban camino de Basingstoke, donde iban a pasar la siguiente noche. Iban solos en el coche. Cissie y Phillips viajaban con el equipaje en un segundo vehículo que habían alquilado en Salisbury. Durante un rato avanzaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Luego Richard pareció despertarse y comenzó a señalar puntos de interés por el camino. Hablaba como lo haría con un primo lejano, o con un niño que necesitara distracción.

Alexandra no podía soportarlo. Haciendo un esfuerzo por romper la barrera que había entre ellos, de pronto dijo:

—He estado pensando en nuestra conversación de la noche anterior. Hay un asunto en particular que me gustaría aclarar. Cuando te pregunté si estabas celoso de Mark…

—¡Por favor! No tenía que haber dicho nunca eso. Lo que me provoca celos es la influencia que parece tener sobre ti. Te hace desconfiar de mí.

—¡Eso es una tontería! —Alexandra estaba confusa. La conversación no estaba yendo por donde ella quería.

—Siempre que habla contigo provoca una pelea entre nosotros. Y creo que

ésa es su intención.

—¡Pero tú fuiste quien persuadió a mi padre para que respondiera a su carta de condolencia, y para que lo recibiera después en Rawdon! Y Mark lo sabe. Además, si tú no hubieras ido a Northampton a hablar con él en un principio, nunca hubiera sabido que era el heredero de Rawdon.

Richard la observó pensativo.

—¿Tú crees que no? Me pregunto…

—No te arrepientes de haberlo llevado a Rawdon, ¿verdad? No debes. Piensa en lo feliz que eso hizo a mi padre.

—Sí, eso es cierto, pero realmente no era cosa mía llevarlo a Rawdon. Una vez que se conoció la existencia de Mark Rawdon, era seguro que apareciera antes o después. Yo sólo me aseguré de que fuera antes.

Se detuvo un instante, y luego dijo haciendo un esfuerzo:

—Me gustaría que me hicieras un favor si puedes, Alexandra. Estate en guardia cuando hables con Mark Rawdon.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Preguntó obstinadamente—. Estas siendo muy suspicaz. Mark es mi único pariente vivo, y estoy segura de que me aprecia. El hecho de que en ocasiones vea las cosas de distinto modo que tú no significa que no pueda confiar en él, ¿no crees?

Richard apretó los labios. Transcurrido un instante, dijo:

—La confianza es un asunto difícil en este momento, ¿no crees? Tendría que haber sabido que no te convencería nada de lo que dijera. Olvidemos el asunto.

Se estaban acercando a una ciudad más grande, Basingstoke. Alexandra suspiró. Era inútil. Richard se mostraba completamente irracional al respecto de Mark. La perspectiva de una reconciliación se alejaba a cada minuto que pasaba.

La Posada de la Corona, en Basingstoke, no estaba en absoluto llena, y Richard encargó dos habitaciones y un gabinete privado. Dieron un pequeño paseo por la ciudad y luego cenaron juntos antes de retirarse. Él estuvo educado y atento, pero no hizo ningún esfuerzo por iniciar una conversación seria, y cuando llegó el momento, le dio las buenas noches de manera formal y se fue a su habitación. Una vez más, a Alexandra le costó trabajo dormirse.

Diez

Llegaron a Brook Street a primera hora de la tarde, y tras descansar un rato y refrescarse, fueron a cenar a casa de lady Wroxford, la madrina de Alexandra. La dama sacó el tema de Johnny.

—Me quedé desolada cuando me enteré, Alexandra. ¡Qué accidente tan horrible! ¿Prefieres no hablar de ello? —Le preguntó con dulzura.

Alexandra negó con la cabeza.

—Me gustaría que me hablaras de la vida que llevaba Johnny en Londres las semanas previas a… su muerte. Sé muy poco de esa etapa, y tal vez así lo sienta más cerca.

—Bueno, si eso es lo que crees… —dijo lady Wroxford insegura—. Pero seguro que lord Deverell te habrá contado cosas…

—Yo estuve fuera de Inglaterra la mayor parte de aquel año, señora —dijo Richard—, así que lo vi menos que sus otros amigos. ¿Puede ayudarnos? ¿Usted veía mucho a Johnny?

Lady Wroxford frunció ligeramente el ceño.

—Yo no diría tanto —dijo despacio—.Vino a dos o tres fiestas que yo celebré, pero tenía su propio círculo, jóvenes solteros como él. Me gustaba mucho que viniera. Era muy divertido. ¿Estás segura de que quieres hablar de él, Alexandra?

—Sí, lo estoy. ¿Y sus amigos? Supongo que se quedarían tan sobrecogidos como nosotros con su muerte.

—¡Oh, sí! El joven Stephen Hargreaves estuvo varias semanas profundamente afectado. Nunca lo he visto tan callado. Era uno de los compañeros de juerga de Johnny —vaciló un instante—. Tengo que decir que ojala hubiera regresado usted antes de Viena, lord Deverell. Johnny lo hubiera escuchado.

—¿En qué sentido?

—Creo que se estaba volviendo demasiado imprudente. Corrían rumores de que estaba muy endeudado —miró a Alexandra con incomodidad—. Intenté hablar con él, pero por supuesto no tenía ninguna autoridad sobre él. Se rió de mí y se burló, ya sabes cómo era.

—¿Endeudado? ¡Pero papá le pasaba una renta muy grande!

—Sí, sí. La gente exagera.

—¿Parecía preocupado, madrina? ¿Infeliz?

—¡Oh, no, Alexandra! Tal vez aburrido, pero desde luego no infeliz. No pienses en eso.

—En cuando a esos amigos… ese tal Stephen Hargreaves… no era del ejército, ¿verdad? —intervino Richard.

—No, a Stephen le gustan demasiado las comodidades. Su madre es amiga mía. ¿Queréis que lo invite a cenar una noche? Siempre me reía cuando los veía juntos. Stephen tiene el pelo tan rojo como Johnny.

—¿De veras? —Preguntó Alexandra.

—Sí. Ellos solían bromear al respecto —lady Wroxford les sonrió a ambos—. Entonces está hecho. Invitaré al joven Hargreaves cuanto antes para que lo conozcáis.

Cuando una hora más tarde llegaron a su casa de Brook Street, Richard acompañó a Alexandra a su habitación, donde Cissie la estaba esperando. Pero se detuvo antes de entrar y dijo:

—Confío en que me disculpes un rato. Todavía es temprano. Si no tienes objeción, hay un par de llamadas que quiero hacer esta noche.

Alexandra estaba tan cansada que no se le ocurrió nada que decir. Se limitó a asentir. Richard vaciló. Y entonces, como si sintiera la necesidad de dar explicaciones, continuó:

—Confío en conocer a alguien que puede ayudarnos. Cuanto antes empecemos con las pesquisas, mejor.

—No tienes por qué darme excusas —aseguró Alexandra con frialdad—. Lo comprendo perfectamente. No puedes esperar a visitar tus clubs. Intenta no despertarme cuando llegues.

Richard apretó los labios, se inclinó en gesto de despedida y salió.

Las salas del club no estaban tan abarrotadas como durante la temporada, pero Richard fue recibido con entusiasmo por varios amigos.

—Querido compañero —lo saludo sir Charles Stainforth, uno de los mayores cotillas de Horse Guards—. ¡Cuánto lo hemos echado de menos! Todo quedó hecho un caos tras su partida. ¿Por qué diablos no pudo Wellington dejarlo con nosotros? Aunque supongo que le sería útil en Waterloo.

—Vamos, sir Charles. Aquel lugar siempre fue un caos, conmigo o sin mí. Además, si no recuerdo mal, tenían otro asunto importante con el que lidiar, ¿verdad?

—¿Otro asunto?

—Me refiero a la filtración de información…

—¡Ah! El espía que había entre nosotros. Usted se encargó un tiempo de esa investigación, ¿verdad? Pero se marchó a Bélgica antes de que todo se descubriera.

—¿Qué se descubrió? —Preguntó Richard con sumo cuidado.

—Nunca se hizo público. Ese tipo despreciable no era precisamente un

profesional. Sólo un imbécil desesperado. Lo hizo por dinero, por supuesto. Pasaba mucho tiempo en las mesas de cartas, haciendo apuestas que no podía afrontar. Al final estaba endeudado por miles.

Sir Charles le sonrió.

—Pero tuvo suerte. Nunca se pudo demostrar nada contra él. Todo se mantuvo en secreto.

—¿Y… qué fue de él? —Richard se puso tenso.

Sir Charles pareció sentirse algo culpable.

—Oh, Dios, ¿no lo sabía? No hubiera dicho nada si no pensara que ya lo sabía. Creí que era amigo suyo.

A Richard le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba a punto de oír que todos sus esfuerzos por salvar la reputación de Johnny habían sido en vano? Sintió un inmenso alivio cuando sir Charles continuó.

—Ah, se me olvidaba que por aquel tiempo estaría demasiado ocupado lidiando con la muerte de Johnny Rawdon. Qué triste fue aquello, era un tipo excelente.

—Sí, lo era. ¿Qué estaba diciendo del espía?

—¿Espía? No, para nada, Deverell. No se puede decir que Henry Seymour fuera un espía, sino un completo estúpido. Por lo que yo sé, nunca entregó a los franceses ninguna información importante.

—¿Cómo puede estar nadie seguro de eso? Sin duda Wellington no estuvo nunca al corriente de la historia. Se hubiera asegurado de que colgaran a Seymour.

—Tengo que decir que eso me parece un tanto drástico.

—¿Para un espía en tiempos de guerra? ¿Qué fue de él?

—Seymour tenía un par de contactos buenos, ya sabe, y consiguió que las cosas se silenciaran. Le pidieron que se retirara, pero él ya no estaba en Londres, sino que se había ido ya a su casa de Dulwich. Así que le dijeron que no regresara más. Nunca. Todo se hizo con mucha discreción.

—Entonces, ¿fue Seymour? Nunca lo hubiera imaginado.

Sir Charles parecía preocupado.

—No se lo dirá a nadie, ¿verdad, Deverell? Todo está muerto y enterrado ya. Es mejor olvidarlo.

—Por supuesto.

A la mañana siguiente, mientras lady Wroxford se llevaba a Alexandra de compras para renovar su guardarropa, Richard viajó a Dulwich, donde le pidió a un sirviente pobremente vestido que le llevara su tarjeta al señor Henry Seymour.

Lo dejó esperando en el recibidor, donde no había muebles. Varias manchas más claras en la pared verde oscuro revelaban los lugares donde antaño colgaron cuadros.

El criado regresó y lo guió a través de varias habitaciones pobremente amuebladas hasta llegar a un estudio situado al final de la casa. Allí, sentado frente a un fuego bajo, estaba Henry Seymour, una sombra del hombre que Richard había conocido, mal afeitado y sin peinar. Al recordar al hombre elegante y pulcro con aquel aire de gato bien alimentado que lo rodeaba, Richard se sintió súbitamente entristecido por su estado actual.

Seymour no hizo ademán de levantarse.

—¿Qué diablos quieres, Deverell? ¿Vienes a leerme la cartilla?

—No deseo leerle la cartilla a nadie. Lo que quiero es un poco de información.

—Siéntate y tómate algo —Seymour señaló con un gesto la botella de brandy que estaba en una mesa al lado de su silla.

—Gracias.

Unos ojos hundidos se clavaron en Richard.

—Me sorprende que quieras beber con un traidor.

—Una vez fuimos amigos —dijo Richard sin alterar la voz. Seymour volvió a posar la vista en el fuego—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Y a ti eso que te importa? —Y luego, tras una pausa, añadió—, no lo entenderías. Dinero, Deverell, dinero. Necesitaba dinero para pagar mis deudas de juego.

Seymour hizo un gesto para abarcar la casa y sus alrededores.

—Y al final, esto es lo único que me queda. Y lo que me pagó el ministerio de la Guerra no bastó ni por asomo —se detuvo un instante—. Lo que hice está mal. Eso lo se. Pero juro que siempre tuve cuidado de no darles nada que pudiera resultarles de utilidad.

—¿Cómo puedes saberlo?

Tras un largo silencio, Seymour dijo:

—Tienes razón, por supuesto. No podía saberlo. Pero cuando me pidieron que les entregara algo grande… algo que yo sabía que era vital, dije que no. Entonces fue cuando me di cuenta de que no podía continuar.

—Así que te negaste. ¿Qué era lo que querían?

—Tú debes saberlo. Papeles, planos de las bases de resistencia de los aliados. Johnny Rawdon y tú os ocupabais de ellos.

Richard entornó los ojos.

—¿Cómo diablos supiste tú de su existencia?

Seymour se puso en pie y le dedicó a Richard una sonrisa compasiva.

—Vamos, Deverell —dijo—. Tal vez tú fueras la discreción personificada, pero Johnny Rawdon hablaba con todos y con cualquiera, sobre todo si había tomado una copa de más. No sé cómo se enteró mi amigo francés de su existencia, yo no se lo conté, si eso es lo que piensas. Supo de su existencia antes que yo y quiso que los robara para él. Ahí fue cuando recuperé la cordura y le dije que no lo haría.

—Tuviste mucha suerte. Estábamos a punto de desenmascararte.

Sabíamos que aquella noche se había concertado un encuentro en la taberna del Gallo.

—No me hubieras encontrado allí a mí. Había quedado el día anterior con Bénuat, el agente francés, y se había mostrado tan desagradable que decidí no volver a verlo nunca. Aquella noche ya estaba fuera de Londres.

Richard lo miró pensativo y luego exhaló un suspiro y asintió.

—Te creo. Una cosa más: ¿Mencionó Bénuat alguna vez a otra persona, a otro contacto?

Seymour sonrió con desaliento.

—No teníamos tiempo para cotilleos. Nuestros encuentros eran muy rápidos, como puedes imaginar. Pero cuando le dije que no le conseguiría aquellos papeles, dijo que tendría que buscarse a otro que lo hiciera. No se me pasó ni un instante por la cabeza que lo consiguiera.

Richard se puso en pie.

—Te debo un favor, Seymour. Has sido muy paciente conmigo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Alguien a quien quieras enviarle un mensaje?

Henry Seymour sonrió con malicia.

—Gracias, pero no. Eres la primera visita que tengo desde que ocurrió aquello. No merezco más, pero llevo una vida muy solitaria.

—Te llamaré antes de regresar a Somerset —aseguró Richard—. Por cierto, ¿sabes que me he casado?

—¿Cómo iba a saberlo? No tengo contacto con nadie. ¿Quién es la afortunada?

—La hermana de Johnny Rawdon.

—¿La encantadora Alexandra? ¡Menuda suerte! ¿Y cómo está Johnny?

Tras un instante de silencio, Richard dijo:

—Realmente estás desconectado, ¿verdad? Johnny murió.

Seymour mostró un impacto genuino.

—¡No sabía nada! Murió en acto de servicio, ¿verdad?

Quedaba claro que Henry Seymour no establecía ninguna conexión entre Johnny Rawdon y el agente francés. Así que Richard contestó evasivamente:

—Algo parecido. Lo siento, tengo que irme.

Richard se puso en pie y dejó a su anfitrión sirviéndose una copa y gritándole a su criado que echara más troncos al fuego.

Alexandra lo estaba esperando cuando regresó. Ya estaba vestida para la cena, hermosísima con un vestido de seda blanca y encaje. Llevaba unas perlas en el cabello como único adorno.

Richard deseaba más que nada en el mundo abrazarla, que respondiera a él como había hecho no hacía mucho durante aquel breve espacio de tiempo. Que su amor y su ternura limpiaran los sentimientos de tristeza y traición que habían despertado en él la visita de Henry Seymour.

Pero eso no era posible.

—Espero que te hayas divertido viendo a tu amigo —dijo Alexandra.

—Fue… más bien deprimente —respondió él—. ¿Cómo te ha ido a ti el día? ¿Has comprado muchos vestidos? Pareces emocionada.

—¡Y lo estoy! Pero no por la ropa. Lady Wroxford nos ha invitado esta noche a cenar otra vez. ¡Y se las ha ingeniado para convencer a Stephen Hargreaves para que venga! Estoy deseando conocerlo. Es un sospechoso firme. Pelirrojo y amigo de Johnny, por lo que sabría a qué se dedicaba… ¡Seguro que fue a él a quien viste en la taberna!

Esperó un instante, y luego dijo con impaciencia:

—No parece que te interese demasiado. ¿Por qué no? Yo tengo claro que esta noche obtendremos nuestras respuestas. ¿Cómo lo tratamos?

—¿No crees que te estás precipitando un poco? Ni siquiera conoces a ese hombre aún.

—No, pero tengo el presentimiento de que es él. Ya lo verás.

Once

La cena de aquella noche estuvo muy animada. Lady Wroxford había invitado a mucha gente, incluido Stephen Hargreaves y un par de antiguos compañeros de Johnny. Pero transcurridos los primeros diez minutos en compañía del joven señor Hargreaves, quedó muy claro, incluso para Alexandra, que no podía ser el misterioso hombre de la capa, fuera pelirrojo o no.

Tal vez fuera un alegre compañero de borracheras, pero nadie tan ingenuo podría sobrevivir ni cinco segundos en el peligroso mundo del espionaje.

Después de la cena, Richard dijo con voz pausada:

—No estés tan abatida, Alexandra. Puede que Hargreaves no sea nuestro villano, pero puede resultarnos de utilidad. Ve y habla con él de tu hermano mientras yo charlo un instante con los demás.

Alexandra no parecía muy convencida, pero hizo lo que le decía.

Hizo falta algo de tiempo para centrar la conversación en Johnny. El señor Hargreaves mentía inclinación por entretenerse en sus actividades más recientes. Pero por fin consiguió convencerlo para que hablara de su hermano.

—Todavía echo de menos a Johnny —aseguró con pesar—. Era un tipo muy divertido.

—Eso creo yo también —dijo ella—. Tengo entendido que tú lo veías mucho. ¿Lo viste el día que murió?

El señor Hargreaves frunció el ceño mientras pensaba.

—No, no lo vi —dijo finalmente—. Pero es extraño. Me lo encontré dos veces el día anterior. Era miércoles. Y eso resultó aún más raro.

—¿Porqué?

—La primera vez vino a mis habitaciones. Era condenadamente temprano. Y se comió la mitad de mi desayuno… Johnny siempre tenía hambre.

—¿Para qué había ido a verte?

—Me dijo que se iba a encerrar todo el día en Horse Guards con uno de los jefazos. Johnny trabajaba allí.

—Sí, ya lo sé.

—¡Por supuesto! Eres su hermana, ¿verdad?

—Exacto —dijo Alexandra conteniendo la impaciencia—. Y entonces, ¿qué era tan extraño?

—Dijo que había mucho lío con unos papeles… no sé dónde estaban, no presté demasiada atención, la verdad. Pero Johnny tenía que estar ahí. Contaba con tener el día libre, así que no estaba muy contento, te lo aseguro. Ni yo

tampoco. Bueno, ya se que estábamos en guerra y todo eso, pero no deberían interferir con los compromisos anteriores de una persona, ¿no? Dije que tenía que contarles que habíamos quedado para ir a Dartford, ¿sabes? ¿O era Dartford? No, era Dartford. Pero Johnny no cambió de idea. Dijo que tenía que cumplir con su deber.

—¿Y qué pasaba en Dartford?

El señor Hargreaves frunció el ceño mientras pensaba.

—Había una feria. Y también nos dijeron que habría espectáculo de lucha libre. A Johnny le encantaban esas cosas. Pero entonces va y me dice que no puede ir después de todo.

Richard se había unido a ellos.

—Recuerdo que me mencionó esa feria —dijo—. Tienes razón, estaba deseando ir. Pero no fue…

—No. Por eso me sorprendió cuando volví a verlo más tarde aquel mismo día.

—¿En Dartford?

—¡No, no! No tenía ningún sentido ir solo. Eso no hubiera sido divertido. Así que me quedé en la ciudad y fui a ver a mi sastre. Es un sastre estupendo, la verdad. Aunque no tanto como Weston, por supuesto.

—Entonces, ¿dónde viste a Johnny?

—¿A quién? ¡Oh, Johnny! Sí, fui a ver a este sastre, como decía, y luego iba caminando por Piccadilly y allí estaba Johnny, más chulo que un ocho, andando por la otra acera. ¡Qué te parece! Me enfadé mucho, claro.

—¿Él qué dijo?

—Nada. Al principio no pude cruzar, había demasiado tráfico en la calle, así que lo saludé con la mano. Él me vio, pero no se detuvo. Y entonces, cuando conseguí cruzar, ya no lo alcancé. Por la prisa que llevaba se diría que no quería hablar conmigo.

Alexandra miró a Richard con ansiedad. Aquello no era en absoluto lo que esperaban oír.

—Tal vez… tal vez lo hubieran mandado a algún recado desde Horse Guards y tuviera prisa por volver —dijo ella alegremente.

—Eso debió de ser —respondió el señor Hargreaves con una sonrisa—. No era propio de Johnny hacerle un feo a un amigo sin una buena razón.

Siguieron hablando unos minutos más, pero el joven ya no añadió nada más de interés, y durante el resto de la velada, Alexandra y Richard se mezclaron con el resto de la gente. Tendrían que esperar a otro momento para tener una conversión privada.

—Si no estás muy cansada, me gustaría hablar contigo sobre lo que hemos averiguado hoy —dijo Richard cuando por fin regresaron a Brook Street.

—Me parece bien. ¿Estás… estás de acuerdo con que hablemos en mi

habitación? Estaremos más cómodos allí. Le pedí al ama de llaves que encendiera el fuego.

—De acuerdo. Iré a tu habitación un par de minutos, pero no me quedaré mucho.

En un principio había entre ellos un inevitable aire de reserva, pero se sentaron cada uno en una butaca a comentar el día. Richard habló tronero. No había averiguado nada de su conversación con los demás invitados de lady Wroxford. Ninguno había encontrado nada poco habitual en el comportamiento de Johnny ni en sus últimos días ni antes. Nadie lo había visto tampoco hablando con desconocidos. Todos dijeron que estaba bebiendo mucho, pero no les parecía extraño.

Luego hablaron de lo que Stephen Hargreaves había dicho. Richard comentó con una sonrisa:

—Por cierto, te dije que no sabías nada del mundo de Johnny, Alexandra, y tenía razón. La idea de que se pueda enviar a un oficial a «hacer un recado», cuando en Horse Guards hay tantos mensajeros que no se puede ni andar, es tan ridícula que sólo un estúpido como Hargreaves podría creérsela.

Alexandra se molestó y dijo:

—Sólo quería apartar cualquier sospecha de Johnny. ¡Y deberías al menos reconocerme mi labor con el señor Hargreaves!

—No me digas que todavía sospechas que es el villano. Eso sí que sería una sorpresa…

—Sabes que no —suspiró Alexandra—. Me equivoqué con él. Tenía muchas esperanzas, pero lo único que al parecer hemos sacado es que el día antes de su muerte, Johnny estaba metido en algo que no quería que sus amigos supieran.

—No estés tan desanimada —dijo Richard con brusquedad—. Tal vez esta noche no hayamos conseguido mucho, pero tengo algo más que contarte. He averiguado que, hiciera Johnny lo que hiciera, él no fue el traidor que llevábamos meses buscando dentro de Horse Guards. Eso al menos es algo.

Entonces, al ver que Alexandra lo miraba esperanzada, sacudió la cabeza.

—No, Alexandra, tampoco es para entusiasmarse. No exculpa a Johnny del otro asunto. El traidor ni siquiera estuvo en Londres aquella noche. Ni se parece lo más mínimo a Johnny.

Alexandra bajó la vista.

—¡Otra desilusión! —Afirmó con amargura.

—Todavía nos queda gente por ver, preguntas que hacer. No hemos terminado.

La voz de Richard resultaba más enérgica que solidaria.

—Lo sé —respondió ella apesadumbrada—. Pero por un maravilloso instante pensé que todo había terminado —alzó la vista—. Si hubiéramos encontrado pruebas para convencerte, habríamos regresado enseguida a Channings. Tal vez para comenzar de nuevo. Tal vez para recuperar ese mundo

que tuvimos durante tan corto espacio de tiempo.

Richard se puso de pie y le dio la espalda con la vista clavada en el fuego.

—No creo que eso sea posible —aseguró sombrío—. Ni siquiera me parece que fuera real.

—Sí lo fue.

—Tal vez en el momento, pero resultó ser una quimera. La primera sombra de duda lo destruyó todo. ¿Qué clase de realidad es esa? No querida, es mejor olvidarlo.

Habló con un tono tan frío y tan impersonal que Alexandra sintió un escalofrío. Se puso de pie y le colocó la mano en el brazo.

—Richard, por favor, no… no estés tan distante —le suplicó—. Dijiste que me amabas. ¿Era mentira?

Él se giró para mirarla y Alexandra fue consciente del control del que estaba haciendo gala. Durante un instante hubo tanta ira en sus ojos que ella dio un paso atrás.

—¡No, maldita sea, no era mentira! —Dijo salvajemente—. ¿Por qué otra razón estaría aquí en Londres, cuando quiero estar en mi casa, en Somerset? ¿Por qué estoy reabriendo heridas, despertando viejos escándalos cuando llevo años deseando que llegara el momento de olvidar, de sanar, de construir una vida nueva en Channings? ¡Pero me has pedido ayuda y, tanto si Johnny es inocente como si no, te la estoy dando porque te amo! Y te lo digo, estoy cansado de tus dudas.

Se detuvo un instante para tomar aliento y luego se dirigió hacia la puerta.

—Y ahora, si no te importa —dijo con voz cansada—, me voy a mi habitación. Buenas noches, Alexandra.

Ella supo de pronto que no quería verlo marcharse.

—Richard —susurró con voz suave—. Podrías… podrías compartir habitación conmigo esta noche si quieres.

Él se detuvo en el umbral de la puerta. Era tan alto que casi daba con la cabeza en el marco.

—¿Por qué? ¿A modo de recompensa? ¿Por trabajar bien, y encontrar parte de las respuestas? —Volvió a entrar en la habitación y se acercó a ella—. ¿O es que tienes necesidad de compañía? ¿Es eso? —Sacudió la cabeza—. Sea como fuere, mi respuesta es la misma. Gracias, pero me temo que debo rehusar. Pídemelo cuando no tengas dudas y tal vez mi contestación sea otra. Pero hasta entonces, dormiré solo.

Había sido una estúpida al proponerlo.

—Muy bien —dijo Alexandra con frialdad—. No sé cuánto tiempo llevará eso. Depende en gran parte de los esfuerzos que hagas para convencerme. Pero tal vez deberías empezar por dejarme acompañarte en algunas de esas incursiones tuyas.

Richard pareció sopesar durante un instante los pros y los contras.

—De acuerdo. Mañana vendrás conmigo. Tengo previstas dos visitas. No

pensaba llevarte a la primera de ellas, pero tal vez te venga bien ver la miseria en la que viven otras personas. Te espero abajo a las diez en punto. Y ponte algo discreto.

Dejaron el coche en una posada de las afueras de la ciudad y luego caminaron como unos cien metros. Cien metros, pensó Alexandra, pero parecía que estuvieran en otro país. El hedor resultaba insoportable. Por las calle corría un agua sucia y a ambos lados de la misma se amontonaba la basura. Niños sucios y harapientos corrían descalzos, gritando y golpeándose con sus manos sucias. Alexandra trató de no mirar, pero le resultaba imposible. Richard apretó su bastón con una mano mientras la sujetaba con la otra.

—¿Adonde vamos? —Preguntó ella.

—A visitar a un antiguo sargento mío. Resultó herido en Waterloo y me temo que desde que se firmó la paz ha vivido momentos difíciles. Una de las cosas que quería hacer al llegar a Londres era averiguar donde vivía y cómo le va. Parece que no muy bien.

Llegaron a una casa un poco apartada del resto y todavía más miserable que las demás.

Dentro había poca luz. En medio de la única habitación había una mesa con un banco a cada lado. En uno de ellos estaba sentado un hombre. Llevaba un uniforme viejo que le quedaba grande, como si hubiera perdido mucho peso. El hombre parecía limpio, pero su rostro reflejaba dolor. Sin duda se trataba de un enfermo, pero lo rodeaba un aire de estoicismo que provocó un nudo en la garganta de Alexandra.

—¿Sargento Chalmers?

El hombre miró a Richard y trató de ponerse al instante de pie con ayuda de un bastón.

—¡Capitán Deverell! ¡Señor!

Richard se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Siéntese, siéntese. ¿Qué diablos hace en un lugar así?

—No tengo donde ir, señor —el sargento volvió a sentarse—. No puedo trabajar, ya ve.

—Bueno, me alegro de haberlo encontrado. No puede quedarse aquí, y necesito un hombre como usted en Somerset.

Al ver que Chalmers parecía dubitativo, Richard aseguró con firmeza:

—No se trata de caridad. Usted es uno de los hombres más mañosos que conozco para los arreglos. Necesitamos a alguien como usted en Channings. No se preocupe, le pagaré un sueldo. Diga que vendrá conmigo.

—Sí, capitán. Con mucho gusto. Y gracias.

—No me de las gracias. Y permítame que le presente a mi esposa.

—¡Su esposa! —El sargento hizo un esfuerzo por levantarse y se inclinó como pudo—. Encantado de conocerla, señora.

Richard ayudó a Alexandra a sentarse frente al sargento y luego se puso a su lado.

—Mi esposa quiere hablar con usted del capitán Rawdon. Era su hermano.

El sargento frunció el ceño.

—¿El capitán Rawdon? —Preguntó con cautela.

—Así es —dijo Alexandra—. Me han contado lo que se supone que sucedió la noche que murió.

—Mi esposa no cree que su hermano fuera culpable.

—Es natural —el sargento cabeceó con empatía—. Pero no sé en qué puedo ayudar yo. El capitán lo sabe… hicimos todo lo que pudimos en ese momento —miró a Richard.

—Dígame por qué está tan seguro de que era mi hermano quien estaba en la taberna.

—El sombrero, señora —dijo Chalmers—. Al capitán le encantaba. En España nunca se lo quitaba. Todos lo sabíamos. No había otro igual en toda Inglaterra. Lo siento, señora, pero era inconfundible. Tenía incluso el agujero producido por una bala francesa. Y yo lo vi aquella noche.

—Así que reconoció el sombrero. ¿Nada más?

—Supongo que también el pelo, señora. Era rojo.

—¿Pero nunca llegó a verle la cara?

—No, eso no.

—¿Y qué me dice del día anterior, sargento? —Preguntó Richard—. El miércoles, el sargento Kettle y yo estuvimos buscando a Bénuat, pero usted no vino. ¿Vio al capitán Rawdon en algún momento? ¿Por la tarde?

Alexandra lo miró asombrada. Richard ya conocía aquella respuesta. El señor Hargreaves les había dicho que Johnny estaba caminando por Piccadilly.

—No —respondió pausadamente el sargento—. No, no lo vi. Por la tarde tampoco. Pero es lógico, ¿no? Estaba reunido con lord… no me acuerdo cómo se llamaba.

Se hizo un breve silencio.

—¿Llegó usted a verlo?

—Lo oí hablar, pero no lo vi. Yo estaba de servicio aquel día en Horse Guards, en la puerta y lo vi salir. Eso fue ya bien entrada la tarde, sobre las siete.

Richard se inclinó hacia delante.

—¿Salió de aquella sala en algún momento de la tarde?

—Mientras yo estuve allí, no. Y estuve de servicio desde el medio día hasta que terminaron.

—Vamos a dejar las cosas claras, sargento. Usted vio al capitán Rawdon en Horse Guards el día antes de su muerte. ¿Está seguro de que fue ese día, el miércoles?

—Oh, sí, señor. Se habían reunido para hablar de esos papeles. El capitán Rawdon estaba allí porque se los habían entregado a él para que los cuidara. No

me olvidaría de una cosa así.

—Entonces… el miércoles, el día antes de su muerte, el capitán Rawdon estaba con lord Bathurst en Horse Guards, desde mediodía hasta las siete de la tarde.

—Así es, señor.

—Pero no entiendo… —comenzó a decir Alexandra. Una mirada de Richard la acalló.

—Gracias, sargento Chalmers —dijo poniéndose de pie—. No, no se levante. Me alegro de que haya decidido venir con nosotros a Channings. Alguien vendrá a recogerlo mañana, se asegurará de que llegue a Dorchester y ahí lo recogerá mi personal. Una cosa más —Richard se giró hacia él—. ¿Alguna vez le contó a alguien lo que ocurrió aquella noche en la taberna?

—¡Nunca, señor! —Aseguró el sargento, conmocionado—. Jamás dije ni una palabra.

—Por supuesto, ya lo imaginaba. Gracias. Vamos, Alexandra.

Cuando Alexandra se giró en la puerta, el sargento estaba sentado en la mesa como antes, pero parecía una persona diferente. Alguien con esperanza.

—Pobre hombre. No parece encontrarse muy bien —murmuró cuando iban de regreso al coche—. ¿Vas a enviar a Coles para que lo acompañe en la diligencia?

—No. Cualquier otro criado puede viajar con Chalmers. A Coles lo necesito yo. Puede… puede que me ausente de Londres un par de días.

Aquello era toda una sorpresa.

—¿Te vas de Londres? ¿Adonde?

—Creo que es mejor que no te lo diga, al menos hasta que esté seguro.

—¿Vas a ir a ver al otro sargento?

—No, ahí es donde iremos esta tarde. Pero no te preocupes, creo que sus circunstancias son bastante mejores que las de su compañero. Según mis informaciones, el sargento Kettle tuvo la suerte de conocer a una viuda con la que se casó. Ahora viven felices en su casa de Kensal Green. Tengo curiosidad por conocerla. Kettle era un poco pillo.

La casa de la señora Kettle era una pequeña casita de campo apartada del camino, con un jardín que en verano resultaría sin duda muy bonito. A un lado de la casa había un huerto, y allí encontraron al sargento Kettle, ocupado en él. Al ver el coche, se detuvo y se apoyó en la azada.

—¡Vaya, es el capitán! —Dijo acercándose mientras se limpiaba las manos en los pantalones—. ¡Minnie! —Gritó girándose hacia la casa—. ¡Minnie, ven deprisa!

Cuando apareció la señora Kettle, Alexandra tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. El sargento medía casi dos metros, y ella no superaba el metro y medio. Hacían una pareja muy graciosa.

—¿Qué ocurre, qué ocurre? ¿Y cuántas veces te he dicho que no te limpies las manos en los pantalones, Joe Kettle?

—Tenemos visita, Minnie —dijo el sargento algo avergonzado—. ¡No dejes que crean que me ha casado con una bruja!

Saludó a Richard al estilo militar.

—Capitán Deverell, señor.

Tras hacer todas las presentaciones seguidas de unas explicaciones totalmente innecesarias respecto al estado de la casa, el grupo pasó al interior. La señora Kettle se metió en la cocina mientras Richard y Alexandra entraban en el gabinete.

—Supongo que se estará preguntando la razón de nuestra visita —dijo Richard tras unos minutos de charla banal.

—Estoy seguro de que me la va a decir, señor.

—Es sobre el capitán Rawdon.

El sargento Kettle miró con ansiedad a Alexandra.

—Lady Deverell conoce la historia. Era su hermano.

—No se preocupe por decir algo que pueda molestarme, sargento —aseguró Alexandra—. Verá: Yo no creo que el capitán Rawdon fuera culpable.

—Señora, ojala fuera de otro modo. El capitán Rawdon era una de los mejores oficiales para los que yo he servido. Tal vez fuera demasiado audaz, le gustaban los riesgos, pero era recto como una vara. Cuando lo vi aquella noche no daba crédito a mis ojos.

—Pero sin embargo no le vio la cara, ¿verdad?

—Claramente no. Pero me juego el cuello a que era el capitán —aseguró disculpándose con mirada.

—Usted estuvo conmigo la mayor parte del día —dijo Richard—. ¿Vio en algún momento al capitán?

—No, señor. Hasta la noche no.

—¿Recuerda que sucediera algo extraño en los días anteriores a aquel encuentro? ¿Escuchó algo respecto a él, a su comportamiento o su aspecto?

—No creo… bueno, estaba el asunto del mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Bueno, son sólo rumores. Yo se lo oí a Banks, el hombre de confianza del comandante Aubrey. ¿Recuerda al comandante Aubrey, señor? Murió después en Waterloo.

—Claro que me acuerdo. ¡Pero siga, por favor!

—Banks me contó que el capitán Rawdon le había preguntado al comandante por qué no había aparecido en Jackson's aquel jueves por la mañana, tal y como habían quedado. El comandante Aubrey se quedó muy sorprendido. Había enviado una nota cancelando la cita. Pero el capitán Rawdon juró que no había recibido semejante nota.

El sargento Kettle se detuvo.

—¿Y bien?

—Bueno, Banks me dijo que él estaba seguro de que sí la había recibido. Porque él mismo, el propio Banks, se la había entregado en mano al capitán Rawdon.

Richard se mostró muy interesado.

—¿Estaba completamente seguro de que se trataba del capitán Rawdon?

—Oh, sí, señor. Banks lo conocía perfectamente.

—Mmm. ¿Esto tuvo lugar en las habitaciones del capitán Rawdon?

—No. Banks se lo había encontrado fuera de sus aposentos en St. James Square y le entregó personalmente la nota. Pero el capitán Rawdon no recordaba que lo hubiera hecho. Esto es muy extraño, ¿no les parece?

—Tal vez Johnny estuviera enfermo —apuntó Alexandra pensativa.

—No lo creo —Richard parecía muy seguro—. Creo que el sargento Kettle nos ha dicho todo lo que podía, querida.

Regresaron a Brook Street casi en silencio. Richard estaba profundamente sumido en sus pensamientos, aunque de vez en cuando miraba a Alexandra casi como si sintiera lástima por ella.

Ella no tenía ganas de hablar. No quería que se dijera en voz alta que nada de lo que habían oído aquel día servía para absolver a Johnny de cualquier sospecha. Al contrario, lo que los dos sargentos habían contado parecía implicarlo más que nunca.

Pero Alexandra estaba equivocada. Lo que Richard había escuchado desde su llegada a Londres no lo había convencido todavía más de la culpabilidad de Johnny. Más bien lo contrario. Richard estaba pensando en lo que Hargreaves dijo. Que vio a Johnny en Piccadilly en un momento en el que sin lugar a dudas estaba en una sala cerrada de Horse Guards. También estaba considerando el relato del sargento Kettle, que aseguraba que Johnny también había negado haber visto nunca aquella nota. Una nota que, significativamente, no se le había entregado en sus habitaciones, sino en persona, en la calle. Ambos sucesos habían tenido lugar en el mismo día, la víspera de la muerte de Johnny. Uniendo todos los cabos, Richard había llegado a la conclusión de que tenía que haber un segundo hombre aquel día en Londres, un hombre que se parecía tanto a Johnny que incluso había conseguido engañar a la gente que lo conocía muy bien. Tal vez se tratara de alguien que no sólo había adoptado la identidad de Johnny, sino que sabía hecho uso de ella en la taberna del Gallo pera sus propios fines.

Y si aquella sospecha resultaba ser correcta, entonces Johnny era al final inocente. Pero Alexandra no se pondría muy contenta cuando descubrieran quién era el verdadero criminal.

Doce

Los Deverell estaban invitados aquella noche a un recital de música y poesía en la Casa de Northumberland aquella noche. Sin darle muchas vueltas, Alexandra se puso uno de sus vestidos nuevos y permitió que Cissie le hiciera un peinado más elaborado que de costumbre. Antes de que la doncella hubiera terminado, Richard entró y le tendió una caja con las iniciales de Alexandra en ella. No cabía duda de que procedía de una de las mejores joyerías de Londres.

—Pensé que te gustaría ponértelo esta noche —se limitó a decir.

Alexandra lo miró sorprendida. Un regalo de Richard era lo último que esperaba. Él hizo amago de marcharse.

—¿Por qué no esperas a que lo haya visto? —Le preguntó.

Richard vaciló y luego se acercó al fuego, donde se sentó en una de las butacas a observarla. Ella abrió la caja. Descansando sobre una cama de terciopelo había un juego de piezas de diamante: gargantilla, pendientes y una delicada diadema. Alexandra estaba maravillada. Apenas escuchó el grito de admiración contenida de Cissie cuando sacó la gargantilla. Brillaba y soltaba chispas cuando se deslizó entre sus dedos como una cascada de luz. Era una pieza preciosa.

Alexandra se giró hacia Richard. Ya no seguía mirándola, sino que estaba echado hacia atrás con las piernas estiradas en gesto perezoso. Parecía como si, una vez entregados los diamantes, ya no tuviera más interés. ¿Por qué le sabía hecho aquel regalo? En cualquier caso, se merecía su agradecimiento. Se puso de pie.

—¡Richard, qué magnifico regalo!

Él se levantó y dijo con frialdad:

—No tienes muchas joyas. Pensé que deberías contar con más. ¿Te lo pondrás esta noche?

Su continuada indiferencia se llevó parte de su alegría por el regalo. Descartó la idea de pedirle que la ayudara a colocarse las joyas.

—Por supuesto —dijo pasándole la diadema a la doncella—. Es justo lo que necesitaba para rematar mi peinado.

Se volvió a sentar frente al tocador y observó cómo Cissie se la colocaba en el cabello. La doncella tenía los ojos abiertos como platos cuando agarró la gargantilla y se la colocó alrededor del cuello con gesto reverencial. Pero cuando Alexandra se inclinó hacia delante para ponerse ella misma los pendientes, vio la imagen de Richard en el espejo. Sólo fue un destello fugaz, pero la expresión de su rostro resultaba cualquier cosa menos indiferente.

Parecía un hombre consumido por el deseo. Ella se giró levemente, pero la expresión se había desvanecido, y se preguntó si no habría sido sólo un truco de su imaginación, una distorsión del espejo.

En cuanto Alexandra despidió a Cissie, Richard hizo amago de marcharse.

—¡No, espera! —Le pidió en un impulso—. Sólo un instante, Richard. Todavía no te he agradecido como Dios manda estos regalos tan bonitos.

Se acercó para darle un beso en la mejilla. Pero cuando le acercó la cara, él la giró y sus labios se encontraron. Bastó con aquel leve roce. Exhalando un gruñido, Richard la rodeó con sus brazos, y de pronto estuvieron perdidos, atrapados en una explosión de sentimientos. Los besos cambiaron. Se volvieron profundos y apasionados, y tan intensos, que aunque apenas se habían movido, parecían fundirse el uno en el otro, convirtiéndose una vez más en un solo ser.

Pero justo cuando Alexandra pensó que ya no podría soportar otro momento de semejante dulzura, Richard se apartó y se dirigió a la chimenea. Ninguno de los dos fue capaz de hablar. Se quedaron allí en silencio, respirando agitadamente, hasta que él dijo:

—Lo siento. Te he arrugado el vestido.

—Richard…

—No, Alexandra, no. Debes arreglarte. Vamos a llegar tarde. Llamaré a Cissie otra vez y te esperaré abajo.

Y se marchó.

Alexandra lo vio salir, desesperada. ¿Cómo podía marcharse así sin más? Quedaba claro que a él no le afectaba ni lo más mínimo lo que acababa de ocurrir. ¿No se daba cuenta de la crueldad que suponía haberle entregado otro atisbo de un mundo que él aseguraba que ya no existía, para después volver a arrebatárselo?

Alexandra se acercó al espejo y se miró. En su cabeza volvió a dibujar el rostro de Richard. ¿Habría imaginado ella aquella expresión?

Seguramente sí. Sus propios ojos brillaban enfebrecidos, brillaban tanto como aquellos malditos diamantes. ¿Por qué le había hecho un regalo tan caro? Durante un instante, Alexandra creyó que pretendía demostrarle cuánto significaba para él, pero aquello era una tontería. Ahora le parecía más acertado pensar que lord Deverell quería ver a su esposa bien vestida y lujosamente enjoyada, como el resto de las damas de la alta sociedad. Bien, pues aquella noche se quedaría satisfecho. Alexandra se puso en manos de Cissie y se preparó para cumplir con su papel.

Y representó su papel con tanto éxito que la gente que estaba allí aquella noche comentó que nunca habían visto a Alexandra Rawdon tan radiante. Entre sus admiradores estaba sir Charles Stainforth, que se acercó a hablar con ella en el intermedio del concierto.

—Espero que me recuerde, lady Deverell. Cuando la conocí el año pasado,

siempre estaba rodeada de pretendientes.

—¡Por supuesto que lo recuerdo, sir Charles! Su esposa es una buena amiga de mi madrina. ¿Ha venido lady Stainforth esta noche con usted?

—No, por desgracia no. Cuando no es la temporada, lady Stainforth prefiere quedarse en nuestra casa de Surrey.

—Iba a pedirles que vinieran a cenar mañana por la noche con nosotros —aseguró Alexandra con una sonrisa radiante—. Aunque no esté su esposa, nos gustaría contar con el placer de su compañía. De hecho, tengo que pedirle un favor. He estado intentando encontrar gente que conociera a mi hermano Johnny, y creo que usted tuvo mucho que ver con su trabajo en Horse Guards. ¿Podría compartir alguno de sus recuerdos conmigo?

—Estaré encantado de contarle todo lo que sé —aseguró sir Charles muy serio—. Lamentó mucho su muerte. Fue una gran pérdida para todos.

—Entonces, ¿mañana a las ocho? Bien. Y ahora cuénteme qué le ha parecido la soprano.

La noche siguiente, Richard recibió a sir Charles de manera impecable, incluso con más afabilidad de lo normal. Nadie podía sospechar lo tenso que estaba realmente. Una pregunta estaba tomando forma dentro de su cabeza, y no tenía muy claro si deseaba encontrar la respuesta o tenía miedo de ella. Pero se lo debía a la memoria de Johnny.

Una cosa quedó clara enseguida. El sargento Chalmers estaba en lo cierto. El día anterior a su muerte, Johnny había estado con lord Bathurst toda la tarde y hasta bien entrada la noche. Una buena cena y unos cuantos vasos de vino de más le habían soltado la lengua a sir Charles, y aunque Alexandra estaba delante, habló con libertad de aquellos papeles confidenciales.

—Johnny no tomó parte en ninguna discusión, por supuesto. Estaba allí porque, estrictamente hablando, los papeles de Wellington estaban a su cargo. Al suyo también, Deverell, pero usted estuvo la mayor parte del día fuera, hablando con la gente sobre el francés. Bénuat, ¿verdad?

Richard asintió y sir Charles siguió hablando.

—Sabíamos que los franceses estaban tras esos papeles. ¡Dios mío, cuánto daño hubiera hecho si hubieran caído en sus manos! Me alegré de ver la parte de atrás de esos malditos documentos, se lo aseguro. Era como tener delante las joyas de la Corona. Pero Wellington se negó a que ninguno de nosotros los viéramos. ¡No nos tenía confianza! —Sir Charles se rió—. Tal vez fuera el héroe que todo el mundo piensa que fue, lady Deverell, pero desde luego no era un hombre de trato fácil.

—Se equivoca con Wellington —intervino Richard—. Él era de la opinión de que los oficiales en servicio podrían explicar mejor las cosas a quien tenían que explicárselas.

—Oh, ya sé que mientras estuvieran bajo el cuidado de Johnny Rawdon y

del suyo, estaban a salvo. Pero según los rumores, los franceses ataban ofreciendo una gran cantidad de dinero a cualquiera dispuesto a robarlos.

—Pero supongo que no mucha gente sabría de su existencia, ¿no? —Preguntó Alexandra.

—Es imposible saberlo. Se suponía que era un secreto, pero Horse Guards es como un tamiz agujereado. Al final todo se acaba filtrando. Y si me permite que lo diga, lady Deverell, su hermano no era siempre todo lo discreto que debería. Para él todo era un juego, pobre Johnny, aunque le impresionó la cantidad de dinero que los franceses estaban dispuestos a pagar por esos papeles… todo el mundo recuerda a Johnny Rawdon con afecto y respeto en el ejército —concluyó mirando a su hermana—. Puede sentirse orgullosa de él.

A Alexandra se le llenaron enseguida los ojos de lágrimas.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable.

Después estuvieron hablando de otras cosas hasta que Alexandra se excusó y dejó solos a los caballeros para que tomaran un oporto.

—Tengo la impresión de que quiere preguntarme algo más —dijo sir Charles mirándolo con curiosidad—. Dispare.

—Hay una pequeña pieza relacionada con Bénuat que no encaja. Supongo que ya no importa, pero no me gusta dejar las cosas a medias.

—¿De qué se trata?

—Bénuat desapareció, peor tenía un cómplice. Creo, por razones que en su momento no tenía, que se alojaba en algún punto del distrito Seven Dials.

—¿Y?

—Me gustaría averiguar más cosas de él.

—La guerra ha terminado, Deverell. ¡Olvídese de esos asuntos y disfrute de la compañía de su encantadora esposa!

Pero Richard insistió sin inmutarse:

—Todavía hay un canalla por ahí suelto, y me gustaría encontrarlo. Su gente… creo que extraoficialmente los llaman «los hurones», ahora deben tener poco trabajo. Pagaré los honorarios de uno o dos de ellos para que investiguen por la zona de Seven Dials en busca del señor equis. Si está allí, lo encontrarán en una o dos semanas. Sus hurones son muy eficaces.

Sir Charles se encogió de hombros.

—Le mandaré a alguien mañana por la mañana.

—Preferiría pasar yo por su despacho, si no le importa.

—No quiere que se entere su esposa, ¿verdad? De acuerdo entonces.

Se reunieron con Alexandra en el salón, pero sir Charles no se quedó mucho rato más. Cuando estuvieron a solas, ella quiso hablar de las revelaciones de la noche, pero aunque Richard estuvo de acuerdo en que los dos últimos días de Johnny resultaban cada vez más misteriosos, no tenía ganas de hablar. A Alexandra le daba la sensación de que estaba muy preocupado por algo, pero sabía que no debía preguntarle nada, porque sin duda la rechazaría. De hecho, pensó Alexandra con tristeza, Richard parecía estar cada día más

distante.

Enseguida se separaron y se dirigió cada uno a su respectiva habitación.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Richard la invitó a entrar con él en el gabinete, y Alexandra se preguntó qué querría contarle. Sin embargo, sus primeras palabras resultaron de lo más sencillas.

—He mandado llamar a Will Osborne. Llegará mañana.

—¿Para qué lo necesitas? Pensé que tenías pensado llevarte a Coles contigo cuando fueras… cuando salieras de Londres rumbo a ese misterioso destino tuyo.

—Me llevaré a Coles. Osborne se quedará aquí para cuidar de ti. No quiero que salgas sin él. Y confío en que no le hagas algún truco como ocurrió en Dorchester.

—Si tanto te preocupa mi bienestar, Richard, ¿por qué no me llevas contigo?

—No puedo. Por un lado, porque el viaje no va a ser muy cómodo. Tengo que avanzar muy deprisa. Ni siquiera voy a llevarme a Phillips conmigo.

—Y por otro lado, no quieres tenerme a tu lado. No te preocupes —dijo ella fríamente—. No esperaba otra cosa. Y encontraré entretenimientos de sobra mientras estás fuera.

Richard la miró muy serio.

—Me gustaría prohibirte que siguieras indagando sobre Johnny, Alexandra, pero te conozco demasiado bien. No serviría de nada. Pero sí que te ruego encarecidamente que seas paciente. Tengo que irme, pero no estaré fuera mucho tiempo. ¿Puedes dejarlo hasta mi regreso? No te lo pediría si no tuviera una buena razón para ello.

—Pero, ¿no puedes decirme de qué se trata?

—No —y añadió con sarcasmo—, ni siquiera puedo pedirte que confíes en mí.

Tras pensárselo un instante, Alexandra dijo:

—Sí confío. En esto sí. De acuerdo, Richard. Mientras estás fuera me comportaré como una auténtica matrona. Pasaré mucho tiempo con mi madrina. ¿Te parece bien?

Richard sonrío. Alexandra había olvidado lo que una sonrisa suya podía hacer en ella. Su resentimiento se fundió bajo aquel calor.

—Mi querida niña —dijo—, estaré fuera como mucho cuatro días. Ni siquiera tendrás tiempo para echarme de menos.

—Por supuesto que no —replicó ella. Pero deseó haber sonado más convincente.

Acompañado únicamente por su mozo, Richard puso rumbo hacia el

norte. Había pedido los mejores caballos y los presionó con fuerza, así que llegó a Northampton por la noche.

Allí se instaló en la posada del Ángel, y tras una abundante comida acompañada de un par de pintas de cerveza, se fue a la cama. Su intención era levantarse temprano al día siguiente.

No era la primera vez que estaba en Northampton. A principios de aquel año había ido a buscar a Mark Rawdon para el padre de Alexandra. Pero en aquella ocasión estaba preocupado por el estado de los asuntos de Somerset, y estaba deseando volver cuanto antes. Y al final resultó que se quedó menos tiempo todavía del que tenía previsto. Mark no había necesitado mucho tiempo para arreglar sus cosas, y aunque Richard se había ofrecido a quedarse allí hasta el día siguiente, los dos hombres salieron de Northampton aquel mismo día.

Por lo tanto, en aquella visita anterior, Richard había hablado con muy poca gente de la ciudad, y ninguno de ellos tenía relación con Mark. Esta vez tenía intención de averiguar más sobre el primo de Alexandra.

A la mañana siguiente dejó a Coles en la posada y se dispuso a encontrar la casa en la que vivía Rawdon. Estaba vacía, y parecía como si lo hubiera estado desde que su ocupante salió de allí tres meses antes. Cuando Richard vio a un hombre mayor observándolo con curiosidad desde el otro lado de la calle, le preguntó dónde podía encontrar a la persona que vivía allí.

—¿Para qué lo busca?

—Tengo… tengo noticias para él. Y quien me pueda poner en contacto con él o con alguien conocido puede llevarse algo.

—¿Ah, sí? ¿Viene usted de Londres?

Richard no quería confundirlo con detalles innecesarios.

—Sí.

—Bueno, tal vez yo pueda ayudarlo. Pero primero quiero ver el dinero.

Tras examinar cuidadosamente la moneda que Richard le mostraba, el hombre se la guardó en el bolsillo y dijo:

—No encontrará a ese inútil en Northampton. Se marchó sin decir ni una palabra a nadie para hacerse con una fortuna no sé donde, y dejó a Nancy Pelham sin nada que llevarse a la boca.

—¿Quién es Nancy Pelham?

—No sabe usted mucho, ¿verdad? Es la anciana que cuidó de todos ellos. Llevaba toda la vida aquí, pero para Mark Rawdon eso no importaba. Se marchó sin decir ni pío. Menos mal que ella tenía una hermana con la que quedarse. Si no se hubiera muerto de hambre.

—¿Dónde está ahora la señora Pelham?

—¡Se lo acabo de decir! Con su hermana Aggie.

Richard dejó escapar un suspiro.

—¿Y eso dónde es?

—Detrás de la panadería de Sheep Street. No tiene pérdida. Su hermana se llama Aggie Bell.

Tras charlar unos minutos más con él, Richard llegó a la conclusión de que el anciano no tenía nada más que decirle y se dirigió al centro del pueblo.

La casa que había detrás de la panadería era pequeña pero estaba bien conservada, y tras presentarse como Richard Deverell, lo invitaron a pasar. Por dentro la casa estaba impecablemente limpia, pero resultaba evidente que las hermanas vivían al borde de la penuria. La señora Pelham estaba envuelta en varios chales y sentada en una chimenea frente al fuego. Era muy anciana, pero estaba muy lejos de la vieja desdentada que Richard había imaginado. Sus ojos cansados permanecían alerta, y mantenía los modales y el discurso de una criada bien entrenada. Su hermana era más joven y estaba claro que la quería mucho.

—Confío en que no disgustará a Nancy, señor —le susurró—. El señor Mark no la trató muy bien. ¿Se lo ha pensado mejor tal vez? ¿Tiene algún mensaje de su parte?

—Me temo que no.

—Bueno, la verdad es que no me sorprende —reconoció con acidez—. Entonces, ¿por qué estoy aquí? —Richard sonrió y dijo—, deje que se lo cuente a su hermana, y si ella está de acuerdo, puede escucharlo al mismo tiempo.

Estuvieron de acuerdo e invitaron a Richard a sentarse al lado de la señora Pelham.

—Me acuerdo de usted, señor —dijo cuando él se acercó—. Vino este verano, a finales de agosto. Se llevó al señor Mark con usted.

—Así es —dijo Richard—. Supongo que usted sería su ama de llaves. Ese día no la vi.

—No, él me mantuvo alejada. No quería que me enterara de lo que estaba ocurriendo.

—Tampoco quería que hablaras con el señor Deverell, Nancy.

—¿Ah, no? ¿Por qué dice eso, señora Bell?

—Tal vez haya oído la verdad sobre él. Aunque Nancy no le hubiera contado nunca nada. Es demasiado buena.

Richard se giró hacia la señora Pelham.

—Supongo que sabe que el señor Mark es ahora dueño de una gran finca en Somerset.

—¿Cómo iba a saberlo? No he sabido de él desde que se marchó. Pero no me sorprende. Siempre dijo que algún día tendría una finca, y también un título.

—¿En serio? Tenía la impresión de que no sabía nada al respecto.

—¿Eso le dijo él?

—Sí —afirmó Richard—. Estoy seguro. Lo dijo.

La anciana contrajo el rostro.

—Bueno, no me corresponde a mí decir lo contrario, ¿verdad, señor? Debo

haberlo entendido mal.

La señora Bell intervino.

—¡Nancy, no seas idiota!

Al ver que la señora Pelham mantenía un obstinado silencio, se giró hacia Richard.

—No ha habido nunca mujer más leal que mi hermana, señor. Trabajó toda su vida para los Rawdon, y si la señora Rawdon estuviera todavía viva, sé que no conseguiría arrancarle ni una palabra. Pero la pobre señora está muerta, que Dios acoja su alma. Y aunque su hijo dejó a mi hermana en la calle, no hablará de él sin una buena razón. ¿Qué es lo que quiere? ¿Es usted amigo de Mark Rawdon? Si es así, puede que no le guste lo que vaya a oír.

Richard dijo muy despacio:

—Lo que quiero es la verdad. No importa si me va a gustar o no. No soy ni amigo ni enemigo de Mark Rawdon, pero está relacionado con alguien… con alguien a quien debo proteger. Quiero conocer la verdad sobre él, sea buena o mala.

—¿Has oído eso, Nancy? Cuéntaselo al caballero.

La señora Pelham se inclinó ligeramente hacia delante para ver la cara de Richard, y lo que vio pareció satisfacerla. Dijo:

—No sé qué le habrá dicho, señor, pero Mark Rawdon lo sabía todo sobre su familia de Somerset. El señor Rawdon tenía un cuaderno enorme con el árbol genealógico de los Rawdon y, desde que era pequeño, Mark me lo estaba enseñando constantemente: «¡Mira esto! Después de papá soy el siguiente en la línea, Nancy», solía decirme. «¡Sólo hay un niño llamado John entre nosotros y esa gran finca del oeste de Inglaterra!». Cuando le pregunté por esa niña llamada Alexandra, la hermana de John, me dijo que no tenía que preocuparse por ella porque no podía heredar el título. Entonces, años más tarde, eso fue después de la muerte del señor Rawdon, vio en el periódico que su primo Johnny se había hecho soldado. No puede imaginarse lo contento que estaba. Espera y verás, Nancy —decía—. Lo matarán, y cuando el viejo muera, yo seré barón. ¡Sir Mark Rawdon! Y entonces su primo, efectivamente, murió.

—Pero no luchando contra los franceses —dijo Richard con gravedad.

—Eso no lo sabía, señor.

—¿Cuidó usted de la casa para el señor Mark tras la muerte de su madre?

—Así fue —intervino la señora Bell—. Y bien poco que se lo agradecieron.

—Supongo que si usted vivía aquí, sabría si alguna vez se ausentaba un día o dos. Tal vez para visitar a algún pariente.

—Creo que nunca lo hizo. Pero iba con frecuencia a Londres. Este verano estuvo dos o tres veces, antes de que usted llegara.

—¿Podría recordar con exactitud cuándo se fue?

—Bueno, eso es fácil. Era mi cumpleaños. El diecisiete de mayo. Se fue a Londres el día anterior, y eso significaba que yo podía pasar el día siguiente entero con Aggie. Esa primera vez estuvo fuera bastantes días: La noche del

martes, del miércoles, del jueves y del viernes.

—Y… ¿cómo sabía que estaba en Londres?

—Se quedó con la cuñada de Aggie, la señora Judkin. Tiene una casa de huéspedes en Brownlow Street. Aunque no sé en qué parte de Londres está eso.

—Bien. ¿Y dice que volvió a irse otra vez?

—Dos veces, aunque entonces sólo estuvo fuera una noche. Una en julio y otra en agosto. Usted vino a buscarlo no mucho después —la señora Pelham frunció el ceño—. El señor Mark tiene problemas, ¿verdad? Por eso me está haciendo todas estas preguntas…

Richard le tomó una mano entre las suyas.

—Señora Pelham, créame si le digo que deseo más de lo que usted imagina que no sea así.

Parecía como si ella no lo hubiera oído.

—Siempre fue malo —dijo—. Su pobre madre solía decir que lo había heredado de su abuelo, junto con el pelo rojo y los ojos azules. No tenía noción del bien ni del mal. Si Mark quería algo, se aseguraba de conseguirlo de un modo u otro. Supongo que eso podría llegar a entenderse. Pero a veces hacía cosas horribles por el placer de hacerlas. Le gustaba ver a la gente sufrir. Eso parecía hacerle más feliz. Yo a veces pensé que tenía al diablo dentro, señor, y lo digo en serio.

Se giró hacia Richard con el desconcierto reflejado en sus ancianos ojos.

—Pero lo más extraño era que tenía un modo de actuar, señor Deverell… hacía algo terrible, y entonces se reía y te miraba con tanta alegría en los ojos que te reías con él, aunque sabías que no deberías. ¡Y era tan inteligente! No solían pillarlo, pero cuando así sucedía conseguía normalmente salir bien parado. Pero yo siempre supe que terminaría mal.

Richard guardó silencio. Finalmente dijo:

—Ha sido muy paciente. Gracias. ¿Aceptaría algo de mí? La finca de Rawdon, que me pertenece, tiene un fondo especial para causas que merezcan la pena. Sir Mark ha descuidado sus obligaciones con respecto a usted. Me gustaría que aceptara una pequeña suma de dinero procedente de ese fondo.

—¡Vaya, gracias, señor! Pero no creo que deba aceptarlo.

—¡Tómalo, Nancy! Te lo has ganado. Richard sacó un monedero y se lo pasó a la señora Pelham.

—Por ahora acepte esto. Me encargaré de que reciba más.

—Gracias, señor —la señora Pelham miró el —monedero. Y de pronto añadió—, vaya, esto me recuerda… tal vez fuera usted tan amable de levarle a sir Mark un monedero que se dejó aquí. No quiero quedármelo. Aggie irá a buscarlo. Está en la caja del dormitorio.

Richard esperó a que la señora Bell subiera las escaleras y volviera a bajarlas. Tenía un mal presentimiento. Cuando regresó, traía un monedero en la mano. Era el monedero que él había visto por última vez en la taberna del Gallo, en la mano del hombre que pensó que era Johnny Rawdon.

Trece

Richard siempre se había tenido por un hombre que mantenía la calma a la hora de enfrentarse a un problema, pero incluso él tenía dificultades para lidiar con las emociones y las ideas que se le pasaron por la mente en el camino de regreso a Londres.

Se habían confirmado sus mayores esperanzas y sus peores temores. Se había demostrado más allá de cualquier duda que Johnny, su amigo, su camarada, y hermano, era, después de todo, completamente inocente. Aquel monedero relacionaba finalmente a Mark con el hombre de la taberna y daba por concluido el asunto.

La confianza de Alexandra en su hermano había resultado acertada, y una de las principales barreras para su felicidad, su propia incapacidad para ignorar la evidencia, había sido levantada. Sentía un gran alivio.

Sólo ahora, cuando por fin se había quitado aquella carga, reconocía Richard lo pesada que le resultaba.

La idea de que Johnny hubiera podido comportarse de manera deshonrosa había sacudido los cimientos de su mundo. Después de que su padre lo rechazara siendo niño, la familia Rawdon representaba la única seguridad que él había conocido. Si Johnny Rawdon fuera un traidor, entonces nada sería seguro. Durante un tiempo había conseguido enterrar aquella inseguridad en el placer de amar a Alexandra total y abiertamente, en un sueño de felicidad perfecta en Channings. Pero aquel sueño, construido sobre unos cimientos tan inestables, era demasiado frágil como para que pudiera durar. En cuanto Alexandra dudó de él, se vino abajo, pero Richard había decidido darle una segunda oportunidad.

¡Johnny era inocente! El mundo se había asentado, ya no había incertidumbre, y Richard era ahora libre y lo suficientemente fuerte como para luchar por la confianza de Alexandra, terminar con sus dudas y disfrutar de todo lo que a vida podía ofrecerle a su lado. Se encontraba en un estado de tal felicidad que sentía deseos de gritar.

Pero tras unos instantes, la euforia se desvaneció y comenzó a pensar en la otra cara de la moneda. Johnny Rawdon era inocente… pero Mark Rawdon era culpable. No había ninguna sensación de traición en aquella certeza, como ocurría en el caso de su amigo, pero las implicaciones resultaban potencialmente catastróficas. Dado que Johnny no tenía entonces ninguna razón para haberse quitado la vida, todo llevaba a pensar que había muerto a manos de su primo aquella noche. No se trató de una muerte accidental, como Richard

había hecho que pareciera, ni tampoco de un suicidio, como temía, sino de un asesinato. Cuanto más pensaba Richard en ello, más se convencía de que aquél había sido el propósito principal de Mark Rawdon cuando fue a Londres. Sus esperanzas de conseguir fácilmente el título se habían disipado. Johnny había sobrevivido a todas las batallas de España y ahora estaba apartado del servicio activo, trabajando en el cuartel general del ejército. Así que… Mark Rawdon había decidido echarle una mano al destino.

En cuanto al robo de los papeles… Richard se inclinaba a creer que había sido una improvisación, un plus añadido. Pero había sido un golpe perfecto. Así se presentaba a ojos de quien estuviera interesado como la razón perfecta para el «suicidio» de Johnny, y de paso Mark se quedaba con el monedero lleno de oro traidor. Probablemente, el modo en que Mark había conocido la existencia de Bénuat y su deseo por hacerse con aquellos papeles se quedaría para siempre en un misterio. Tras la deserción de Henry Seymour, Bénuat debió desesperarse. Richard pensaba que tal vez el francés decidió intentar una aproximación directa y había hablado con Mark creyendo que era Johnny. Mark había sido lo suficientemente listo como para aprovechar la oportunidad. Pero eso nunca podría confirmarse. Bénuat estaba muerto, lo mataron los hombres de Richard, y no parecía probable que Mark confesara.

La cuestión ahora era: Después de todo lo que había pasado, ¿cómo se tomaría Alexandra que su único pariente vivo, el último del linaje de los Rawdon, había probablemente asesinado a su hermano para suceder a su padre? Había apoyado tanto a su primo porque necesitaba creer en él. Richard era consciente de lo que había supuesto para él descubrir que Johnny era un traidor. Pensó que también sería un impacto terrible para Alexandra descubrir que Mark era un asesino.

Pasaron por Dunstable, St. Albans y Barnet, pero Richard apenas fue consciente de ello. Su mozo se encargó del cambio de caballos, él estaba tan sumido en sus pensamientos que ni se enteró. ¿Qué iba a hacer con Mark Rawdon? Dejarlo libre resultaba impensable. El asesinato de Johnny debía ser castigado. Pero, ¿cómo iba a hacerlo sin causarle todavía más dolor a Alexandra?

Cuando llegó a las calles de Londres, había decidido, aunque no sin esfuerzo, lo que iba a hacer. Se enfrentaría a Mark Rawdon a su manera, sin decirle nada a Alexandra. Había incluso ideado una historia que se parecía bastante a la verdad y con la que no tendría que revelar la participación de Mark en aquel asunto. Pero Alexandra era tan lista que tal vez encontrara rápidamente la conexión si se enteraba de su visita a Northampton. Tenía que decirle a Coles que mantuviera la boca cerrada. Con la decisión tomada, Richard comenzó a planear qué le iba a decir sobre Johnny. Estaba deseando vivir el momento en que pudiera asegurarle por fin que creía ciegamente en la

inocencia de su hermano.

Alexandra se dijo a sí misma que Richard estaría fuera cuatro días, así que no lo estaba esperando. La noche que regresó, ella había salido al teatro con lady Wroxford, Stephen Hargreaves y sir Charles, y volvió tarde. Sir Charles Stainford la había acompañado hasta Brook Street, pero había rechazado su invitación para entrar con ella, lo que Alexandra agradeció. Su compañía le resultaba agradable, pero tenía el ánimo por los suelos y le dolía la cabeza. Mientras subía las escaleras, suspiró. Otro día más sin que Richard regresara, y aunque no tenía razones para pensar que fuera a producirse un cambio en su relación, lo echaba de menos y quería que regresara.

Le sorprendió ver que Cissie no estaba en ningún lugar a la vista cuando entró en su dormitorio. ¿Dónde se había metido? No era propio de ella no estar esperando en la puerta, lista para tomar el chal de Alexandra y cualquier otro complemento antes de ayudarla a desvestirse. Dio un salto cuando una figura alta se levantó de la butaca y dijo:

—Cissie no está. Le he dicho que se vaya. ¿Te valgo yo?

—¡Richard! —Gritó Alexandra con asombro—. ¡Oh, Richard!

Se lanzó a sus brazos, olvidándose al instante de su bajo ánimo y del dolor de cabeza. Se besaron.

—Tengo que irme más a menudo —dijo Richard tembloroso tras un instante.

—¡No, no lo hagas! —Dijo Alexandra dejando caer el chal y los guantes al suelo—. ¡Te he echado tanto de menos…! Deja que te mire.

Le puso las manos en los hombros y lo miró. Tras unos momentos, dijo muy despacio:

—Hay algo diferente en ti… ¿De qué se trata?

Él volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Oh, mi amor —dijo apretándole la mejilla contra la suya—. He salido de un largo y oscuro túnel y he visto la luz. No puedo ni empezar a describirte cómo me hace sentir eso.

—¿De qué se trata, Richard?

—Tú tenías razón y yo no —le dijo acercándole los labios al oído—. Ahora estoy completamente seguro, absolutamente convencido, de que Johnny era inocente.

Alexandra se apartó de él para verlo mejor.

—¿Qué has dicho? —Le preguntó con voz temblorosa.

—Ahora estoy convencido de que Johnny era inocente, fue víctima de una encerrona de un francés.

Ella lo miró con incredulidad.

—No… no puedo creerlo —dijo—. Después de tantas semanas… pero creo que estás hablando en serio. ¡Oh, Richard! —Alexandra volvió a arrojarse a sus

brazos y rompió a llorar.

—¡Eh, eh! Pensé que estarías contenta.

—¡Y lo estoy! Lo estoy. Pensé que nunca te escucharía decir eso. Oh, Richard, significa tanto para mí… ¡Gracias a Dios!

Él la acunó entre sus brazos hasta que se calmó un poco, y luego dijo riéndose:

—Tengo muchas cosas que decirte. Pero en lo único que puedo pensar en este momento es que no puedo abrazarte todo lo fuerte que me gustaría. Tus malditas joyas me están arañando, y aunque tu vestido es precioso, se interpone en mi camino.

—Eso tiene fácil remedio —aseguró ella con una mirada picara—. Aunque hubiéramos terminado antes si hubieras dejado aquí a mi doncella.

Se sentó frente al tocador y comenzó a quitarse la diadema del cabello. Richard se acercó y le sujetó las manos con las suyas.

—Yo lo haré —dijo.

Le quitó cuidadosamente la diadema y luego le sacó las horquillas del pelo, de modo que cayó sobre su espalda como una cascada de cobre.

Alexandra observó su imagen en el espejo.

—Lo has hecho mal —dijo sin aliento—. ¿Cómo vas a encontrar ahora el cierre del collar?

—Tú déjamelo a mí —aseguró. Y se llevó su cabello a la cara. Sus ojos se encontraron en el espejo—. Cuando estaba en España soñaba con hacer esto —dijo suavemente—. Huele a ti.

Hundió la nariz en su melena y luego se la echó a un lado y se inclinó sobre su escote.

Tenía los dedos ocupados en la parte posterior del cuello. Le quitó el colar y lo dejó a un lado. Luego fue soltando uno a uno los corchetes de plata de la parte posterior de su vestido. Los lazos que había abajo cayeron después, y deslizó lentamente las mangas del vestido. Se detuvo y la miró en el espejo.

—Alexandra —murmuró cubriéndole el cuello y los hombros con besos pequeños—. Creo que voy a tener que pedirte que te pongas de pie.

Sin apartar los ojos de los suyos, Alexandra se levantó y el vestido cayó al suelo. Richard la ayudó a salir de él.

—Richard… —murmuró Alexandra.

—Sss, mi amor —le dijo dulcemente tirando de las cintas y el encaje—. ¿No ves que estoy haciendo el trabajo de Cissie?

Alexandra soltó una carcajada.

—Que el cielo impida que alguna vez me sienta así con Cissie —dijo.

Él le detuvo las manos en el escote.

—¿No lo estoy haciendo bien? —Preguntó con ansia.

Alexandra le puso las manos sobre las suyas.

—Deja de bromear conmigo, Richard. ¿Qué quieres de mí?

—Yo diría que es obvio —respondió con una sonrisa radiante.

Alexandra le quitó las manos y volvió a atarse algunos lazos. Se giró para mirarlo.

—La última vez que te pedí que te quedaras en mi habitación a pasar la noche me dijiste que preferías dormir solo. Por eso te pregunto ahora, ¿qué quieres de mí esta noche?

—Te quiero a ti —dijo Richard con un gruñido, atrayéndola hacia sí—. Siempre te he querido a ti. Pero ahora quiero demostrarte lo mucho que te adoro, Alexandra. Hacerte el amor de un modo tal que nunca vuelvas a tener ni una sola duda respecto a lo que siento por ti. Sí, quiero protegerte. Y no por ninguna promesa que le haya hecho a tu padre ni a nadie más, sino porque te amo. Daría mi vida para protegerte de cualquier daño, peligro, desilusión y cualquier cosa que hiciera tu vida infeliz.

La miró con sus ojos grises llenos de amor.

—Creerás en mí, Alexandra. Para siempre.

Ella sonrió, con una sonrisa plena de felicidad.

—Te creo —aseguró—. Oh, Richard, no volveré a dudar jamás de ti —estiró los brazos y él la estrechó en ellos y la acercó a la cama.

—Mi amor —dijo tembloroso—. Mi vida…

Aquella noche hicieron el amor con una profundidad y una pasión distinta a todo lo que habían experimentado incluso en los días que más unidos estuvieron en Channings. Hasta el momento, el espíritu de Johnny había pendido sobré ellos como una sombra con el poder oculto de arruinar la perfecta consumación de su amor. Pero ahora el espectro se había desvanecido y, liberados de su atadura, eran libres para expresar el deseo que sentían el uno por el otro. Richard ni siquiera se detuvo a pensar en Mark. Representaba un problema práctico que tendría que resolver en el futuro, pero, al contrario que el caso de Johnny, no tenía ninguna sombra que pudiera proyectar aquella noche sobre aquella unión de hombre y mujer, una unión total de alma, mente y cuerpo.

Se quedaron en la cama hasta bien entrada la mañana al día siguiente, todavía mareados por la gloria de la noche anterior, sintiéndose invadidos por un delicioso letargo. Pero poco a poco fueron poniendo los pies en la tierra y se prepararon para enfrentarse a un mundo que creían que no volvería a ser igual.

Se enfrentaron a ese mundo en cuanto bajaron las escaleras. Lady Wroxford había enviado un mensaje para decir que pasaría por la tarde para llevar a Alexandra de compras otra vez, y también había una nota para Richard de sir Charles en la que le decía que tenía noticias de sus "hurones".

—Me alegro de que salgas con tu madrina esta tarde —aseguró él—. Yo tengo que atender algunos asuntos. Podremos estar juntos de noche. Pero tengo

que pedirte que confíes en mí cuando haya algún asunto que no te pueda explicar.

Ella lo miró a los ojos.

—De acuerdo… siempre y cuando no ocurra con demasiada frecuencia —dijo con una sonrisa—. Pero, ¿estás pensando en algo en concreto? ¿Por ejemplo, en qué se esconde tras la historia de Johnny?

Él sacudió la cabeza.

—Tan lista como siempre. Tienes razón, por supuesto. Te contaré todo lo que pueda. Será esta noche, ¿de acuerdo?

—Estoy deseando que llegue el momento. Pero espero que no se prolongue mucho —murmuró mirándolo con coquetería—. Últimamente tengo siempre ganas de acostarme pronto. ¿A qué crees que se debe?

Richard se rió y se puso de pie.

—¡Eres muy traviesa! Pero como te amo, te perdono y veré lo que puedo hacer… ¿Puedo llevarme a Osborne conmigo cuando salga? Tú no lo necesitarás si vas a salir con lady Wroxford.

—Por supuesto.

Richard esperó a que llegara la madrina de Alexandra, entonces se excusó y se dirigió a Horse Guards. Sir Charles lo miró con el ceño fruncido al verlo.

—¿Qué ha estado haciendo, Deverell? Parece un hombre nuevo. Si no fuera ya tan rico como Craso, diría que había recibido una fortuna.

—Puede decirse que así ha sido —aseguró Richard—. Y le gustará saber que voy a seguir su consejo.

—¿Qué consejo es ése?

—Voy a disfrutar de la compañía de mi adorable esposa y a olvidarme de la guerra y de todo lo demás.

—Ah, eso está bien —sir Charles le dedicó una sonrisa significativa.

—Pero sería una tontería ignorar lo que sus hurones han averiguado. Me gustaría escucharlo.

—Una dirección. En Brownlow Street.

—¿De veras? —Dijo Richard—. Qué interesante.

—¿Cómo supo que Bénuat tenía un cómplice? ¿Era francés?

—Es una larga historia, y no vale la pena contarla. Sólo me gustaría satisfacer mi curiosidad, y luego dejarlo, como usted me sugirió. Gracias.

—De acuerdo. Tendrá cuidado en Brownlow Street, ¿verdad? No es un lugar precisamente chic. Uno de mis hurones podría acompañarlo, si lo desea.

—Tengo a mi mozo. Gracias otra vez.

—Tengo la impresión de que hay muchas cosas que no me cuenta, Deverell. Pero sé que no conseguiré nada haciendo preguntas, así que no insistiré. Adiós y buena suerte.

Richard se reunió con Osborne y juntos se dirigieron hacia Seven Dials.

—Creo que tú conoces bien esta zona, ¿verdad, Osborne?

—Yo nací no muy lejos de aquí, señor. Ha habido cambios, por supuesto, pero no tantos como para que no reconozca el camino.

—Creo que es aquí —dijo Richard cuando por fin entraron en Brownlow Street.

Habían llegado a una casa que parecía algo menos miserable que las demás.

Llamó a la puerta y, cuando le abrieron, dijo:

—Quisiera hablar con la señora Judkin.

—Soy yo —dijo la mujer que había abierto—. ¿Qué quiere?

Osborne estaba vigilando la calle y cubriéndole las espaldas. Algo probablemente bien pensado, reflexionó Richard.

—¿Puedo entrar? —Preguntó.

No le llevó mucho tiempo. En pocos minutos estaba fuera otra vez con una moneda menos pero con la última pieza del rompecabezas encajada en su sitio. La señora Judkin tenía una memoria excelente, seguramente la habría desarrollado como una necesidad en su negocio. Mark Rawdon había estado allí alojado las fechas que estuvo ausente de Northampton, incluidos los tres días más importantes de mayo.

Aquella noche, Alexandra y Richard se sentaron a cenar disfrutando de su mutua compañía.

—Antes que nada, me gustaría hablar un momento de Johnny —dijo ella en un momento de la cena—. ¿Vas a decirme dónde has ido?

Richard se puso de pronto muy serio.

—Eso es algo que no puedo decirte. Pero puedo darte una aproximación de lo que yo creo que sucedió. ¿Te conformarías con eso?

Ella le sonrió con dulzura.

—Te he prometido que nunca volvería a dudar de ti. Eso significa que confío en que me vas a contar todo lo que puedas. Si, en algún momento en un futuro, consideras que me puedes contar el resto, estoy segura de que lo harás.

Richard se levantó, rodeó la mesa y le tomó las manos para besárselas.

—Cuando finalmente entregas tu confianza, la entregas por completo, ¿verdad, Alexandra? Y te aseguro que no te equivocas. Vamos al salón a sentarnos juntos.

Tomaron asiento frente al fuego y Richard comenzó a hablar.

—Te conté que había un hombre en Horse Guards que no era Johnny que estaba vendiendo información a los franceses. Pero le quedaba todavía un poco de honor, o tal vez de vergüenza. Me dijo que nunca había vendido información realmente importante. Cuando su agente, un hombre llamado Bénuat, quiso comprarle algo que suponía una amenaza real para los británicos, se negó.

—¿Estás hablando de los papeles que Johnny tenía en su posesión?

—Sí. Así que Bénuat buscó a alguien que se pareciera a Johnny para que robara los documentos y se los llevara a esa taberna.

—¿Un inglés?

—¿Quién sabe? Podría haber sido francés. Era un ardid muy astuto. Cuando este sujeto se hizo con los papeles que quería Bénuat, tomó también la capa y el sombrero de Johnny. Y fue aquella noche a la taberna vestido deliberadamente como tu hermano.

—Pero… ¿Qué le pasó a Johnny? No pudo haberse suicidado. No tenía motivos para… ¡No había hecho nada!

—No. Tal vez fuera algo descuidado con aquellos documentos. Si Bénuat no hubiera oído hablar de ellos nunca, no hubiera querido robarlos. Johnny era el único que pudo hablar de ellos.

—Entonces, ¿qué le pasó a mi hermano?

—Creo que pilló al ladrón robando los papeles y este le disparó cuando trataba de impedírselo. El asesino hizo que pareciera un suicidio.

Alexandra se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, Johnny! —murmuró—. Mi pobre Johnny…

—Si yo no hubiera intervenido creyendo erróneamente que estaba protegiendo a tu familia, tal vez le hubieran concedido a Johnny una medalla póstuma.

—Alexandra le tomó las manos y se las sujetó con fuerza.

—No me importan las medallas, ni a él tampoco —dijo con pasión—. Tú fuiste leal a vuestra amistad, y eso es lo que cuenta. Oh, Richard, qué mal hice al amenazarte de aquel modo el día de nuestra boda. Debía estar loca. Y tú me perdonaste con tanta facilidad… me has cuidado y has sido tan paciente conmigo…

—Te amaba.

Ella dijo impulsivamente:

—Richard, regresemos a Channings. Dejemos todo esto detrás. Estoy deseando estar allí y empezar una nueva vida contigo sin secretos, sin sombras. ¡Volvamos mañana a Channings!

Richard guardó silencio durante un instante. Y luego dijo:

—Hay un par de asuntos que todavía tengo que resolver aquí en Londres. Pero podemos volver a principios de la semana que viene. ¿Te parece bien? Si el tiempo acompaña, podemos tomárnoslo con calma.

—Tal vez podríamos quedarnos en Basingstoke —dijo ella con inocencia—. Tengo entendido que en esa posada siempre hay sitio.

—Tomaremos una suite, si ése es tu deseo. Pero haya las habitaciones que haya, vamos a dejar una cosa clara: Tú compartirás cuarto conmigo. Y hablando de eso… ¿Te encuentras tal vez algo cansada? No quisiera mantenerte apartada de tu cama.

Alexandra se puso de pie y estiró los brazos para tomar sus manos. Luego bostezó ostensiblemente.

—Por favor, señor, lléveme a la cama —dijo con voz somnolienta—. Creo que me voy a quedar dormida en cualquier momento. ¿Sabe usted si la nueva doncella está esta noche de servicio?

Él soltó una deliciosa carcajada.

—Comportémonos de forma respetable esta noche, mi pequeña traviesa. Phillips me estará esperando, y Cissie se preguntará qué clase de casa es ésta si no preservamos al menos algunas de las convenciones. Pero más tarde…

Durante el resto de la semana continuaron con su vida normal durante el día. Veían a amigos, iban a conciertos, visitaban tiendas y mantenían una fachada de normalidad, pensando que nadie podía sospechar lo profundamente felices que eran, lo enamorados que estaban. Pero sus sentimientos resultaban imposibles de disimular, y sus amigos no se llevaron ninguna sorpresa cuando oyeron que la pareja regresaba a Channings.

El tiempo era lo suficientemente bueno, y su viaje a Somerset fue tan placentero como podían esperar en aquella época del año. La atmósfera del coche era completamente distinta al viaje de ida a Londres, tan poco tiempo atrás. Bromeaban, se reían y hacían todo tipo de sugerencias para el futuro, algunas razonables y otras absurdas. El tema de Mark estaba olvidado, tenían tantas cosas que planear… las Navidades ya estaban cerca y querían celebrarlo a la manera tradicional, decorando la casa con guirnaldas e invitando a toda la gente del vecindario a reunirse con ellos en una gran fiesta en Nochebuena.

Todo el mundo compartiría su felicidad. Channings, que había sido tan silencioso y poco acogedor durante tantos años, estaría otra vez lleno de vida.

Pero primero había que resolver el asunto de Mark. Durante su última semana en Londres, Richard había hecho sus arreglos y ahora tenía que ponerlos en práctica. La urgencia del asunto se hizo patente al día siguiente de su llegada. Había pasado la mañana con el padre Harmond, y estaba de camino desde la rectoría. Cuando llegó se dio cuenta de que Alexandra tenía una visita. Se detuvo a escuchar. Entonces se dio cuenta, al acercarse al gabinete azul, de que Alexandra estaba enfadada. Muy enfadada.

—¡Ya has dicho suficiente! —Dijo—. No seguiré escuchado tus insinuaciones, Mark. Richard y yo nos entendemos ahora a la perfección. Fue una equivocación escucharte en el pasado, y si quieres seguir siendo mi amigo tienes que dejar de hacer comentarios sobre mi esposo que sólo sirven para hacerme daño. ¿Por qué lo haces?

Mark murmuró algo que Richard no entendió, pero sí escuchó un nombre: Johnny.

—¡Cállate! No estoy disgustada, estoy enfadada. Richard ya no cree que mi hermano sea culpable de nada. Ahora está absolutamente convencido de que mi hermano fue víctima de un complot francés, y de que su muerte no fue accidental, sino un caso de asesinato.

—¿Eso es lo que dice ahora? ¡Qué interesante!

Mark sonaba poco interesado, pero Richard sabía lo valiosa que debía encontrar aquella información. Por eso no le sorprendió escucharle decir después:

—¿Y tiene alguna prueba de esa afirmación?

—No tengo ni idea. Sospecho que sabe más de lo que me cuenta, pero estoy feliz de poder aceptar su palabra completa y absolutamente. No entiendo a qué estabas jugando, Mark, pero eso se acabó. No volverás a hacer que dude de Richard nunca más.

¡Aquélla era una declaración que valía la pena escuchar! Durante un instante, Richard se sintió maravillado. Pero cuando regresó a la tierra, se dio cuenta de que Alexandra había revelado sin darse cuenta a Mark lo cerca que Richard estaba de la verdad. De pronto tuvo perfectamente claro que, si deseaba proteger a Alexandra, debía enfrentarse a Rawdon en cuanto pudiera estar con él a solas. Sonrió con malicia al abrir la puerta. Mark Rawdon se iba a llevar una sorpresa de lo más desagradable.

Catorce

Alexandra vio a Richard entrar por la puerta y se acercó a tomarlo del brazo.

—¡Has vuelto! —Dijo encantada—. Como ves, Mark ha venido de visita. Pero ya se iba.

Richard asintió brevemente con la cabeza, y Alexandra se preguntó si habría escuchado parte de la discusión que estaba manteniendo con su primo. Esperaba que no. Aunque Mark se había comportado mal, seguía siendo la única familia que le quedaba y no quería que se declarara una guerra abierta. Ahora que le había dejado muy clara su posición, seguramente no volvería a intentarlo otra vez. Pero si Richard había oído algo, eso lo pondría todavía más en contra de su primo. Tal vez incluso se negara a permitir la entrada de Mark en su casa.

—Adiós, Mark —se despidió ella tendiéndole la mano—. Me alegro de que hayamos charlado. Lo que te he dicho va en serio. Piensa en ello.

Richard sonrió a su visita, pero tenía los ojos fríos.

—¿Puedo ir a visitarte después? —Preguntó—. Tengo un pequeño asunto de negocios que hablar contigo. En privado.

—Por supuesto. Será un placer. ¿Te quedarás a cenar?

—Lo dudo.

—Entonces, ¿a qué hora vendrás? ¿A las cinco, a las seis…?

—Cinco en punto.

—Te estaré esperando —Mark se giró hacia Alexandra con sus ojos azules llenos de arrepentimiento—. Si te he disgustado, lo siento. No era mi intención. Tendré más cuidado en el futuro. Lo prometo.

Cuando Richard regresó de acompañarlo a la puerta, Alexandra dijo:

—Lo has oído, ¿verdad? Eso pensé. Tenías razón respecto a Mark. Intenta liar las cosas, pero ahora que sabe que no lo conseguirá, no creo que vuelva a intentarlo.

—Yo no estaría tan seguro —Richard sonrió sin ganas.

Ella le puso la mano en el brazo y preguntó:

—¿Por eso vas a ir a verlo esta tarde? No seas demasiado duro con él, Richard. Tal vez sólo esté celoso de nuestra felicidad.

—Se trata de un asunto de negocios que ha quedado colgando. Nada de lo que tengas que preocuparte. Olvídate de él.

Alexandra sonrió.

—De acuerdo, hablaré de otras cosas. El sargento Chalmers tiene mejor

aspecto. He pasado un rato con él hoy y es un hombre nuevo. Parece muy feliz aquí. Ha hecho muchos amigos.

—También ha demostrado ser de utilidad, aunque dudo que pueda volver a montar nunca. Es sólo una sombra del hombre que fue. Seguro que le ha encantado tu compañía. ¿De qué habéis hablado?

—De la vida en el ejército en España y en Portugal. De lo que hacíais Johnny y tú. Tiene miles de historias del «capitán Rawdon»… creo que mi hermano era su ídolo. Richard, ¿hay algo que te impida contarle al sargento Chalmers que Johnny no era el hombre que estuvo aquella noche en la taberna, que no era un traidor? Eso le hará muy feliz. Hay veces que el pobre hombre está a punto de contarme alguna de las cosas que Johnny hizo, riéndose, y de pronto se detiene y se pone triste. Estoy segura de que se acuerda de la última vez que lo vio. ¿No puedes decirle la verdad?

Richard asintió.

—Lo haré. Y tienes mucha razón. Johnny fue siempre su favorito. Sospecho que fue Chalmers quien acabó aquella noche con Bénuat para que el francés no pudiera hablar. Tienes razón, Alexandra. Se lo contaré al sargento en cuanto pueda. Merece saberlo.

«Pero no todo», añadió mentalmente. «Ni él ni tú debéis saber lo cerca de casa que está todavía el asesino de Johnny».

Richard se presentó a las cinco en punto en la puerta de la mansión de Rawdon, y un criado lo llevó hasta la biblioteca. Mark estaba sentado en el escritorio.

—¡Richard! —Lo saludó indicándole con un gesto que se sentara en una silla cercana frente a él.

Richard esperó a que el criado saliera de la habitación y luego dijo con frialdad:

—Preferiría que siguiera llamándome Deverell. No deseo tener ninguna familiaridad contigo, Rawdon.

Mark hizo como se sentía herido.

—Pero mi querido amigo, somos familia. Alexandra es mi prima.

—A partir de hoy esa relación no tendrá ningún significado para ninguno de nosotros, y para ella menos que para nadie.

Se hizo un corto silencio. Entonces Mark preguntó:

—Supongo que has escuchado la conversación que tuve antes con ella. Pero, ¿no te parece un tanto drástico? No quería hacer ningún daño. Es una cuestión insignificante, Deverell.

—Vuestra conversación de hoy no tiene nada que ver. Y el asunto que he venido a tratar aquí contigo no tiene nada de insignificante. Pero no volverás a ver a lady Deverell.

Mark se reclinó en la silla.

—Oh, vamos, no puedes estar hablando en serio. ¿Se lo has dicho ya a Alexandra? A ella le caigo bien. Muy bien. De hecho, si no hubiera tenido mis… problemas financieros, podría haberme casado yo con ella. No creo que quiera escucharte si le dices que no puede volver a verme.

—Pero tú sí me escucharás.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Richard se metió la mano en el bolsillo, sacó el monedero y lo puso sobre la mesa que los separaba.

—Por esto.

Observó con satisfacción cómo lo reconocía y disimulaba al instante. Mark Rawdon pareció preocuparse, pero se recuperó enseguida. Tras mirar en silencio el monedero, dijo divertido:

—¿Qué diablos tiene eso que ver conmigo? No es mío.

—Lo tenías tú. La señora Pelham lo encontró en tu habitación cuando saliste de Northampton y me pidió que te lo devolviera.

—Así que has estado hablando con Nancy, ¿verdad? —Preguntó Mark con una mirada inquisitiva—. ¿Metiendo las narices en Northampton? Me pregunto por qué. Espero que no te hayas tomado en serio nada que Nancy haya dicho. Está ya medio chocha.

—No estoy de acuerdo —replicó Richard—. La señora Pelham me pareció tremendamente lúcida. Recuerda las fechas con gran claridad. El dieciocho de mayo, por ejemplo. Fue su cumpleaños y tú no estabas en Northampton. Estabas en Londres, en casa de la señora Judkin, en Brownlow Street.

Se detuvo un instante, y luego dijo con intención:

—Esa fue la noche en que te hiciste con este monedero, Rawdon, el dieciocho de mayo. Yo lo vi con mis propios ojos. Bénuat te lo pasó en la taberna del Gallo.

Mark perdió algo de su compostura.

—No creo que puedas demostrarlo —dijo con la respiración un tanto agitada.

Richard se reclinó con aire de seguridad en sí mismo y dijo con calma:

—Creo que sí puedo. De hecho, estoy seguro. Fuiste a Londres con la intención de matar a Johnny Rawdon, y lo hiciste. Después de matarlo robaste unos papeles muy importantes que tenía en su posesión e intentaste vendérselos a un agente francés. Tengo curiosidad por saber cómo llegó hasta ti, por cierto, pero no creo que me lo quieras contar. Tomaste el dinero de Bénuat, que estaba en el monedero, y saliste huyendo. Yo te ayudé a ello, que Dios me perdone. Te dejé escapar porque creí, igual que todos los demás, que eras Johnny Rawdon.

—¿Y por qué haría yo una cosa así?

—Tomaste el dinero porque lo necesitabas. Mataste a Johnny porque querías heredar el titulo de Rawdon y la finca.

—Eso es una tontería. ¡Yo no sabía nada de ese maldito título!

—¿No recuerdas el árbol genealógico de tu familia? ¿No recuerdas cómo le contabas a la señora Pelham lo rico y poderoso que serías algún día?

El gestó de Mark se descompuso durante un instante.

—¡Esa vieja bruja! Siempre me ha odiado.

—¿Por eso la dejaste en la miseria?

Mark ignoró aquel comentario. Tenía la cabeza ocupada en todo lo demás que había dicho Richard. Finalmente sonrió con gesto burlón.

—Cotilleos de viejas. Aun suponiendo que fuera verdad, ¿qué puedes hacer tú al respecto?

—He reunido pruebas suficientes para hacerte colgar dos veces si las autoridades las ven.

Richard vio que Mark Rawdon estaba deslizando la mano hacia el cajón del escritorio, y siguió hablando.

—Y en caso de que se te esté pasando por la cabeza la idea de asesinarme, tengo que decirte que mis abogados de Londres tienen la historia completa y debidamente documentada. Se quedará allí sellada siempre y cuando se reúnan ciertas condiciones, pero en caso de que yo muera de pronto, se abrirá y se entregará de inmediato a la gente adecuada.

—¿De veras? ¡Qué bien! —Mark sonreía, pero su sonrisa ya no parecía tan segura de sí misma como antes—. ¿Sabes? Podrías llegar a caerme bien. ¡Estás en todo!

—Tú nunca podrías caerme bien, Rawdon.

—Bueno, ¿y ahora qué va a pasar? ¿Se lo vas a contar a Alexandra? No sé cómo se tomará la noticia de que fue su adorado primo, el último Rawdon, quien mató a su hermano… y piensa en el escándalo público que se montará. No le vendrá nada bien al apellido Rawdon.

—No tengo intención de contárselo a nadie si puedo evitarlo.

Mark lo miró fijamente. Entonces se le iluminó la cara y asintió diciendo:

—¡Entonces, perfecto! Vaya, es todo un alivio. Durante un instante creí que nos íbamos a hundir todos juntos —los ojos le brillaban y se reía—. Muy bien. Eres un buen tipo, Deverell. Haré lo que dices y me mantendré alejado de Alexandra. No sé cómo vas a explicárselo, pero no creo que tengas mucha dificultad. Siempre me ha parecido una ingenua.

El tono de desprecio que empleó enfureció a Richard, que dijo con voz tirante:

—La única razón por la que conseguiste engañarla fue porque eres de su familia y confió en ti. No volverá a cometer el mismo error.

—¿Por qué? ¿Vas a prevenirla en mi contra, a decirle que soy un chico malo pero sin darle detalles? —Los ojos azules de Mark miraban brillantes a Richard, invitándolo a compartir la broma—. La situación tiene su chiste, ¿no? ¿No tienes miedo de que Alexandra descubra algún día que el asesino de su hermano está viviendo en su antigua casa, donde Johnny y ella jugaban juntos de niños? ¿Y cómo te enfrentarás tú a eso?

—Esa situación no se dará. Tú no vas a vivir ni cerca de su antigua casa.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Rawdon es mío!

—Sin duda no creerás que vaya a tolerar a un canalla como tú en el vecindario. No permitiré que permanezcas en Rawdon ni un instante más del necesario para librarme de ti.

El sarcasmo de Richard coloreó las mejillas de Mark y durante un instante pareció que iba a matarlo.

Pero se recompuso y dijo en tono confidencial:

—Valientes palabras. Pero, ¿qué otra cosa podrías hacer? No quieres disgustar a Alexandra. No, estoy a salvo aquí. No hay nada que puedas hacer para librarte de mí.

—Ya lo he hecho —respondió Richard con voz pausada—. Te he reservado un pasaje en el barco correo que sale de Falmouth dentro de diez días en dirección a las Indias Occidentales. Es tiempo de sobra para meter algunas cosas en la maleta y solucionar tus asuntos antes de dejar Rawdon e Inglaterra para siempre. No volveremos a verte.

Mark lo miró sin dar crédito.

—¡Eso te crees tú! ¿Qué te hace pensar que voy a bailar al son que tú toques?

Richard se puso de pie. Hasta el momento Mark se había llevado a engaño por la manera en que Richard se hacía pasar por un aburrido caballero rural cuyo único objetivo era vivir en paz en Channings con su esposa. Por culpa del orgullo, había sido incapaz de ver la fuerza que se escondía detrás de aquello, no había visto los años que Richard había pasado luchando en España. Y ahora, por primera vez, Mark vio aquella despiadada determinación detrás de su tranquila fachada. Y se dio cuenta de que se enfrentaba a un enemigo que lo destruiría sin vacilar si lo consideraba necesario.

—Si no subes a ese barco —dijo Richard con voz de acero—, mis abogados tienen órdenes de entregar a la justicia las pruebas que tengo contra ti. Te colgarán.

Asustado ahora, pero decidido a no reconocerlo, Mark se jugó la última carta que le quedaba, el punto débil de Richard.

—¿Y Alexandra? —Preguntó.

Richard sonrió con malicia.

—No pondrás en peligro tu cuello, Rawdon —dijo—. Te marcharás.

Tras un instante, Mark cerró los ojos y dijo de mal humor:

—Supongo que una plantación en las Indias Occidentales será mejor que este agujero dejado de la mano de Dios. ¿Qué me entregarás a cambio de Rawdon?

—Una pequeña renta que se te ingresará trimestralmente en el banco de Kingston. Debería bastar para mantenerte vivo, pero poco más.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¡Rawdon vale por lo menos una plantación!

—La mayor parte de Rawdon ya no será tuya. Sólo te quedarás con la tierra que no es de libre disposición, por la que, como te he dicho, te pagaré una pequeña renta. El resto regresará a manos de Alexandra.

—Espera un momento…

—La elección es tuya, Rawdon —aseguró Richard, implacable.

Los dos hombres se quedaron mirándose, pero fue Mark el primero en bajar los ojos.

—Muy bien —dijo con la mirada baja—. Supongo que tendré que hacer lo que dices.

—En caso de que se te haya pasado por la cabeza la idea de huir, o de llevarte algo de la casa, olvídalo. Sir Jeremy y sus hijos son muy conocidos y queridos en esta zona. Hay mucha gente que me mantendrá informado de tus movimientos si corro la voz. Y si desapareces en otro lugar que no sean las Indias Occidentales, o si disgustas a Alexandra de un modo u otro…

Mark alzó la vista al escuchar la nota amenazante en las palabras de Richard.

—…te prometo que te perseguiré hasta dar contigo y haré que te juzguen y te cuelguen.

Mark estaba derrotado. Asintió y dijo con petulancia:

—Entendido. No es necesario tanto drama. ¿Has terminado? Porque en ese caso…

Richard se dio la vuelta para marcharse. Pero se detuvo en la puerta.

—¡Recuérdalo! Mantente para siempre alelado de Alexandra.

Richard regresó a Channings sin dejar de preguntarse si había hecho lo correcto al dejar que el asesino de Johnny se marchara al exilio sin castigo. Pero, tal y como Rawdon había señalado, la alternativa, el juicio, el escándalo, sería muy duro para la hermana de Johnny, tal vez demasiado duro. ¿Y qué conseguiría con eso? Tal y como estaban las cosas, Johnny estaba muerto, enterrado con honores en el camposanto de Rawdon. Acusar a su asesino no lo ayudaría en nada, y a pesar de lo que Richard le había dicho a Mark, las pruebas que tenía contra él no eran absolutamente concluyentes, además, reabriría todo aquel maldito asunto de los documentos y el espionaje y se formaría un gran escándalo. ¿Con qué objeto? Para castigar a Mark Rawdon… y tal vez eso no fuera seguro.

Sí, había hecho lo mejor que se podía hacer. Ahora Alexandra y él podrían vivir en paz. Comenzó a pensar cómo convencerla para que no volviera a visitar a Mark…

Una semana más tarde, Alexandra y Richard habían bajado a caballo al pueblo, pero cuando estaban a punto de regresar, a él lo entretuvieron. Soplaba

un viento helado y Alexandra decidió no esperarlo y volver a casa sin él, llevándose a Osborne. Había escuchado algo en el pueblo que la había alterado mucho, y quería hablar con Richard de ello, pero no era una cuestión sencilla y prefería discutirla al abrigo y la paz de su hogar.

Pero cuando volvieron, Osborne paró a Alexandra cuando salía de los establos y le preguntó si podía cruzar unas palabras con ella. Parecía muy serio, así que le hizo pasar a la biblioteca y le pidió que se sentara.

—Gracias, señorita Alexandra, pero me quedaré de pie —dijo.

Guardó silencio durante largo rato y luego Alexandra le preguntó qué ocurría.

—El señor… el antiguo señor, sir Jeremy, me pidió que no se lo mencionara a nadie. Pero ya no sé qué está bien y qué no.

—Bueno, mi padre no está aquí para decírtelo, Will. Pero puedes confiar en mí. Está claro que algo te preocupa.

Alexandra aguardó pacientemente a que Osborne se lo pensara durante un minuto o dos. Finalmente tomó una decisión y comenzó a hablar.

—En los viejos tiempos, en Rawdon, solía hacer muchos recados para sir Jeremy, sobre todo cuando no quería que nadie se enterara. Solía enviarme a Dorchester o a Sherborne, pero este verano me mandó dos veces a Londres.

—Sigue —dijo Alexandra.

—En cada ocasión me entregaba un paquete para que lo dejara en determinada dirección, y me decía que no se lo mencionara a nadie. Pero no hacía falta. Yo nunca hablaba con nadie más de los asuntos del amo.

—¿Qué había en los paquetes?

—No lo sé, señorita Alexandra. Pero pesaban mucho.

—Ya veo —ella frunció el ceño—. Esto ocurrió en verano, dices. ¿Y por qué te preocupas ahora?

—Bueno, no hace mucho, el señor fue a la misma dirección.

—¿Te refieres al señor Deverell? ¿Mi esposo?

—Así es señora. Exactamente a la misma casa.

—¿Y dónde está?

—Brownlow Street, señorita Alexandra. Cerca de Seven Dials.

—¿Y sabes qué estaba haciendo allí el señor?

—No lo dijo. Yo fui con él para enseñarle el camino. No lo había mencionado antes porque le prometí al amo, al anterior amo, que no se lo contaría a nadie.

—Pues ahora creo que deberías contárselo a lord Deverell. Puede ser importante —dijo Alexandra pensativa.

—Bien, lo haré si a usted le parece conveniente, señorita Alexandra.

Después de que Osborne se hubiera ido, Alexandra se sentó y consideró lo que le había dicho. Parecía que su padre había utilizado a Will para pagar al

chantajista. Pero, ¿qué hacía Richard en la misma dirección? Eran tan felices desde que regresaron a Channings que no le apetecía demasiado preguntárselo. Su única discusión había girado en torno a su primo y la poco razonable petición que le había hecho Richard para que no lo viera en algún tiempo. Alexandra había accedido, pero tras una discusión. Sonrió cuando recordó cómo había terminado la pelea… pero aunque sus besos la convencieron en su momento, todavía no estaba segura de que tuviera razón. La pelea entre Richard y Mark, si es que la hubo, se resolvería sin duda más fácilmente si se veían. Y si lo que había oído en el pueblo era verdad, ya era hora de que lo hicieran.

En cuanto Richard regresó, le dijo:

—Dicen que Mark tiene pensado marcharse. ¿Sabes algo de eso?

—He oído algo al respecto —respondió él con cautela.

Alexandra supo por su tono de voz que lo sabía todo al respecto.

—¿Y no pensabas decírmelo? —Preguntó indignada—. ¿Por qué no? Tengo que ir a verlo ahora mismo, estoy segura de que hasta tú lo entenderás.

—Por favor, Alexandra. Mark tiene sus razones para mantenerse alejado. Deja que actúe como cree que debe hacerlo.

Ella frunció el ceño.

—Richard, ¿qué está pasando? Accedí finalmente a permanecer alejada de Mark por el momento porque pensé que tú y yo arreglaríamos mejor nuestras diferencias sin interferencias. Pero hay algo que me estás ocultando, ¿verdad? Creo que esa pelea fue más seria de lo que me has dicho. ¿Por qué no me cuentas la verdad? No me gustan los misterios. Y hay algo más que no me has dicho. ¿Qué hacías en Brownlow Street? ¿Has averiguado algo del chantajista de papá?

—¿Brownlow Street?

—¡No te hagas el tonto! Sé que estuviste allí. Osborne me ha contado que fue contigo.

—¿De veras? —Richard parecía enfadado—. Tendré unas palabras con él.

—No, Richard, no te enfades. Estaba preocupado. Y creo que tiene derecho. Dime por qué fuiste ahí.

Richard se calló un instante.

—Charles Stainforth me dio la dirección —dijo finalmente—. Piensa que fue ahí donde se alojó el agente francés.

—¿El agente francés? Pero no entiendo… a menos… tienes que hablar con Osborne inmediatamente, Richard. No te lo ha contado, pero estuvo ahí un par de veces enviado por mi padre. Cada vez que iba dejaba un paquete.

—¿Qué?

—Puede que me equivoque, pero tengo la impresión de que has encontrado al chantajista. El francés del que hablabas.

—Dios mío, si lo hubiera sabido… —parecía como si Richard se hubiera convertido en piedra—. ¡El muy canalla! —Dijo—. ¡Un canalla astuto y sin

corazón! —Miró a Alexandra como si hubiera olvidado que estuviera allí—. Tengo que ver a Osborne, ¿dónde está?

—Iba a ir a Hansford Farm a recoger uno de los caballos. Debería estar de vuelta dentro de una hora.

—¡No puedo esperar tanto! Iré a buscarlo.

—Pero, ¿y Mark?

—Espera aquí. Hablaremos de él cuando vuelva.

Y Richard se marchó sin decirle una palabra más.

Ligeramente molesta por volver a quedarse sola, Alexandra caminó por la habitación unos instantes. Pero pronto se aburrió y se preguntó qué podía hacer después. Seguía vestida con ropa de montar, y decidió volver a salir. El viento había amainado y había salido el sol. Un sol pálido e invernal, pero que en cualquier caso brillaba con sorprendente fuerza. Richard le había pedido que lo esperara en casa, pero se arriesgaría a que se enfadara e iría a Rawdon a visitar a Mark. Si su primo tenía pensado marcharse, debía saberlo lo antes posible.

Con la decisión tomada, no perdió un minuto más. Le dejó un mensaje a Richard con los criados y se marchó.

Sé alegró de encontrar a Mark en casa. Cuando el mayordomo la hizo pasar, lo encontró sentado al lado del fuego, en la biblioteca, con una botella de vino a un lado y un vaso en el otro. A Alexandra se le heló la sonrisa al verlo. Durante un instante le pareció que era Johnny quien estaba allí delante, con su cabello pelirrojo idéntico al suyo. Y al de Mark.

—¡Alexandra! —Exclamó poniéndose en pie—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Sabe Richard que has venido?

—Todavía no. Había salido. Le he dejado un mensaje.

—¡Tienes que regresar! ¡Ahora mismo!

Alexandra se adentró en la biblioteca.

—¡Por supuesto que no! No me eches, Mark. Ésta fue mi casa antes —le dirigió una sonrisa vacilante—. He oído que tienes pensado dejar Rawdon. ¿Es eso cierto?

—Me temo que sí.

—¿Pero por qué?

—Tengo asuntos que resolver lejos de aquí.

—Pero, ¿por qué he tenido que enterarme en el pueblo? ¿Por qué no viniste tú mismo a contármelo?

—Verás… la última vez que vi a Richard me dejó muy claro que no quería volver a saber nada de mí.

—Bueno, no puedes culparle por ello. No fuiste muy amable con él, y te oyó. Pero eso no es motivo para marcharse. No soportaría no volver a verte jamás… eres la única familia que me queda. Papá te quería, y fuiste tan amable conmigo cuando murió a pesar de… —se detuvo y volvió a empezar—. He

venido para ver si podía ayudar a arreglar las diferencias entre Richard y tú. Y tal vez para persuadirte para que te quedes.

Mark se encogió de hombros y volvió a sentarse. Apuró su vaso de vino, se sirvió otro y se lo bebió. Luego se giró hacia ella y le dijo con una encantadora sonrisa:

—¡Mi querida Alexandra, no tienes ni idea de lo que estás diciendo! Me voy porque Richard me ha pedido que me marche. No podemos soportarnos el uno al otro. Y después de lo que me ha dicho hace poco aquí, en mi propia biblioteca, no tengo intención de «arreglar nuestras diferencias», como has dicho con tanta ingenuidad.

Alexandra lo miró, sorprendida ante el curioso tono de su voz.

Mark volvió a beber y luego alzó la vista. Su sonrisa ya no era tranquila y encantadora. Tenía algo de perversa.

—¿De verdad eres tan simple como pareces? —Le preguntó.

Alexandra se quedó estupefacta. Lo miró fijamente y luego le preguntó:

—Mark, ¿por qué me estás hablando así? ¿Qué ocurre?

—¡Mírate! Realmente no tienes ni idea, ¿verdad? Eres una ingenua, ya lo decía yo. Tu hermano era igual. ¡Vaya lamentable pandilla de estúpidos, los Rawdon de Somerset!

—¡Mark! —Exclamó Alexandra sin dar crédito—. ¡Por favor, Mark! Sé que estás enfadado, pero no debes decir esas cosas.

—¿Es una lágrima lo que veo en tus ojos, Alexandra? ¿No te gusta que te hablen así? Por supuesto que no. Tú perteneces a la rama superior de la familia Rawdon, a los refinados, a los ricos, —se rió brevemente—. Pero al final no erais tan ricos, ¿verdad? Yo me encargué de ello.

Alexandra se quedó muy quieta.

—¿Qué significa eso? —Preguntó—. ¿Qué estás diciendo?

Pero Mark no parecía haberla escuchado. Siguió hablando.

—¿De verdad pensabas que me caíais bien alguno? ¿Por qué debería ser así? No significabais nada para mí, sólo me interesaba lo que pudiera sacaros. ¡No me gustas, quería verte sufrir! Fue divertido ver cómo sufrías cuando creíste que tu adorado Richard era un canalla.

Mark la miró. Sus ojos azules brillaban de malévolo placer.

—¿Nunca te has preguntado por qué diste con aquella página del diario de tu padre? Porque yo la encontré en el escritorio y la metí dentro del diario para que la encontraras, por supuesto. ¡Y funcionó! ¡Vaya que si funcionó! Pero hubiera sido todavía mejor que Deverell no te hubiera convencido para que no le dispararas. ¡Qué desilusión! Me hubiera gustado que lo hicieras. Habría sido divertido.

—¿Divertido?

Durante unos instantes, Alexandra permaneció demasiado asombrada como para pensar, demasiado herida. Pero luego comenzó a recuperar la compostura. Recordó la tortura de los días anteriores a su boda, lo cerca que

había estado de disparar a Richard, y comenzó a enfurecerse. El ser que tenía delante ya no era su primo querido, sino alguien a quien no conocía, y ella volvía a tener la cabeza fría. Ya no le afectaban sus esfuerzos por hacerle daño. Por el contrario, su cerebro estaba trabajando, recordando algunas cosas que había dicho. Tras unos instantes le preguntó despacio:

—¿Cuándo conociste a Johnny?

—¿Dije que lo hubiera conocido? No era mi intención. Vaya, vaya —sacudió la cabeza—. Eso ha sido muy descuidado por mi parte, ¿verdad?

Alexandra continuó.

—Cuando llegaste a Rawdon dijiste que no sabías nada de nosotros hasta que llegaste. Eso fue después de la muerte de Johnny. A menos…

—¿Qué?

—¡Lo conociste en Londres! —Abrió los ojos de par en par y palideció—. ¡Por supuesto! ¡Oh, qué ciega he estado! ¿Por qué no me fijé antes en el parecido? Tú eres el que se parecía tanto a él. ¡Fuiste tú quien estuvo aquella noche en la taberna! ¡Tú mataste a mi hermano!

Mark agitó la mano en su dirección.

—Sí, fui yo. Pero no pasa nada, Alexandra. No habrá ningún escándalo. Richard… quiero decir, lord Deverell se ha ocupado de todo. El apellido Rawdon no se verá salpicado.

—¡Me importa un bledo el apellido Rawdon! ¡Tú mataste a mi hermano!

—Es terrible, ¿verdad? Él también estaba tan contento de verme cuando llegué… ¡Un primo que no conocía iba a visitarlo! Me ofreció incluso una copa. Como digo, ¡un ingenuo! Un ingenuo total.

Alexandra estaba sacudiendo la cabeza sin dar crédito.

—Eres… eres un monstruo.

Mark cabeceó mientras se acercaba al escritorio.

—¡Qué desagradable eres! Pero no tendrás que verme durante mucho más tiempo, si es eso lo que te preocupa. Pronto me marcharé.

—¿Marcharte a dónde? ¿Al infierno? Ése es el único sitio al que irás, Mark Rawdon.

—Lo dudo. Tu marido lo ha arreglado todo para que desaparezca. No volverás a verme nunca. Y ahora quiero que te marches. Inmediatamente. Si Deverell te encuentra aquí, tal vez haga algo que todos lamentaríamos —Mark sacó una pistola del cajón—. No quiero utilizar esto, Alexandra. Hay demasiadas probabilidades de que me descubran. Pero lo haré si no te marchas. Ahora.

—Puedes usarla si quieres —aseguró ella al instante—. No voy a permitir que te escapes sin castigo. Estaba dispuesta a disparar al hombre que amaba cuado creía que había matado a Johnny. Ahora que sé que fuiste tú, no descansaré hasta haberte destruido.

—En este momento no estás en posición para hacer nada de eso, mi querida prima. Sin duda hasta tú te habrás dado cuenta de que yo tengo un

arma y tú no.

—Si me disparas ahora te colgarán por ello. Esta vez no podrás esconderte fingiendo que eres otra persona. He traído a Coles conmigo. Me está esperando fuera. Y todos tus criados saben que estoy aquí.

—¡Oh, cielos! Estoy en un lío, ¿verdad? —Se mofó Mark—. Al parecer no tengo nada que perder. Bien, Alexandra, creo que será mejor que cambies de opinión. O te avienes a seguir los planes de Deverell respecto a mi futuro, o…

Mark levantó el arma.

Cuando Richard escuchó lo que Osborne tenía que contarle, la furia se apoderó de él. ¿Qué clase de criatura depravada mataría al hijo de un hombre al que luego chantajeaba amenazándole con contarle al mundo que su hijo era un traidor? Alguien así no merecía seguir viviendo. Una cosa estaba clara: Tenía que descartar los planes que había hecho para Mark Rawdon. La propia Alexandra rechazaría de plano cualquier tipo de compromiso con un hombre así, y aunque hubiera un escándalo, no sería peor que saber que aquella criatura despreciable seguía sobre la faz de la tierra. Entregaría a Mark Rawdon a la justicia, y probablemente lo colgarían.

Cuando Osborne y él se acercaron al establo de Channings, Chalmers estaba sentado en un taburete, arreglando unos arneses.

—Buenas noches, capitán —dijo con alegría.

Richard lo saludó con una inclinación de cabeza. Le había contado a Chalmers lo de Johnny unos días atrás, aunque no le reveló al sargento la identidad del hombre de la taberna. Se preguntó qué diría Chalmers si supiera la verdad.

—El señor Kirby lo estaba buscando, señor. Tiene un mensaje de la señora para usted.

—Gracias.

Richard dejó a su caballo con Osborne y entró en la casa. Pero en cuanto supo lo que el criado tenía que decirle, regresó al instante al establo.

—Ensilla un caballo descansado ahora mismo —le espetó a Osborne—. Tengo que ir a Rawdon. Inmediatamente.

—¿Problemas, capitán? —Preguntó Chalmers.

—Se puede decir que sí —aseguró Richard—. Tengo que ir en busca de lady Deverell. Algo me dice que podría estar en peligro.

—No puede pasarle nada malo en Rawdon, señor —contestó Osborne—. Es su antigua casa.

—Te equivocas, Will —dijo Richard olvidándose de la discreción por la ansiedad de ir en busca de su esposa—. En estos momentos, lady Deverell está visitando al asesino de su hermano.

—¿Sir Mark? —Preguntó Osborne sin dar crédito.

—Sí. ¡Date prisa, por el amor de Dios! No tengo tiempo para contártelo

todo ahora. Rawdon mató al amo Johnny y luego chantajeó a su padre. ¿Sigues pensando que lady Deverell está a salvo?

Salieron del establo a toda prisa, dejando a Chalmers boquiabierto.

Llegaron a Rawdon justo cuando se estaba poniendo el sol El criado que les abrió la puerta les dijo que el amo y lady Deverell estaban en la biblioteca.

—Espérame aquí —le dijo Richard a Osborne girándose hacia él.

Osborne dijo en voz baja:

—Si no le importa, mi señor, daré la vuelta a la casa. No estaré tranquilo hasta que la señorita Alexandra esté a salvo, y tal vez necesite usted ayuda. Conozco bien la casa, y los criados utilizan puertas diferentes a las de los amos.

—Tal vez nos estemos preocupando por nada, Osborne. La señorita Alexandra podría estar hablando tranquilamente con sir Mark. Ella no sabe lo que nosotros sabemos… piensa que es un amigo.

Osborne asintió con la cabeza y desapareció entre las sombras.

Richard entró en la biblioteca. Alexandra estaba en medio de la estancia mirando a su primo, que tenía una pistola en la mano y apuntaba con ella al corazón de Alexandra. Escuchó a Rawdon burlarse.

—¡Oh, cielos! Estoy en un lío, ¿verdad? —Se mofó Mark—. Al parecer no tengo nada que perder. Bien, Alexandra, creo que será mejor que cambies de opinión. O te avienes a seguir los planes de Deverell respecto a mi futuro, o…

Rawdon se detuvo. Cambió el tono de voz y dijo sin mover los ojos:

—No te acerques, Deverell, te lo advierto. Si das un paso más, dispararé directamente a lady Deverell. Y no fallaré —se detuvo y añadió con una sonrisa burlona—. ¡Cielos! ¡La historia se repite!

—Rawdon —dijo Richard con urgencia—, no seas estúpido. Matar a Alexandra no te ayudará en nada.

—No, pero tal vez me guste.

—¿Y no te gustaría más matarme a mí?

—¡No! —Gritó Alexandra.

Sin apartar los ojos de ella, Mark dijo:

—Para ser sincero, me gustaría librarme de los dos. Pero, como has dicho, eso no me ayudaría. Además, creo que ya tienes pensado algo mejor para mí.

—Eso cambió en cuanto me enteré de que también habías chantajeado a sir Jeremy hasta llevarlo a la ruina. Estás acabado, Rawdon.

—¿Eso crees? Pues lo que yo creo es que la situación ha cambiado, Deverell. Tendrás que hacerme una mejor oferta financiera. Entonces desapareceré y os dejaré en paz. En caso contrario, iremos todos a la perdición. Tú esposa la primera.

Richard le estaba dando vueltas a la cabeza. Tenía sus esperanzas puestas en Osborne, pero el mozo necesitaría algún tiempo para dar la vuelta a la casa. Tenía que seguir haciendo hablar a Rawdon.

—Has conseguido engañar a todos, incluido a Bénuat, que no era ningún estúpido. ¿Cómo lo hiciste?

—Eso fue un juego de niños —se jactó Mark.

—¿Cómo lo encontraste?

—Yo no lo encontré… él me encontró a mí la noche que llegué a Londres. Estaba tomando una cerveza en esa taberna, la del Gallo. No está lejos de Brownlow Street, y quería algo de compañía. Se acercó a mí —Mark soltó una carcajada—. ¡No daba crédito! ¡El gran Johnny Rawdon en una taberna de tan baja estofa como aquélla! Nos pusimos a hablar, sobre todo él. Yo no le dije quién era. Mantuve la boca cerrada y escuché. Me habló de esos documentos y mencionó una cantidad de dinero que me dejó sin aliento, te lo aseguro. Con eso podría pagar todos mis gastos en Londres y todavía me quedaría bastante para vivir después. Hasta que pudiera venir aquí a reclamar «mi herencia».

—¿Qué le dijiste?

—Le dejé creer que podría llevárselos y quedamos en encontrarnos la noche siguiente en la taberna. Yo quería el dinero, aunque no estaba muy seguro de que pudiera conseguir los papeles. ¿Cómo iba yo a saber que el estúpido de mi primo tendría allí mismo los papeles?

—Así que cuando fuiste a ver a Johnny ya sabías lo de los documentos.

Rawdon asintió.

—Todo fue muy fácil. Cuando entré en la habitación de mi primo, me recibió con los brazos abiertos y vi los papeles encima de su mesa, listos para llevármelos. Así que tomamos una copa juntos y luego me encargué de él, me puse la capa y el espantoso sombrero que tenía allí y fui con los documentos en busca del botín. Fue todo muy sencillo hasta que llegaste tú y nos interrumpiste. Pero luego me dejaste escapar.

—Y entonces regresaste a las habitaciones de Johnny.

—No quería hacerlo. Después de disparar a Johnny tuve que pasar un rato organizándolo todo para que pareciera un suicidio. Pero tenía que volver para dejar la ropa —volvió a reírse—. ¡Casi me pillas allí! —Entonces cambió la voz a otra más grave—. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Qué vas a ofrecerme?

La puerta de servicio que había detrás de Rawdon se movió un poco. Richard dijo en voz alta:

—Diez mil al año.

—¡No es suficiente!

La puerta se abrió un poco más.

—Es mejor que la oferta que te hará el verdugo —dijo Richard sosteniéndole la mirada a Rawdon.

—No van a colgarme —respondió Mark con gesto sombrío—. Y quiero más dinero.

Osborne abrió la puerta de par en par y entró corriendo. Mark se giró soltando una maldición y disparó sin mirar. Richard se arrojó sobre Alexandra y la tiró al suelo, cubriéndola con su cuerpo. Osborne se tambaleó y cayó sobre

una rodilla mientras Mark Rawdon pasaba corriendo por delante de él en dirección a la puerta.

Durante un instante de confusión, todos se olvidaron de Mark. Los criados entraron corriendo y Richard les dijo que se ocuparan del mozo. Él ayudó a Alexandra a levantarse y la abrazó un instante con inmenso alivio. Luego se acercó a Osborne. La sangre le resbalaba por un lado de la cabeza, pero se trataba de una herida superficial.

—¿Dónde está Rawdon? —Preguntó Richard mirando a su alrededor.

Pero Mark, el eterno oportunista, se había escapado por los pasadizos que llevaban a las dependencias de los criados.

Mark salió por uno de los costados de la casa y corrió hacia donde el mozo de Alexandra estaba esperando con los caballos. Ya era casi noche cerrada.

—¿Coles? —Gritó tratando desesperadamente de ver algo—. ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí! —Exclamó una voz—. ¡Aquí, señor!

Mark dejó escapar un suspiro de alivio y corrió en dirección a los arbustos que bordeaban la casa. Lo último que sintió fue la arena del camino sobre la cara cuando cayó.

Cuando Richard llegó, seguido de cerca por Osborne y Coles, Mark Rawdon estaba muerto.

Ya se había hecho muy tarde cuando regresaron a Channings, y seguían sin saber quién había matado a Mark. Al parecer le había disparado un desconocido armado, alguien que parecía caído del cielo y al que después se lo había tragado la tierra. Todo el mundo había escuchado el disparo.

Cuando Alexandra y Richard regresaron a Channings en uno de los carruajes de Rawdon, todavía estaban impresionados pero se alegraban de corazón de que su problema hubiera quedado resuelto de manera tan fortuita.

—Tal vez Mark tuviera algunos enemigos en Northampton y lo habían seguido hasta aquí —sugirió Alexandra.

—Eso es exactamente lo que yo le he dicho al jefe de Policía —respondió Richard.

Alexandra fue la primera en descubrir quién había matado a Mark. Al día siguiente, cuando fue a ver al sargento Chalmers para contarle la noticia, lo encontró en la cama. Tenía mala cara y parecía agotado. Sin duda estaba sufriendo un gran dolor, pero cuando Alexandra le dijo que iría en busca del doctor Loudon, se incorporó.

—¡No, señora, no! Es usted muy amable. Pero no necesito un médico. No

puede hacer ya nada por mí.

Chalmers siguió negándose a recibir ninguna ayuda médica, aunque cada día que pasaba se iba debilitando más. Alexandra le visitaba con la mayor frecuencia posible, y él siempre parecía encantado de verla. Hablaba mucho de los viejos tiempos en la Península, y le contaba una y otra vez anécdotas de Johnny.

Un día que parecía ya demasiado cansado para hablar, le dijo tras un largo silencio.

—Al final lo hice bien, ¿verdad?

Alexandra se quedó desconcertada, y dijo en voz baja:

—Seguro que sí.

—Fui yo quien mató al francés aquella noche, como sospecha el capitán Deverell. Pero tenía que haber ido a por el otro. Y eso hice al final.

Alexandra se levantó y se inclinó sobre él. Sonrió y lo besó en la mejilla.

—Lo hizo muy bien, sargento. Gracias.

Quince

Era un día cálido de primavera, meses después. Richard y Alexandra disfrutaban del campo dando uno de aquellos paseos que tanto les gustaban por la ribera del río, cerca de Rawdon. Había transcurrido casi un año desde la conversación que habían mantenido sobre Johnny en aquel mismo lugar, poco antes de que muriera. Había sido un año de violencia, muerte y mucha angustia, pero los últimos tres meses habían traído al fin paz y mucha felicidad a los Deverell.

El misterio de la muerte de Mark Rawdon nunca quedó resuelto ante las autoridades. Y la ley había dictaminado que, a falta de otros herederos varones, la mansión de Rawdon y la granja pasaran a manos de Alexandra, que las conservaría para sus hijos.

Cuando llegaron al escalón del final del camino, Alexandra se detuvo y esperó. Richard se giró para ayudarla a bajar, pero ella le puso las manos en los hombros y le sonrió. Lo que vio en los ojos de Richard hizo que se sonrojara.

—¿Todavía… todavía quieres besarme, Richard? —Le preguntó con suavidad.

—Siempre —murmuró él—. Nunca me canso de besarte. Cuando me esté muriendo también querré besarte.

La levantó en brazos y la besó con la misma pasión de la primera vez, y cuando terminó de besarla se negó a dejarla marchar. Se quedó abrazándola.

—¿Sabes qué día es hoy? —Le preguntó bajando la vista para mirarla con una sonrisa.

—Dímelo tú —dijo ella.

—Hace seis meses que nos casamos.

—No se me había olvidado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, bella esposa?

Alexandra frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—El pasado mes de octubre me diste seis meses para que te demostrara todo a tu entera satisfacción. Te prometí que yo mismo me pegaría un tiro al final de ese periodo si fracasaba. Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿He cumplido con mi palabra?

Alexandra se apretó suavemente contra él.

—Nunca debí hacer semejante trato —dijo estremeciéndose ligeramente—. Debía estar loca. Pero tengo que decir que has cumplido con los términos del acuerdo más que satisfactoriamente.

Volvieron a besarse. Luego Alexandra se revolvió ligeramente entre sus brazos y lo miró con coquetería.

—Aunque no sé si debo decir que ha sido tan satisfactorio. Pero estoy dispuesta a darte otra oportunidad. Varias, si lo deseas.

Él se rió con ganas.

—¿Bastará con toda una vida?

—Tal vez. Ya veremos.

Siguieron caminando un poco. Entonces Richard dijo:

—Me alegro de no tener que disparar contra mí mismo —bromeó—. No quiero morir. Quiero vivir. Contigo.

—Yo no te hubiera dejado matarte, en cualquier caso. Y menos ahora. Los niños necesitan un padre.

Él la apartó un poco de sí para verle la cara.

—¿Qué has dicho? —Entonces sus ojos, normalmente fríos y grises, brillaron ahora con amor, orgullo y felicidad en estado puro. Ella asintió—. ¡Alexandra! Entonces, ¿es verdad? Yo me imaginaba que podría pasar, pero como tú no decías nada… un niño en Channings… ¡Nuestro hijo! —La abrazó como si se tratara de algo infinitamente precioso—. ¡Mi amor, mi corazón, mi tesoro!

—Estaba esperando a hoy para decírtelo. Y quiero decir también hoy algo más. Aunque los votos que pronuncié hace seis meses no significaban nada para mí en aquel momento, ahora no puedo imaginarme la vida sin ti. Me entrego de todo corazón a ti, Richard. Te amaré y te respetaré, te obedeceré incluso. Te amaré y estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe.

—Alexandra… —Richard le sujetó las manos entre las suyas y se las llevó a los labios. Luego dijo suavemente—, esos votos siempre han tenido significado para ti, mi amor. Sólo has necesitado algo de tiempo para darte cuenta.

—Richard… soy tan feliz… me gustaría visitar el camposanto antes de volver a Channings.

No tenía que decirle por qué. Él ya lo sabía.

Se quedaron en silencio unos instantes frente las lápidas de Johnny y de sir Jeremy, y luego de acercaron a una tumba que estaba un poco más alejada, aunque todavía cerca de la de su capitán. Era una lápida sencilla en memoria del sargento Chalmers. Al final de una larga lista de honores militares, había una frase sencilla:

LEAL HASTA EL FIN.

Alexandra tomó la mano de Richard en la suya.

—Es lo mejor que se puede decir de alguien ¿verdad? —Dijo—. Leal hasta el fin.



Título Original: *The bridegroom's bargain*
Editor Original: Mills & Boon Historical, 03/2005

Colección: Internacional 397